



netti

Para esta noche



se



Juan Carlos Onetti

Para esta noche



Una ciudad sitiada, habitantes acorralados, una atmósfera política asfixiante. Aunque la referencia podría ser rioplatense, en esta novela de 1943 Juan Carlos Onetti va más allá de la geografía que comúnmente lo ocupa Buenos Aires, Montevideo, la mítica Santa María: en sus páginas resuenan las notas desgarradoras del fin de la Guerra Civil Española.

Ossorio, el protagonista, es el centro de una historia sombría de miedo y persecución, de una trama abigarrada e intensa que, además de su connotación política y de su tono policial y aventurero, parece demostrar que los seres humanos, por azar o por voluntad, frecuentemente caemos en lugares vacíos, sin escapatoria: en trampas que se parecen al propio destino.



Juan Carlos Onetti

Para esta noche

ePub r1.1

Titivillus 12.06.2020

Juan Carlos Onetti, 1943

Editor digital: Titivillus

r1.1 (Estrabanco, 11.06.20) Informe de erratas

ePub base r2.1



A Eduardo Mallea

Prólogo a la primera edición

En muchas partes del mundo había gente defendiendo con su cuerpo diversas convicciones del autor de esta novela, en 1942, cuando fue escrita. La idea de que sólo aquella gente estaba cumpliendo de verdad un destino considerable era humillante y triste de padecer.

Este libro se escribió por la necesidad —satisfecha en forma mezquina y no comprometedora— de participar en dolores, angustias y heroísmos ajenos. Es, pues, un cínico intento de liberación.

Prólogo a la segunda edición

Esta novela tiene su pequeño e insistente destino. Fue bautizada *El perro tendrá su día*, y el perro lo tuvo. Pero en 1943, en Buenos Aires, el editor hizo balance y juzgó preferible quedarse sin novela y no sin editorial. El título de una sección de *Crítica* proveyó el nuevo nombre.

Se me ocurre ahora y aquí que la balada del viejo Yeats conserva sus malignas virtudes proféticas.

Si existen recordadores de la edición primera comprobarán que la que publica Arca es más reducida que la anterior. Dejo constancia de que todas las supresiones son mérito personal y exclusivo del autor, veinte años después.

I

Weiss había dicho en el teléfono:

—Parece que hay un pasaje para usted. Nada seguro. Un muchacho de allá arriba, él lo conoce a usted. En el First and Last, ¿conoce? Bueno, esta noche a las nueve. Buena suerte, es todo. Mande postales de esas con bahía que dice arriba «las bellezas del mundo». Chau.

Ossorio estuvo mirando el cielo donde no veía más que las estrellas. Ningún ruido lejano había más importante que las músicas en los cafés y las frases entreveradas, con su risa justamente colocada en el medio, que salían a la calle al abrirse un momento las puertas. No había nada en el cielo, ninguna luz además de las estrellas, ningún movimiento además de las nubes redondeadas, chicas, yendo despacio por encima de la luna. Tocó el bulto de los billetes en el bolsillo y caminó directamente desde el cordón de la vereda hasta la ventana con luz, separada de la calle por una cruz de barrotes. Había una mujer en un aire amarillento, frente a un armario con un espejo. El brazo, levantado para enderezar el peinado, mostraba un hombro grueso y fuerte y el vello brillaba en la hondura socavada de la axila; el resto de su cuerpo estaba semidesnudo y era frágil bajo las sombras y los músculos redondos del gran hombro alzado. A través del vidrio de la ventana Ossorio creyó un momento que miraba el perfume del busto casi sin ropas.

Media cuadra abajo colgaba el farol de la esquina, y la máquina del manisero pitó dos veces, echando una niebla fugitiva contra el farol. El letrero de la puerta del bar decía The First and Last y la puerta era doble, de resorte, inquieta, yendo y viniendo con los empujones, mostrando el movimiento de cabezas aisladas y piernas sin cuerpo para llevar. The First

and Last, era ahí. «Y los hombres fueron condenados a buscar agujas en pajares», pensó.

II

La mujer terminó de arreglarse el peinado frente al espejo del ropero, dejó caer el brazo, cruzó el dormitorio golpeando en cortos pasos con los altos tacones de sus zapatos nuevos, se alisó la enagua apretando los muslos y levantó el vestido de seda oscura, mirando desde la cama, una rodilla apoyada en el colchón; otra vez su cuerpo pequeño en enaguas en la luna del ropero y se sonrió pensando. «Soy yo, soy yo. Esa que está ahí con los brazos blancos y desnudos soy yo con los senos sostenidos y mi cuerpo lleno de perfume».

—Soy yo —murmuró, pero no acababa de comprender que era ella misma otra noche metida en el espejo, esperando; y mientras iba y venía, dando pasos y vueltas en la interminable tarea de vestirse y acariciarse el busto con la blanda borla de los polvos y perfumarse con el vaporizador los senos, los costados y la piel todavía infantil de los huecos de atrás de las orejas, su oído estaba siempre rodeando la puerta pintada de color roble, como un reflector de luz que girara buscando en la puerta y alrededor de la puerta, más aquí, ya en la alfombra cuadrada que unía la puerta con la cama, la mesa, el tocador, y también más allá de la puerta del dormitorio, buscando sin reposo en los ruidos de la noche del patio, en la noche de la calle y otra vez vigilando los ruidos que rodeaban la puerta, examinándolos, inclinando su oído como un reflector de intensa luz sobre cada pequeño o gran ruido para desecharlo enseguida, con tristeza, con una leve agitación de la angustia en su cuerpo. Ya vestida con su traje oscuro de noche volvió a mirarse al espejo y levantó la cabeza, se miró los dientes, los ojos, el rosa de las mejillas; removió las manos con sus anillos y el encaje que escondía las muñecas y ya sin pretextos fue a sentarse junto a la mesa, bajo la luz ahogada de la pantalla, moviendo las manos

envejecidas y los pálidos recuerdos, hasta que el primer aire de la noche muerta vino a moverle los mechones de pelo gris sobre las sienes y en lo alto de la cabeza, desde una lejanía de caballadas, detonaciones, gritos, y la vibración regular de los motores. Entonces ya no quiso volver a mirar la puerta y esa noche también comenzó a desvestirse sola y cuando estuvo desnuda sintió que se le mojaba la cara y tampoco quiso verse el cuerpo en el espejo, mirando solamente el sitio de la gruta que había estado ahuecando en las horas con los viejos recuerdos.

III

A los pocos pasos dentro del calor Ossorio estuvo frente a una mujer, casi tocándole el vientre. La mujer siguió mirándolo, derecha junto a él, y acercaba las puntas de los dedos a una sonrisa tímida.

—No bailo —dijo Ossorio. Ella rió y bruscamente dejó descubierta la boca.

—Esta noche no se baila, nadie baila.

—¿Por qué esta noche no?

Sabía que ella iba a mentir, todos mentían como si nombrar las cosas pudiera llamarlas. Ella mintió doblando la cabeza hacia el centro de la sala.

—No —dijo—, hay mucha gente y están las mesas que llenan la pista. —Después agregó, en el tono de hacer una pregunta atrevida—: Nunca vamos a encontrar asiento —y se le colgó del brazo.

Ossorio movió un poco la pierna derecha para no dejar de sentir el peso de los billetes. Estuvo hablando mientras miraba las caras del salón. «Ni siquiera conozco el nombre», pensaba, mientras decía a la mujer:

—Es una lástima no encontrar asiento porque habrían tantas cosas que decir...

Ella lo animaba abriendo los ojos con entusiasmo, acariciándole el cuello desnudo con los dedos, cortos y rosados, de coyunturas hinchadas. «Cualquier cara puede ser», seguía pensando Ossorio.

—Está segura, ¿no hay donde sentarse?

La mujer le miró la cara con curiosidad y enseguida se rió.

—Pero sí —dijo—. Vamos a un rincón.

Cuando iban caminando, él se puso a desconfiar de la voz de la mujer, grave, extranjera. Luego le dio unos golpes en la mejilla y fue diciendo:

—Podemos estar en cualquier rincón y yo le tengo y le caliento las manos. Oiga, una cosa. Siempre, en todo caso, nos trataremos de usted.

Ella sacudió la cabeza aceptando. El tablado de la orquesta estaba en un rincón; en el ala de sombra encontraron una mesa vacía y quedaron con las espaldas apoyadas en el tabique de madera negra. Ossorio dejó el sombrero y le tomó las manos a la muchacha para calentarlas.

—Otra cosa —dijo—. Nada de alcohol. Pago cualquier cosa. Pero nada de alcohol.

Ella sonreía siempre con su aire dichoso y empequeñecido; alargó una mano y la pasó por la cara de Ossorio, encogiendo el cuerpo para reír.

—Estás barbudo.

Él sacó una pipa y una bolsa de tabaco y durante un rato hizo colgar la bolsa de un dedo, bailando, sostenida por un cordón amarillo.

—Habíamos quedado en que no nos íbamos a tutear —dijo.

¡Oh, sí! —contestó ella, y la expresión feliz se le extendió por toda la cara redonda y entornó los ojos avanzando con los labios alargados—. Usted, usted, usted...

La *u* se agitaba un poco antes de desprenderse de la garganta. Luego le pellizcó el mentón y se volvió riendo hacia el mozo.

—Para mí anís. Él, usted, no toma alcohol.

Sin volverse, Ossorio golpeó el tabique con la pipa por encima del hombro.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

Se agachó para encender y volvió a reclinarse con la pipa entre los dientes, rodeado de humo. La mujer no le contestó; cuando vino el mozo empujó el café hacia Ossorio, bebió la mitad del anís y estuvo un rato en silencio, doblada, las manos cubriendo la cara, la base de los pulgares aplastada con fuerza en la boca, mientras los cortos dedos estirados alcanzaban apenas las cejas. Él pudo ver las uñas sucias, las orejas redondas y carnosas y los trazos de lápiz sobre los ojos, casi borrados, en lugar de las cejas perdidas. Un poco después ella sacó la cabeza de entre las manos. «Vien, vien...», murmuró; tenía la cara resuelta y encendida. Metió los dedos entre las piernas y el asiento y se balanceaba canturreando «vien, vien» al compás con la orquesta.

Lentamente, sin dejar de mirarla, Ossorio levantó el brazo y volvió a golpear el tabique con el caño de la pipa; entonces ella enmudeció y quedó quieta, escondiendo los ojos y terminando por decir confusamente:

—Los reservados están ahí.

Después siguió cantando. Él se inclinó sobre la mesa revolviendo el café. «Tengo que encontrarlo antes que amanezca», pensaba. «Tanto da reventar, pero se me antoja que no sea ahora ni aquí». Miraba distraído el vapor del café sobre el humo de las mesas. De pronto, como si alguien hubiera pegado la boca al tabique, justamente detrás de su cabeza, oyó una voz de bajo, lenta, terminando una frase: «... cada uno cumpla su sueño». Alguien bebiendo y conversando en un reservado, que acababa de volverse para terminar hablando contra la pared de madera. Se volvió hacia la mujer que lo esperaba con sus ojos risueños.

—¿Vos no hablaste, verdad?

Ella se metió un dedo entre los pechos mientras arqueaba las cejas de lápiz.

—¿Yo? —preguntó molesta.

—Bueno, ¿quién habló del sueño? Ya sé que fue ahí atrás.

—Yo qué sé —dijo ella—. Algún borracho. No querés tomar ni me hablás siquiera y después te ponés a escuchar a los borrachos.

Volvió a meter las manos entre la silla y las piernas y se puso a mirar a dos músicos. Ossorio tomó el café de un trago y alargó el brazo hacia la mujer:

—Dame. Te voy a calentar las manos.

Ella no quiso volverse, alzó la nariz y murmuró:

—Mejor me las caliento así.

Ahora el humo susurraba en la pipa y estaba demasiado caliente. Los cinco músicos negros esperaban turno en una mesa en el centro del salón. El negro más claro y gordo cantaba sonriendo un estribillo en inglés, moviendo la cabeza y el vaso del que nunca bebía, y los otros reían entre repentinos silencios melancólicos en que los ojos se removían como buscando a alguien. «También puede ser un negro», pensó Ossorio, «y acaso cuando dice *never more in Alabama* está hablando conmigo, buscándome». Silbaba suavemente, siguiendo el estribillo del negro.

—Claro —dijo la mujer volviéndose—. No querés tomar y después te ponés a oír pavadas.

Pero se dejó tocar una mano, la mano izquierda, enrojecida y con la lista exangüe que le había dejado el peso de la pierna.

—Bueno, si es por eso —dijo él.

Llamó al mozo, pidió aguardiente y lo tomó de un trago, respirando luego con la boca abierta, mientras ella reía a carcajadas mostrando sus encías pálidas, unos hilos brillantes de saliva que le unían las mandíbulas. Atajó la risa con la mano y volvió a llenarle el vaso, mirándolo en desafío, haciendo correr la lengua por los labios.

—Nunca venís por acá. No me acuerdo que hayas venido pero tu cara sí. ¿De dónde te conozco?

Pensó mientras bebía: «Quiere saber a qué vengo, quiere emborracharme, quiere que no me ocupe de los reservados». Y enseguida de dejar de beber oyó la voz de bajo en el reservado diciendo: «El que pueda verse a sí mismo». Lentamente estiró la mano con el vaso vacío. La mujer seguía sonriendo; inútil preguntarle, Ossorio apoyó la cara en las manos sintiéndola huesosa y barbuda. Cuando terminó la música la voz dijo: «No hay salida, nadie puede moverse». Ossorio avanzó el cuerpo separándolo del tabique. «Puede ser un borracho cualquiera», pensó. «Algún desgraciado que se ve venir el fin como yo, rata acorralada, y se pone a revolver el Apocalipsis. Pero no es imposible que la aguja del pajar me esté pinchando».

Ossorio se levantó y dijo: «Vengo». Al salir dejó un billete en la mano del mozo, buscó al paso en las caras que veía y alzó la cortina verdosa que separaba los reservados del salón y donde resbalaba la luz presa en el dintel. Entró en el corredor, sombrío con rayas de luz en algunas puertas, a derecha e izquierda; tropezó con una salivadera y se detuvo a calcular el sitio de donde había venido la voz. Abrió despacio la puerta del reservado, lleno de una luz intensa. Un hombre estaba tirado en el suelo, boca arriba, vestido de negro, con grandes anteojos, rígido, las manos llenas de pelos y cruzadas sobre el pecho. Una mujer lloraba sentada en un rincón, el cuerpo abandonado en el respaldo de cuero del diván, sin gestos; otra estaba de rodillas junto al hombre y también lloraba. Ossorio cerró la puerta y esperó.

La cabeza en el suelo era blanca y afeitada y parecía pesar extraordinariamente en la alfombra de rosas rojas. Ninguna de las mujeres le hizo caso. Preguntó:

—¿Era él que estaba hablando? ¿Recién?

No le contestaron y Ossorio se puso a mordisquear la pipa examinando los zapatos enormes del hombre en el suelo. La mujer arrodillada se levantó, siempre llorando, y escarbó la larga falda de su traje de fiesta, rameada, moviendo los dedos a la altura de la liga. Era muy pequeña y su cara envejecida y astuta parecía gesticular bajo la superficie casi inmóvil de la pintura.

—¿Por qué lo mira así? —dijo—. Hay que taparle la cara.

La otra se levantó, fue hasta la mesa y trajo un vaso. Lo tuvo un rato alzado cerca de la cara de Ossorio y después dijo:

—¿Se lo van a llevar enseguida? Se mató. Dijo que si no venían a traerle una cosa, era un plazo postrero, dijo. No tomaba nada pero era como si estuviera borracho. Cantaba y decía cosas y después se mató.

Con la mano libre la mujer tomó la solapa de Ossorio y lo sacudió, sin decir nada, mostrando los dientes apretados con furia. Lo soltó de un golpe y pasó sobre el hombre muerto, rozándole las manos con el borde del vestido, volviéndose cuando el cuerpo inmóvil estuvo entre ellos, de manera que sus palabras, para llegar hasta Ossorio, tuvieran que pasar sobre el hombre estirado.

—Pero era más bueno que nadie —dijo—. Que lo diga ésta. Por eso que lloramos.

Era delgada, alta, con hermosos hombros entre los pliegues del vestido celeste. Inexorable, la cara en el suelo se iba pareciendo a una cabeza de mármol, dura, deliberadamente inmóvil. Los ojos habían descendido y los engrosados párpados acentuaban la curva de las pupilas. Ossorio vació la pipa golpeándola en la madera de la pared.

—¿Qué decía del barco? —preguntó sin mirarlas.

La mujer pequeña se acercó con el mantel cuadriculado y lo estiró sobre la cabeza del muerto.

—No —dijo desde el suelo—. ¡Qué iba a decir, pobre, del barco, si no dejan subir a ninguno! Sabía que lo buscaban y esperaba que viniera uno de

arriba que lo podía ayudar porque él le había salvado la vida. Pero estuvo diciendo que de esta noche no pasaba, que ya no tenía donde meterse.

Se levantó y quedó inmóvil, mirando el aspecto del muerto; maquinalmente su mano volvió a hurgar en la liga. Luego hizo un ruido de succión, apretando el labio superior contra los dientes, y se sacó el pañuelo del cuello. Contemplando el cuerpo cubierto se rascó la cabeza y repitió el ruido con la boca. Se volvió hacia Ossorio:

—¿Y usted?

Desde su pequeña estatura alzaba los ojos.

—¿Qué hay conmigo? Por algo estoy aquí.

La mujer encogió los hombros y dejó de hacerle caso. Terminó por sentarse en el rincón con las piernas abiertas dejando caer la cara que se había puesto cansada y floja. La otra dijo con voz lenta, mirándolo distraída, balanceando los hombros:

—Es mejor que usted se vaya antes que vengan. No sé, digo. Si alguno entra.

Ossorio no respondió y fue a sentarse cerca de la mesa, dando un rodeo para no pasar por encima del cadáver. La mujer alta se volvió, insistiendo:

—Es mejor que se vaya. ¿Qué mira?

—Nada. Miraba.

—Ahora estamos listas. ¡No darse cuenta que el frasquito debía tener veneno! Si empiezan a decir que nosotras lo envenenamos...

—Bueno —dijo Ossorio—. Mejor para ustedes. Les van a dar una libreta de prostitución. Con la foto del jefe y el escudo.

La mujer de cara vieja se alisó la pollera sobre las piernas, suspirando.

—¿Usted, joven, venía por él? —preguntó.

—No. Oí la voz.

—¡Qué le vamos a hacer! —Siguió de pie la mujer de celeste—. Nadie podía adivinar. Bueno, él decía. Pero muchas veces dijo que se iba a matar si nadie venía y no se mató y decía que mañana.

La otra volvió a chuparse los dientes y aplastó una palma contra sus ojos. Estiró la otra mano:

—¿Tiene un cigarrillo?

Ossorio se golpeó los bolsillos sabiendo que no tenía; entonces la mujer de hombros blancos rió despacio y dijo:

—Yo tengo.

Quién sabe de dónde acababa de sacar aquella cigarrera de metal opaco, chata, que hacía saltar en la mano. Pasó sobre el pecho del muerto con un largo paso gracioso. Encendieron las dos. La mujer de celeste se paseaba con el cigarrillo en la mano colgante, sonriendo. La pequeña sopló el humo, arrió la silla, puso los codos en la mesa y habló velozmente, con una rítmica crispación que le torcía la boca, un oleaje sin descanso que caía bajo la piel, desde la estrecha frente, torciendo la boca, hasta temblar en los duros cordones del cuello y sosegarse en el escote.

—Yo no sé, pero éste no era borracho ni loco. Decía que esperaba a alguno que lo iba a salvar y hablaba y hablaba. Bueno, eran disparates, yo le decía a ésta; o alguna combinación para que lo oyera el que él estaba esperando y viniera a salvarlo, como decía. Por casualidad lo oía, a lo mejor, y entonces se encontraban. Pero era muy bueno con nosotras y si no nos pagaba más por tomar y que estuviésemos con él era porque no tenía. No incomodaba a nadie ni se metía, hablaba y hablaba todo el tiempo.

Sin dejar de pasearse la otra dijo:

—A mí me gustaba lo que decía. Yo no sé lo que era y a veces me daba miedo; pero me gustaba.

Rió simplemente, meneando los hombros, uno bajo la luz, el otro redondeado en la sombra. Quebró la ceniza del cigarrillo con la uña y volvió a reír.

—Ésta no le hacía caso.

—¿Qué sabés si no le hacía caso? —contestó la mujercita sin cambiar de postura—. Pero vos tampoco entendías lo que estaba diciendo. Y yo lo atendía y él bien que se daba cuenta, perdé cuidado. Lo que sí que a veces se enojaba. A veces estaba todo el café lleno y venía alguno, los sábados, y golpeaba la puerta y él se levantaba y quedaba quieto, esperando que el otro abriera para verle la cara. Y cuando entraba se quedaba mirándolo con los brazos cruzados sin decir palabra; y después lo invitaba con la mano a que entrara y se sentase, pero siempre haciéndose el bobo, sobrando al pobre

tipo. Y al rato de mirarlo bien lo echaba como a perro. Los echaba sin asco. Claro, él esperaba a uno y veía que no era y se quedaba rabioso.

Apoyó la cabeza en una mano, fumando, y miró al hombre en el suelo, semioculto bajo los trapos.

—Pero va a ser un lío —dijo.

La otra estaba siempre de pie, balanceándose, y metía un hombro en la sombra, lo sacaba y metía el otro.

—Y bueno. No vas a decir que de mí no se daba cuenta, también. Me quería como a una hija y una vez me lo dijo.

Sonreía con la mirada perdida. Se volvió, enfrentando a Ossorio, y él asintió parpadeando, apreciando aquel curioso deseo sin urgencia que se desprendía de la mujer y que le hacía pensar en que era posible acostarse con ella con la imaginación en otra cosa. La pequeña rezongó; el cigarrillo, ya muy chico, se movía entre los labios, humedecido:

—Gran siete... Flor de lío ahora.

En las caras de las dos mujeres, por donde pasaban sonrisas y distracciones, habían quedado los restos del llanto y ahora, sin el dolor, Ossorio encontraba repugnante los brillos de las lágrimas y los mocos, mal enjugados.

—Mire, yo que usted me iba —repitió la mujercita—. Se van a poner a averiguar y va a haber lío.

—Por las complicaciones —asintió la otra—. Ahora no más vienen. Si lo hubiéramos cuidado mejor, quién sabe.

Ossorio las miró, una a una; después mordió la pipa y preguntó:

—¿Y ahora a quién le tienen que avisar? No se preocupen; lo malo hubiera sido si el tipo se les llega a escapar.

La mujercita lo miró rabiosa:

—¿A vos quién te mete? Yo sé lo que tengo que hacer. Si querés quedarte arreglátelas como puedas.

—Claro. Pero pensándolo bien es lo mismo que si se hubiera escapado. Ustedes estaban para cuidarlo y entregarlo cuando lo pidieran.

La pequeña lo miraba con desconfianza. La otra murmuró tímidamente:

—Yo te dije...

—Sí, vos me dijiste, vos me dijiste. Se mató y chau, qué le vamos a hacer, si nosotras no sabíamos qué porquería tenía en el frasquito. Y últimamente la que lo cuidaba siempre y lo seguía al salir era yo y nunca vos. Vos te lo pasabas sentada, tan tranquila.

Entonces la mujer de los hermosos hombros cruzó los brazos en la espalda y desnudó para la otra una sonrisa inmutable, blanca.

—Bueno —dijo, siempre sonriendo, con aire de recordar—. Bueno. ¿Querés que te lo diga? Ahora que se murió. Para que sepas, una vez me empezó a levantar la pollera. Despacito.

La otra escupió el resto del cigarrillo, se frotó la boca y señaló con el dedo:

—¿Él?

—Sí. Para que veas.

—¿Te empezó a levantar? ¿Y después?

La mujer reía de pie, hamacando el cuerpo, hermosa y alegre.

—Después yo qué sé. Me echó de un empujón y siguió diciendo locuras. Pero que me la levantó, me la levantó. Me acuerdo que era una noche de lluvia.

Ossorio se incorporó, guardando la pipa, miraba la risa de la mujer, pensando en una noche de lluvia. La otra se puso a hablar rápidamente, cruzando los brazos contra el pecho, y espiando la risa de la mujer de celeste.

—Mirá, hay cosas de las que vos no sabés nada. Te pensás que porque te levantó la pollera era así, como un cliente que viene y paga. No te das cuenta que era un hombre diferente, que hacía y decía cosas que no eran nunca las que parecían. Y si te decía que eras linda no era por la cara que tenés. Siempre buscaba una cosa distinta de lo que estaba diciendo.

La otra continuaba balanceándose, dulce e impenetrable.

—Puede —dijo—. Pero si me levantaba la pollera bien sabía con qué se iba a encontrar.

Ossorio las miró con atención, a la que gesticulaba en la silla con una cara inteligente de mono y a la que mecía por encima del muerto los pechos y la risa. Entonces salió.

Caminó por el corredor oscuro oyendo los ruidos del salón y al llegar a la cortina de la entrada se volvió. Un hombre corpulento llamaba en la puerta del reservado. Casi enseguida abrieron, en silencio, una voz preguntó algo y la rápida luz le hizo ver al hombre de manos enjovadas, el sombrero negro ladeado, una cara empolvada y hosca, de cejas gruesas, cruzando la puerta con andar pesado y desdeñoso. Ossorio esperó un rato y entró al salón, casi lleno de gente ahora, con su aire asfixiante. Se detuvo revisando las caras, buscando a la mujer de un momento antes, y junto al mostrador reconoció a Martins, que lo saludó con la mirada, sin mover la cara, y se perfiló indiferente. Ossorio se acercó al mostrador y pidió un vaso de vino; estaban hombro con hombro, cada uno con su vaso en la mano, los ojos perdidos en las etiquetas de las botellas en el estante.

—¿Todo liquidado? —preguntó suavemente Ossorio.

El otro apoyó una mejilla en la mano y esperó que el mozo del mostrador se alejara.

—Y sí —dijo, con entonación portuguesa—. No hay frente, no hay frontera. Un pedacito de algodón en una garganta abierta. Antes de dos días... —Siguiendo su idea se acarició el cuello con los dedos.

Ossorio tomó un trago y se sujetó el labio en la mano para secarlo. Encendió la pipa mientras el mozo del mostrador se recostaba en la estantería y entornaba los ojos, un momento, para engañar al cansancio. Sacudió la cabeza y corrió la manija de la cafetera.

—¿Y esto? —preguntó Martins—. Recién llego.

—Todo podrido —dio la espalda a Martins y miró hacia el fondo del salón.

—Vi mucho gordo, mucha gente de ésa, suelta —comentaba la voz arrastrada de Martins en su hombro.

Volvió a apoyarse en el mostrador y vació el vaso.

—Todo podrido. Sí, ya se siente el mal olor. Al primer avión que aparezca se acaba la ciudad. Están entregados.

—Basta —dijo Martins.

Callaron mientras movían la puerta de entrada y voces y pasos desfilaban detrás de ellos. Bebieron otro vaso en silencio y tiraron las monedas en el mostrador.

—Va a quedar una mesa vacía —dijo Martins—. Esperate y vas. Estamos mejor.

Ossorio lo dejó sentarse y luego se acercó, pidiendo permiso en voz alta. Martins encogió los hombros sin responder; al rato dijo:

—¿Qué es esa historia de barcos de refugiados?

No podía hablar así sin mirarlo, sin tener el vaso para disimular. Pidió más vino; ahora sentía que no iba a irse, que todo estaba perdido, que al amanecer lo matarían.

—Prometieron tres barcos —contestó—. Sólo vino el *Bouver*; sale esta madrugada. El gobierno firmó todos los salvoconductos que se pidieron, toda la ciudad tiene un salvoconducto en el bolsillo. Pero no hay pasajes. El gobierno se encargó de los pasajes pero ya no hay gobierno ni pasajes. Hay esta trampa para esperar que te destripen. Alguno tiene y está vendiendo los pasajes.

Miró la cara inmóvil de Martins, envejecida, con su pequeño bigote ridículo. Cómo decirle que había removido cielo y tierra para conseguir un pasaje, que había suplicado, que había dejado ver su miedo, que había robado el dinero de Martins y de todos los que iban a morir aquella noche o en el alba para comprar un pasaje y disparar. Martins encogió los hombros.

—Estoy muy cansado —dijo.

Ossorio sintió que estaba mareado y pidió más vino, un vaso grande.

—Estoy muy cansado —repitió el otro—. No había armas ni comida ni gana de pelear. Ahora no hay barcos, además. Tampoco aquí van a pelear. Tengo una mujer para dormir y voy a llevarla a la Casa del Partido. Cansado. Allí puede ser que peleen; entonces yo despierto.

Golpeó concluyentemente en la mesa con la mano abierta. Ossorio miró la mano: «Le sigue faltando un dedo», pensó, y acabó el vaso de vino. Asintió con la cabeza:

—Sí —dijo—. Yo me voy a emborrachar. Hace una semana que sé que esto está liquidado; se entregan a cambio de un barco cargado de tiburones.

Hizo una cruz con la pipa en el aire. Martins suspiró:

—Muy cansado.

—¿Mucho amigo panza arriba? —preguntó Ossorio.

—Bah —contestó el otro—. De aquí a mañana todo el mundo. Pero hubo algo para ti. Ahora sí, también tomo vino.

Hizo una seña al mozo y esperó los vasos, hundido en su silencio como en un caparazón.

—Salud —dijo, y bebió.

—Salud —contestó Ossorio.

Mirando desde allí los colores de las botellas en la estantería como los había mirado antes desde el mostrador, recuperando su aire de monólogo, dijo Martins:

—A la Caporala...

—Sí —comentó Ossorio.

—Le dieron baile.

—Los hijos de perra.

La voz de Ossorio y su cara se hicieron repentinamente dulces y serenas.

—¿Hace muchos días?

Martins alzó los brazos y los dejó caer.

—Quién sabe, ahora. Una semana, dos. Le dieron baile, sola, en su carrito, mataron al caballo.

—El nueve yo estaba con ella —dijo Ossorio, y se quedó pensando en qué quería decir: «El nueve yo estaba con ella».

—Estoy muy cansado —dijo Martins levantándose.

Se miraron, Martins removi6 el pequeño bigote y sali6 r6pido, empujando la puerta con el hombro. Ossorio se recost6 en la silla y monto una pierna. «Nosotros dimos muchos bailes», pensaba. Alguno le puso «la Caporala» porque la melena y la nariz hacían pensar en Napole6n. Luisa la Caporala estaba sola en la pieza desierta del cuartel, el casino, sentada a la mesa, las manos moviéndose entre paquetes de algod6n, y cuando 6l entr6 lo mir6 sonriendo, tenía los ojos hundidos y redondos, y dijo: «Al6». 6l quería llamarla Al6, pero acab6 llamándola la Caporala, como todos. Tenía el cuerpo grande y blanco y a veces se le veía la cara llena de pecas rodeándole la risa y la mirada leal y otras veces las pecas se olvidaban. Al anochecer, rodeados por los estampidos lejanos, la Caporala se empeñaba en callar, escuchaba el crecimiento de la noche entre sus brazos y luego,

cuando tuvo confianza, le dio una historia de playas y otoño, húmeda, donde una muchacha corría como bailando sola en la línea mordida de la costa, y nada más que eso, y ya no pudo darle nada más, metida en la muchedumbre oscura y sucia y en la guerra; y en las ausencias a él le daba por pensar en los sueños y las sábanas que amortajaron los sueños que ella había soñado, antes; y en los besos que le habían aplastado la boca, antes; y en los lugares, los árboles, las paredes, los muebles, las ropas que habían mirado sus ojos, antes. Y, antes, sus dedos, sus caderas, sus risas, las orejas, las rodillas, el gusto y la hora de sus lágrimas. Volvía a encontrarla incomprensible en la vida y el olor grave de la podredumbre y la muerte, y a la primera palabra de saludo todo el pasado de Luisa la Caporal huía. Ahora la veía sentada frente a él; una muchacha de cuerpo grande con las manos entre papeles diciéndole «Aló», mientras lo miraba y sonreía con sus ojos redondos. Y todo esto que pensaba era como una oración por el cuerpo ofendido y agujereado de la muchacha. De aquella pasión de meses entre muertes sin sentido, de todo el trabajo, el hambre, el dolor del sueño, los viajes, el barro, la sangre, el miedo, lo único que quedaba, lo único que podía llevarse como un objeto desconocido entre las manos era el recuerdo de una mañana a orillas de la inmensa laguna, en la frontera, con tres aviones que volaban muy alto, en círculo, y que se alejaron sobre el mar y entonces él fue caminando totalmente solo hasta la costa y se sentó, en mangas de camisa, bajo el sol, y contempló el día, el cielo y el mar, largamente, durante horas, sin un solo pensamiento, plácido en la naturaleza, inmutable como un animal.

Pagó al mozo y caminó hacia el fondo del salón. Los músicos esperaban turno en una mesa; el cantor sonreía y se miraba las uñas en la luz. La mujer se encontraba en el mismo rincón, pero su mesa se hallaba rodeada de hombres y otra mujer de vestido verde. Ossorio se echó el sombrero contra la nuca y se sentó. Un marinero rubio se levantó, sacudiendo la cabeza, y volvió a sentarse. Todos rieron, todos estaban borrachos y él un poco. La mujer de verde lo miró y dijo:

—Tiene cara de enfermo.

Todos volvieron a reír e hicieron temblar las copas. Dijo: «Permiso», llenó la copa de la mujer con la botella de ginebra que estaba sobre la mesa

y se puso a beber. Los miraba y escuchaba sin atender mucho lo que decían, llenaba la copa y tomaba. Notó un movimiento raro cerca de la puerta; algo extraño estaba ocurriendo o iba a suceder muy pronto. Había gente nueva, recién llegada, distribuida en el salón en actitud de espera. El marinero se acariciaba el pecho, movía desesperanzado la cabeza y miraba a Ossorio con ojeadas simpáticas. Junto al marinero, enlazando el cuello de la mujer de verde, un hombre gordo, vestido con lujo, fumaba lentamente un cigarrillo de punta dorada, quieta su cara pensativa. Del otro lado de la mujer estaba un hombre pequeño, con la dentadura llena de oro, removiendo el pescuezo al hablar en el cuello holgado. Hablaba rápidamente, hurgando en los bolsillos interiores del saco.

—Porque no se trata de una cuestión sentimental —decía la mujer de verde—. A mí qué me puede importar. Ustedes comprenden. Porque la gente imagina que la verdad tiene una cara así, quiere que tenga esa cara que a ella le conviene. ¿Se da cuenta? Una verdad que cada uno se fabrica adentro, los nueve meses de reglamento, y cuando la echa al mundo, todavía un poco hinchada y le hace arrorró, ¿eh?, entonces enseguida empieza a verle la nariz de papá y un poquito después, ya, ya, la manera que tenía el abuelo de buscar el reloj en el chaleco los domingos cuando iba al hipódromo.

Las dos mujeres se atajaron a un tiempo los bostezos, el hombre que enlazaba a la mujer de verde guiñó un ojo al vacío. El de la dentadura dorada paseó por los demás una sonrisa húmeda y se inclinó sobre los papeles que había sacado.

—Nonó —dijo—. No se trata de discutir ni estoy haciendo propaganda. Imagínese que soy un hombre malo, ¿eh? No me importa la injusticia ni nada; pase lo que pase en el mundo... Si soy así, lo que tenga que pasar, pasará. Y si estoy de la otra manera, si quiero mejorar las cosas, si me preocupo por todo, lo mismo. Lo que tenga que pasar... Así que yo haga o no haga todo va a ser igual. No me mato por ideas.

Rió un rato y acercó una copa a sus labios ensalivados. El hombre gordo volvió a guiñar el mismo ojo; tiraba con dos dedos de la piel de la mujer de verde, sobre la tela.

Ossorio continuaba tomando en silencio, bajo las miradas del marinero. La mujer del principio de la noche lo examinaba de vez en cuando, sonriendo, y se inclinó hacia el hombrecito diciendo algo, él se puso a reír y guardó los papeles. Entonces la mujer tocó con su rodilla la pierna de Ossorio.

—Estaba pensando en una muchacha que se murió —dijo Ossorio.

—¿Y qué hay con eso? ¿Era tu hermana, por si acaso?

—No, no era mi hermana.

—¿Una amiga? ¿Y cómo se murió?

Él movió la cabeza negando. Veía al marinero escribir con lápiz en un papel amarillento, al dorso de una proclama, interrumpiéndose para beber y mirar al techo.

—¿Era la italiana? —insistió la mujer—. Se murió el otro día. Decí: ¿era una que venía aquí, muy flaca, con la boca así apretada, que tenía un traje largo colorado, con una flor en el pecho?

—No. Era una muchacha —dijo Ossorio.

—Una muchacha, ya me dijiste —dijo la mujer con fastidio—. Te digo cómo era. —Alzó la voz por encima del hombro gordo para hablar a la mujer de verde—. Ahora dice que tenía una muchacha que se murió.

La mujer de verde le sonrió amistosamente y tomó los dedos del hombre gordo y los separó un momento, suspirando aliviada mientras se acomodaba en la silla. El hombrecillo se levantó, y se fue.

—Porquería sucia —dijo una de ellas.

El marinero escribía cada vez más ligero con la frente mojada de sudor. Ossorio sacudió la cabeza sobre el mareo.

«Aquí está la mujer —pensó— con dos deditos de uña sucia apoyados en mi manga y ahí se está quieta, con un poco de sueño, repitiendo la sonrisa humilde de la amiga de verde que sigue prestando su cuerpo al hombre gordo; el hombre gordo fuma con la boca solitaria en la cara, separada de la cara por dos arrugas, y acaricia con la punta de los dedos el pecho de la mujer de verde; la mujer de verde le presta el cuerpo mientras el marinero escribe, escribe sudando en la luz, y más allá están los hombres de la orquesta descansando y alguno afina distraído un violín y en el salón el humo va desde la mesa hasta el techo y entran gentes nuevas. Dos hombres

de traje oscuro están de pie junto a la puerta con las manos hundidas en los bolsillos de los abrigos y el patrón acaba de agacharse atrás del mostrador mientras el mismo hombre que vi entrar en el reservado del muerto está ahora en la sala y camina taconeando con la misma boca inmundada que le vi de perfil en el reservado; enseguida el patrón saca de atrás del mostrador la cara con una gran sonrisa y trae en los brazos un cuadro que levanta y coloca en la estantería y cuando allá entre el humo ven al hombre retratado en el cuadro todos gritan, siguen gritando un rato con ruidos de sillas arrastradas y gritos de mujeres que dicen vivas y aplauden. El patrón quedó con una mano en la cadera y un puño apoyado en el mostrador, el busto erguido con esfuerzo, siempre con la cara resuelta y la sonrisa, mientras el compadre que entro al reservado del muerto sigue recorriendo el salón con las manos en los bolsillos, el pecho saliente, los ojos entornados, a pasos sonoros aun entre el ruido. Y después del ruido, otro menor y casi el silencio y yo sé ahora que estoy perdido, que esta bestia de jeta asquerosa que viene caminando con el ceño fruncido me puede agarrar de un brazo y hacerme dar cuatro tiros en la calle. Estoy perdido. La mujer está temblando contra mi brazo y su miedo me trepa, me salta al hombro y me duele en el cuello, y como estoy borracho no se me ocurre nada para salvarme ni nada para decir ni movimientos para hacer cuando esta bestia me mande matar; pero no va a haber una mañana para que me arrepienta de no haber dicho las palabras debidas ni haber hecho los gestos necesarios. Y aquel hijo de perra con nariz griega que mira desde su cuadro encima de las botellas de vino que tomamos con Martins. Pero no suenan las sirenas ni hay ruido de aviones ni llega de la calle griterío ni pasos de caballos ni marcha de soldados. Nada, sólo aquí el silencio en este lugar sucio rodeado de miedo donde yo estaba destinado a morir, yo que soy el hombre que iba a hacer esto y aquello, preso en esta trampa como una rata».

El hombre cejijunto detuvo los golpes de los tacos junto a la mesa y apretó la boca, girando enseguida y deshaciendo el camino hacia el mostrador con sus pasos pesados. La mujer colgada del brazo de Ossorio murmuraba:

—Morasán. Es Morasán. Sabe que yo anduve con Barcala. Barcala estuvo en casa. Es Morasán, no le había conocido.

Ossorio vio que el hombre de los reservados estaba apoyado en el mostrador, mirando hacia ellos, y encendía un cigarrillo. Y después de encenderlo, a tiempo de sacudir el fósforo para apagarlo, detrás de la nube de humo que sopló, movía la cabeza llamando, a él o a alguien que estaba cerca suyo, y la mujer temblaba ahora con más fuerza sin nombrar a Morasán ni a nadie, con la boca abierta, colgando y agitada por el terror. La mujer de verde había comprendido y agachó la cabeza, mientras el gordo, imperturbable, seguía moviendo los dedos sobre su pecho y el marinero se guardó el papel que acababa de llenar de palabras, y el lápiz, y, al guardarlos, dejó las manos en los bolsillos, dirigiendo los ojos hacia el techo para que nadie pudiera mirárselos. La mujer balbuceaba ahora:

—No, no, no quiero ir, no me dejes ir.

Morasán volvió a mover la cabeza llamando y Ossorio estaba seguro de que lo llamaba a él, que había llegado el fin, y en cuanto tuvo la mano contra el mango de la pistola, bajo la axila, quedó tranquilo, mareado todavía, pero ya sin problemas sobre frases y gestos que vinieran bien al final. «No me muevo y en cuanto traten de tocarme dejo secos a todos los que pueda».

Sin quererlo acercó la mano hacia la mujer para acariciarla, para sentir el calor de una persona, atravesando las ropas, porque eso era más importante y más fuerte que cosa alguna. La orquesta tocaba una música de compás rápido con inflexiones muy dulces y hubo un momento de quietud en que no pasó nada y Morasán seguía apoyado en el mostrador, mirándolos con la cara ancha e indiferente, con su cigarrillo en la punta de una mano que colgaba. Pero cuando la orquesta cambió la música que tocaba por otra más lánguida, con frases que hacían pensar en una red que se corriera estremecida por debajo del agua, y el cantor tomó la bocina para cantar, pero no cantó y volvió a dejarla cerca de su pierna, Morasán dijo una palabra corta y rabiosa y estiro una mano, llamando otra vez, y la mujer se fue, alzando en breves impulsos, como desprendiéndose, vacilante, como si su cuerpo no quisiera ir pero sus piernas sí, y caminó hasta donde estaba Morasán, muy cerca del retrato que acababa de colocar el patrón, se apartó enseguida, más pequeña, con pasos de andar en sueños, cruzó el salón y volvió a aparecer con un abrigo, junto a Morasán, que no se había movido

del mostrador ni había desviado la cara de la dirección de la mesa. Volvieron a conversar, pocas palabras casi sin moverse, y dos hombres se levantaron de las mesas. Cerca de la puerta se levantó otro y caminó hasta la puerta; pero los que estaban parados allí, uno a cada lado, con las manos en los bolsillos, sacudieron las cabezas y el hombre movió los brazos protestando y volvió a sentarse en su silla, con el cuerpo endurecido, la cara furiosa vuelta hacia la puerta.

Entonces la mujer que hablaba con Morasán inclinó la cabeza y caminó hasta la puerta seguida por los dos hombres que se habían levantado un poco antes. En este momento la orquesta terminó la pieza que estaba tocando y el cantor levantó la bocina que había dejado junto a su pierna y la levantó para examinarla, haciendo pasar la luz a través de ella, como si estudiara la luna con un telescopio. La mujer pasó entre los guardianes, inmóviles, de rostro aburrido, y seguida por los dos hombres salió del café. Casi enseguida Morasán dejó de mirar hacia la mesa, se apartó del mostrador y fue a sentarse lejos, llamando al mozo. El hombre al que no habían dejado salir los guardianes de la puerta se inclinó hacia Morasán, hablando y moviendo una mano, sin que el otro pareciera escucharlo. El mozo trajo a la mesa de Morasán una botella, un vaso y un sifón. Morasán bebió lentamente y dijo algo al hombre que le hablaba, el que se encogió enseguida y metió la mano en el bolsillo para sacar una libreta que dio a Morasán.

«Le van a dar de patadas y después la van a matar», pensaba Ossorio recordando la mujer que se habían llevado. Tenía siempre la mano caliente bajo la axila, tocando la pistola. «Era bastante bestia un momento antes pero ahora es como si hubiera dejado una ternura olvidada, como se olvida un guante o un pañuelo, todas las cosas amables que puede haber tenido adentro y la vida, todo esto, no le dejaron nunca mostrar». Morasán tenía abierta bajo sus ojos la libreta que le había dado el hombre y bebía a sorbos mirándola.

«La pobre bestia —pensaba Ossorio—; pobre con aquellas *ves* que pronunciaba silbando, un poco agrias como el país de donde puede haber venido, una tierra miserable donde atrás del rebaño que baja la colina, descalza o golpeando los zuecos, dando gritos de pájaro que hacen

balancear las guampas de las bestias, va moviendo una vara en el aire que vibra, desprendiendo *ves* agrias, la pobre putita difunta y simple, con sus gruesos muslos que cuando acaben de molerla a golpes serán como si nunca nadie los hubiera tocado».

Morasán devolvió la libreta al hombre sin decir palabra, terminó de beber e hizo otra seña a los que estaban en la puerta; el hombre se levantó con una sonrisa, hablando, y salió rápidamente. Ahora el marinero se había tumbado en la silla y la pareja del hombre gordo y la mujer de verde continuaba unida por el perezoso movimiento de los dedos. Morasán sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y lo estuvo mirando un rato con las cejas fruncidas; volvió a levantarse y anduvo por el salón, terminando por encontrar el lugar que había dejado un momento antes en el mostrador y acodándose allí. Miraba nuevamente la mesa, inmóvil debajo de la música que tocaba la orquesta. Ossorio sacó la mano del pecho y llenó las cuatro copas calmosamente.

—Parece que no podemos salir —dijo.

—¿Por qué? —respondió la mujer—. Si tiene los papeles puede salir.

—Por mí —dijo el marinero.

El gordo parpadeó sonriendo y dio unos golpecitos en el cuello de la mujer, soltándola.

—Tengo los papeles —dijo Ossorio—. Pero andan con ganas de hacer lío.

La mujer encogió los hombros. Morasán enderezó el cuerpo, se dio vuelta y camino hasta la puerta, hablo con los hombres indicando el salón con la cara y salió. Entonces Ossorio suspiró y se sintió cansado y solo pero no hizo ningún movimiento y nadie, ninguno de los tres que ocupaban su mesa, pudo darse cuenta de lo feliz que se sentía porque Morasán se había ido y le era posible volver a pensar en Luisa la Caporala y de todo aquello sólo recordaba el paisaje y la sonrisa de ella, bondadosa, llenándole las mejillas una mañana en que él, de regreso de alguna parte, se metió en la cama caliente donde Luisa dormía, tratando de no despertarla. Ni el marinero, ni el gordo ni la mujer de verde podían ver la sonrisa hinchando sin violencia las mejillas de Luisa la Caporala aunque él los mirara

recordándola. Nadie sabía nada, ni de esto ni de aquello. Se recostó en la pared de los reservados y metió la pipa en la boca.

De todas maneras, antes de que alumbrara el sol lo iban a matar, aquí o en otra parte, y la inquietud de imaginarse atravesando la cantidad de minutos que lo separaban del día sin saber en cuál de ellos lo iban a aplastar se le hacía dolorosa y, ahora, era preferible no haber dejado irse a Morasán, haberse levantado como lo había hecho la mujer para escuchar y ver la muerte en aquella cara fría y cansada que el hombre les había dirigido desde el mostrador.

«Si yo hubiera sabido que el hombre que llamaba en la puerta del reservado donde estaba muerto aquel pobre diablo era Morasán. Si se me hubiera ocurrido que el hombre de perfil en la puerta del reservado era Morasán, él en la luz de la puerta que se abría y yo en la sombra, junto a la cortina, a quince metros de distancia». Se inclinó bruscamente sobre la mesa, mirando el salón, tratando de no pensar por miedo a equivocarse, moviendo los ojos, mirando el salón que, después de la partida de Morasán, parecía nuevamente lleno, como si el hombre que había estado fumando apoyado en el mostrador caminara solitario, impidiendo que se viera otra cosa que su silueta oscura, pesada. «Bueno», pensó resoplando. Miró las caras del marinero, la mujer, el gordo que guiñaba un solo ojo como un faro en la noche. Morasán no se había cruzado con él en el corredor de los reservados. Morasán había entrado por otra puerta; había otra puerta que daba a cualquier parte. «Bueno, que esto repose un momento. Pero los perros que están haciendo la guardia no me van a dejar mover». De pronto se le ocurrió que aquellos tres en su mesa, desde tanto tiempo en silencio, estaban allí por él, que habían estado por la mujer que se llevaron los hombres de Morasán, cuidando que no escapara, y que ahora continuaban allí por él. «Pero si no trato de salir, dentro de una hora o dos, o ahora mismo, me van a sacar y poner contra la pared».

—Hace rato que no tenemos música —dijo. El marinero levantó los ojos hacia la orquesta y miró a los músicos que conversaban fumando. No contestó. La mujer de verde dijo:

—Yo no hablo ni me meto en nada. Pero Irene no tiene la culpa; había andado con Barcala como con cualquiera. Ya le había dicho que no se

comprometiera.

—¡Bah! —dijo el gordo.

Por abajo de la barbilla redondeada del gordo los ojos del marinero se encontraron con los de la mujer, apartándose enseguida. «Puede ser que sea aquí, ahora», pensó Ossorio; metió la mano bajo la solapa. Ya no estaba borracho, sacudió la cabeza, ni mareado. Sonrió, acariciándose el pecho con los dedos metidos entre la pistola y la camisa, contento de no estar mareado, resuelto a salir de allí de cualquier manera, a balazos si no había otro remedio, disparar y encontrarse con Martins o cualquiera y hacer algo, no buscar un pasaje para disparar en el *Bouver*, quedarse para morir junto con ellos, hacer algo, no hay otra manera de vivir y estar contento.

La mujer llamaba con los ojos al marinero, pero éste continuaba tumbado en la silla, medio dormido, la cabeza apoyada en el respaldo. Cuestión de momentos, se levantaría para tomar algo en el mostrador y desde allí podría ver la puerta de salida, la de los reservados y la distribución de los perros en las mesas. «Lástima que no se sabe exactamente cuáles son perros y cuáles no; no lo llevan escrito en la cara y nosotros tampoco, pero si no lo lleváramos en la cara hace rato que no tendría por qué pensar en nada y Morasán estaría arriba del muerto en el reservado». Guardó la pipa, se abrochó el saco y tomó un sorbo de la copa, apenas para sentir el calor en los labios y en la lengua. Todos callaron, torciendo los cuerpos hacia la puerta; el patrón quedó con un pocillo de café en la mano, boquiabierto bajo el retrato entre las botellas. Estaban sonando las sirenas; otras sirenas comenzaban a gritar confundiéndose; una sirena próxima sonaba larga y temblorosa. Metió la mano en el pecho y aseguró la pistola. Los hombres de guardia en la puerta hablaron entre ellos, uno se asomó y volvió al rato. El patrón dejó caer la mano con el pocillo, miró a la orquesta, y los músicos se pusieron a tocar una marcha militar, desafinando, sin entenderse unos con otros. La mujer de verde lanzó una mirada baja al mentón blando y redondo del gordo que la acariciaba y, enseguida, Ossorio encontró los ojos del marinero pero los perdió en las tinieblas; aletearon restos de luz y el salón quedó a oscuras, oyéndose en la sombra nada más que el prolongado aviso de las sirenas, cubierto después por carreras y ruido de sillas caídas, un sordo y jadeante escándalo que Ossorio atravesó sin

correr, una mano palpando la madera del tabique, y empujó la cortina con la cabeza, corriendo, ahora sí, por el corredor de los reservados hasta chocar, primero con el caño de la pistola, enseguida con la frente que aplastó su sombrero. Alargaba los brazos tanteando hacia donde sólo tocó el aire, siguió corriendo en la oscuridad, atravesando algún sitio donde llegaba el frío de la calle, volvió a chocar y su mano izquierda batiendo el aire se lastimó con un pestillo, abrió y quedó esperando, en la frescura nocturna, sin ver nada, golpes, voces, presencias. Pero no había otra cosa que el olor de la noche, y al lanzarse a correr hacia la izquierda, remontando la calle, alejándose del puerto, oyó un tiro, dos tiros que reventaban dentro del cafetín y cómo las sirenas se detenían para volver a llamar enseguida, de manera entrecortada ahora, y siguieron sonando hasta un instante después de encenderse las luces.

Las luces cayeron en olas desde el techo, mostrando hombres en el suelo, escondidos detrás de las mesas volcadas, una mujer llorando agachada, junto al mostrador, mientras el patrón corría de un lado a otro y ya no estaba el retrato colgado entre las botellas. Otros clientes se habían arrimado a las paredes y uno de los guardianes estaba de pie, perniabierto, defendiendo la salida, con la cara manchada de sangre y un revólver apoyado en la cadera, mientras el otro, hecho una pelota en el suelo, escondía las manos bajo el cuerpo estirando y encogiendo una pierna, la izquierda, cada vez más lentamente. El patrón estaba ahora junto a la mesa colocada contra la pared de los reservados sacudiendo la cabeza como si lo hubieran golpeado, mirando a todas partes, hacia el hombre que defendía la salida y hacia los músicos que bajaban la escalerilla. El marinero no estaba, el hombre gordo se había derribado sobre la mesa y la botella derramada terminó de rodar y cayó rompiéndose contra el suelo, bajo la silla que sostenía un muslo del cuerpo del hombre gordo, justamente en el pedazo iluminado del piso donde goteaba su sangre, y la mujer de verde, despeinada, con un extraño cansancio en la cara, encendió un cigarrillo mirando la cabeza del hombre gordo.

—Ahora andá a tocar a tu madrina —dijo la mujer.

IV

Morasán golpeó en la puerta del reservado a las diez de la noche. Cuando le abrieron vio la forma del cuerpo en el suelo, bajo los colores del pañuelo y el mantel con que lo habían cubierto, y antes de atender a las mujeres sacó el reloj del bolsillo del chaleco y miró las diez de la noche. Después miró al muerto, estirando los gruesos labios, moviendo el labio superior hasta ocultar un momento el bigote. Le llamó la atención el enorme par de zapatos del muerto y golpeó las suelas con un pie, mientras espiaba a las mujeres. Las dos estaban llorando, examinando al mismo tiempo la cara de Morasán.

—Dijo que no podía esperar más. Nosotros qué sabíamos que era veneno... —decía entre suspiros la mujer de celeste.

Morasán se sentó y estuvo un rato distraído mirándole los hombros, muy blancos, sacudidos por el llanto.

—Bueno —dijo—. Así que lo dejaron matar. Eso es todo lo que hicieron. Bueno. A ver, sacale eso de la cabeza.

La mujer vieja se inclinó rápidamente y descubrió la cara del muerto. «No tiene importancia —pensaba Morasán mirando la cara blanca del hombre, con la piel de las mejillas cayendo hacia el cuello, los grandes párpados de yeso redondeados—. Se hubiera matado de todas maneras, a éste no lo agarrábamos vivo».

—Así que lo dejaron matar —repitió.

—Una qué sabía —dijo la mujer de celeste.

La más vieja separó las manos del cuerpo:

—Y si hubiéramos sabido, qué íbamos a hacer.

—Sí —dijo Morasán—. Decime: ¿por qué lloran?

—Sería lo que fuese —dijo la de celeste, y un hombre quedó oculto a los ojos de Morasán—. Pero era un buen tipo.

—No es por él ni por nada —dijo la vieja escarbando en la liga—. Pero que se mate uno delante y estar esperando cada noche que se mate o empiece a los tiros.

—Bueno —dijo Morasán con voz cansada—. Después lloran. ¿Dijo algo antes?

—Sí —dijo la mujer vestida de celeste sacudiendo la cabeza—. Dijo que era un plazo postrero...

—No te hablo de las macanas que dijo —contestó Morasán—. Te pregunto si dijo algo que sirva para algo. ¿Nombró a alguno?

—Hablaban de todos los hombres —dijo la más pequeña.

—Bueno, decí si nombró a alguno —dijo Morasán.

—No, que yo me acuerde... —murmuró la mujer de celeste mirando el techo.

—¿Y vos? —preguntó Morasán sin mirar a nadie.

—No, no nombró a ninguno —contestó la vieja sentándose—. No. Dijo, eso sí, que esperaba a uno, lo mismo que yo le conté esta mañana. Uno que iba a arreglar todo porque él le había salvado la vida.

—Bueno. Así que lo dejaron matar —dijo Morasán.

La de celeste avanzó apuntando con un dedo.

—Sí. Vino recién un hombre. ¿Lo encontró?

—¿A qué vino? —preguntó Morasán.

—Lo había oído hablar a éste. Recién salió. ¿No lo encontró?

—Un hombre —dijo Morasán—. ¿Qué facha tenía?

—Y... —dijo la vieja—. Más bien alto, con un traje gris con rayas.

—No tenía rayas —dijo la otra.

—Un traje con rayas grises, sí señor —insistió la vieja.

—Bueno —dijo Morasán—. ¿Rubio?

—No, rubio no —dijo la de celeste—. Más bien morocho.

—Tenía los ojos claros —dijo la vieja.

—Bueno —dijo Morasán yendo a sentarse a la mesa—. ¿Qué dijo el fulano?

Las dos mujeres se miraron y la de celeste cruzó sobre el muerto y se acercó a la pared, giró una vuelta completa y quedó mirando a la mesa, de espaldas a la puerta.

—No dijo nada —contestó—. Dijo que otro se había matado y que a éste no lo conocía, que había oído la voz. Dijo que ahora se moría mucha gente y cuando se fue nos dimos cuenta que estaba borracho.

—¿Nada más? —preguntó Morasán tamborileando en la mesa.

—¿Vos te acordás de algo más? —preguntó la de celeste.

—No, yo no me acuerdo —contestó la vieja.

«Qué par de yeguas», pensaba Morasán mirando moverse sus dedos sobre la mesa. Volvió a sacar los labios y respirar tres veces, sonoramente, chupando aire por la nariz.

—Bueno —dijo—. Sáquenle todo lo que tiene en los bolsillos.

Siguió golpeando en la mesa. Él alzó la cabeza y movió un poco el busto hacia ellas.

—¿Y? —preguntó.

La de celeste endureció el cuerpo contra la puerta, escupió, miró a Morasán y caminó hasta agacharse junto al muerto. Morasán puso el sombrero sobre la mesa y escupió la cara de la mujer vieja, un perfil empolvado que se estremecía despacio.

—Alcanzame —dijo.

La mujer de celeste, manteniendo los ojos en el borde de la mesa, fue vaciando los bolsillos del muerto, alcanzando lo que sacaba a la mujer vieja que estaba de pie entre ella y Morasán y que iba pasando las cosas con rápidos movimientos al hombre sentado a la mesa. Había un reloj de plata, una libreta con cuentas, direcciones, números telefónicos, tres tarjetas, un lápiz azul y otro negro, muy gastado, una billetera con poco dinero y la fotografía de un niño, demasiado gordo y con cara de hombre, desnudo sobre un sofá, con una gasa entre las piernas; había un paquete de tabaco y dos libros de hojillas, un pañuelo, un llavero, un tubo de aspirinas, tres monedas, una de ellas agujereada en el medio, dos estampillas de correo y un sobre, usado, que decía: «Señor Ernesto Batty, Plaza 160, Ciudad». Morasán hizo una pila sobre la mesa, abrió el reloj con la hoja del cortaplumas y vio dentro de la tapa una fecha del siglo pasado. Cerró con

un golpe y dejó el reloj sobre el montón de cosas, bastante alto, que no era nada, que no significaba nada, que para nada le servía. «Nadie deja cartas ahora», pensó y se sonrió enseguida, pero como no quería que las mujeres lo vieran sonreír escondió la sonrisa avanzando los labios, y respiró sonoramente por la nariz.

—Bueno —dijo mirando a la más vieja—. Podés irte.

—¿Y ésta se queda?

—Ésta hace lo que yo le diga. Vos te vas despacito por la vereda, donde no hay sol. Y si no querés estar mañana al lado de éste, quedate muda y no hablés con nadie. Y si cuando salís alguno te invita para ir, le decís que no podés, que tu mamá no te deja y que tenés costumbre de dormir solita. Andá.

La mujer quedó un rato quieta, sin decir nada, pero los oleajes bajo la pintura se enfurecieron y recién cuando todo en su cara quedó tranquilo se apartó con rapidez y quedó cabizbaja frente a la otra hasta que la de celeste se apartó cediéndole paso y entonces la vieja fue directamente a la puerta, salió y ya no llegó ningún ruido de sus pasos al reservado. Después Morasán se distrajo mirando los anillos de sus dedos y sacudió la cabeza con desánimo pensando en la punta de maricones que dirigían el movimiento en la ciudad y que él tenía que luchar contra ellos, contra su imbecilidad, para que no se estropearan las cosas y que recién ayer había conseguido lo que estaba pidiendo desde un mes antes, desde la mañana en que fue a ver al Jefe en un lugar del que no se acordaba porque tenía el deber de olvidarlo, y esto recién después de haber luchado otro mes para atravesar la muralla de maricones e imbéciles que cubría al Jefe; y de pie, de espaldas a la ventana, mirando la luz del día en la cara del hombre pequeño y uniformado, cansada, que asentía desde el respaldo del sillón del escritorio, explicó que era necesario exigir que la policía dejara actuar libremente a la policía del Jefe; y el Jefe había dicho que sí y él, Morasán, había repetido dos veces en la conversación, una vez con tono suave y la otra para que oyera todo el mundo, que si no se conseguía eso él no podría hacerse responsable de nada en la ciudad. El Jefe había dicho que sí, pero hacía un mes de aquello y recién ayer le habían permitido moverse como quería. Así que si aquella noche empezaba el baile en la ciudad, como

parecía resuelto, aunque de nada podía estarse seguro, ya tendría que andar como loco atrás de unas cuantas personas. Siempre era él el encargado de todas las tareas que obligaban a deslomarse y sólo prometían disgustos. Pero cuando estuvieron liquidados los otros empezaría a limpiar el movimiento de maricones y de imbéciles. Había mucha luz, toda la luz de la hermosa mañana en la cara del Jefe, y a sus espaldas un enorme mapa colgado en la pared. «Usted tiene toda mi confianza», había dicho el Jefe, pero sólo una vez y, esa vez, en un tono suave, como para no ser oído por todos los imbéciles y maricones. Volvió a ponerse el sombrero y vio la sombra de la mujer de celeste, acostada en la mesa.

—Bueno —dijo—. Juntá todo eso, envuelvo en cualquier cosa y ponelo arriba del difunto.

No quiso mirarla mientras ella iba poniendo el montón de cosas del mantel, anudaba las cuatro puntas e inclinaba apenas el cuerpo para colocar el envoltorio sobre el pecho del muerto. Recién cuando ella volvió a sosegar se apoyada en el borde de la mesa, Morasán alzó los ojos para mirarla y los escondió enseguida. Después se levantó con lentitud y caminó hasta enfrentar a la mujer de celeste y quedó mirándola. Le miró primero la boca y con los ojos fijos allí, en la línea más pálida que separaba los labios, notó que los ojos de ella estaban entornados, la nariz con los agujeros abiertos, y que la mujer esperaba. Un momento después ella empezó a mover los hombros, apenas, y Morasán levantó el labio superior para cubrir el bigote y dirigió los ojos y la boca amontonada y saliente a cada uno de los hombros, una vez a cada hombro, sintiendo tanta rabia como si los estuviera besando. Todavía se estaban moviendo los hombros de la mujer de celeste cuando se apartó de ella y caminó hacia la puerta, bordeando al hombre muerto y mirándole los enormes zapatos.

—Vení —dijo—. Vamos al salón que quiero ver si encontrás al tipo que entró aquí a decir macanas.

Caminó por el corredor oscuro sintiendo los largos pasos de la mujer detrás suyo y el silencio que había entre paso y paso marcaba la distancia que recorrían las piernas de la mujer al caminar, y esto lo ponía más rabioso que mirarle los hombros. Se detuvo junto a la cortina, metió las manos en los bolsillos y retrocedió hasta apoyarse en la pared.

—Anda. Das una vuelta y venís a decirme.

Ella salió sin mirarlo y vio enseguida que el hombre que buscaba estaba sentado en una mesa, frente a otro más viejo, de bigote pequeño y recortado, que golpeaba el mantel en silencio, con la mano abierta. Siguió hasta el mostrador y pidió un vaso, y el mozo le dio enseguida un vaso de té frío que fue tomando mientras miraba todo lo que podía ver del salón. Vio que el hombre que estaba en la mesa con el que había entrado al reservado salía rápidamente, dando un empujón a la puerta con el cuerpo. El otro se quedó un rato mirando el techo con cara de idiota, pagó al mozo e hizo un movimiento como para salir pero se dio vuelta y caminó hasta el fondo del salón sentándose en la mesa donde estaban Irene y Julia con dos tipos.

Cambió saludos con mujeres y sonrió a los hombres, que se tocaban la sien para saludarla. «Soy una degenerada. Morasán me da asco, todo el cuerpo me gusta y está rodeando el asco que es lo más fuerte de todo y lo que me deja loca es el asco que le tengo». Como había empezado a mover la cabeza, lamentándose solitaria en el mostrador, cerca de la puerta, continuó el movimiento sacudiendo los adornos de las orejas y alzando las manos para hundir y mover los dedos dentro del pelo que agitaba con resueltos cabezazos. Allá estaba el hombre del reservado, en la mesa del fondo, apoyado en la pared, con la pipa sin humo en la boca y el judío que vendía las medias de contrabando estaba también en la mesa, conversando, riendo a cada palabra, como siempre, con sus dientes de oro. Se desprendió del mostrador, empujando con la mano, como un nadador del borde de la pileta y cruzó entre las mesas irguiendo el cuerpo a medida que caminaba, una mano abierta ajustada en el hueso de la cadera. Levantó la cortina y no vio enseguida a Morasán en la sombra; lo oyó respirar antes de verlo y guiada por el ruido de la nariz que chupaba el aire se acercó.

—¿Y? —preguntó Morasán.

—No estaba. Debe haberse ido enseguida.

—Estaba visto —dijo Morasán—. Y vos decís que era alto, con un traje gris a rayas...

La mujer sintió que el cuerpo de Morasán se removía en la sombra, como gelatina, rodeando el asco.

—No —dijo cerrando los ojos, con una larga e invariable voz sin flexiones—. El traje del hombre no tenía rayas, era gris pero sin rayas, gris como gris de ceniza.

—¿Seguro? Bueno. ¿Morocho o rubio?

Ella recordaba haber dicho «gris como gris de ceniza» con una voz blanda y llena de suaves silbidos. Abrió los ojos mirando en la penumbra el bigote de Morasán, dejó que cayeran un poco los párpados hasta no ver nada más que la boca hinchada del hombre.

—Era morocho —susurró.

Él no dijo nada y entonces ella suspiró para quitarse del pecho el peso del asco, más fuerte que todo ahora. Fue echando los brazos hacia atrás, mientras levantaba la barbilla hasta poner su garganta junto a la boca del hombre. Sin verlo, sabía que el hombre continuaba contra la pared, sabía que los ojos y la boca peluda del hombre estaban apuntando alternativamente a sus hombros que habían empezado a oscilar sin que ella lo quisiera. Sólo oía la música y la voz del negro cantando. Oyó después la respiración de Morasán y pensó que iba a pegarle. «Este hijo de perra no sirve para hacer otra cosa». Pero no se movió; solamente apretó los dientes y entristeció su boca esperando, con la cabeza abandonada en el canto incomprensible del negro: «The pretty maid is dead, is dead, in love-bed as she lays...».

—Bueno —dijo Morasán—. Andate. —Sonrió agregando—: Mañana de noche venite temprano.

Ella retiró la cabeza de la sombra, tomó la cara del hombre entre las manos y se acercó hasta tocarlo con el pecho.

«The dog must have his day», cantó el negro cuando se acababa la música. Morasán le clavó los dedos en los hombros, apretando hasta no tener más fuerza, después la separó estirando los brazos, haciéndola golpear con la pared de enfrente. Alzó la cortina y entró en el salón. El hombrecito de los dientes de oro se volvió desde la puerta y se acercó, siempre sonriendo, con un cigarrillo entre dos dedos rígidos.

—¿Un fosforito? —dijo.

Morasán le alcanzó la caja de fósforos en silencio y quedó mirando el resplandor de la llama en la dentadura de oro. El otro devolvió la caja

agradeciendo con la cabeza y dijo:

—Buena noche, ¿eh? Buena pesca.

—Vaya por la Central más tarde —contestó Morasán, y mientras el hombre se iba caminó hasta el mostrador y miró la cara grasienta del dueño que le sonreía.

—Tengo un retrato y banderas —dijo el dueño con voz baja y alegre.

—Bueno.

Se dio vuelta para mirar el salón, buscando entre las caras. «Cerca de las once y nada —pensó—; todo perdido por culpa de esos cornudos».

—¿Qué quiere tomar? —preguntó el patrón a sus espaldas. Negó moviendo la cabeza y se volvió hacia una mesa recostada a la pared donde se abría la puerta. Dos hombres vestidos con largos sobretodos se levantaron y caminaron hasta colocarse a un lado y otro de la puerta, las manos hundidas en los bolsillos. Morasán preguntó por encima del hombro:

—¿Están todos?

—Sí, todos los que usted dijo —contestó el dueño—. ¿Quiere que saque ya el retrato?

—Saque el retrato —dijo Morasán, y se puso a caminar hacia el fondo del salón mirando en las caras, sorprendido de pronto por el griterío y los vivas cerca del mostrador. «Vamos a ver quién se mueve», pensó. Continuó andando hasta la última mesa, donde un hombre gordo tenía el brazo alrededor del cuello de una mujer vestida de verde y un marinero miraba al techo con un lápiz en la mano y otro hombre estaba junto a una mujer que contrajo la cara al ver que él se acercaba. Se detuvo junto a ellos mirándolos; acaso alguna vez había visto la cara del hombre que se recostaba en la pared, indiferente, mirándolo con ojos tranquilos, un poco borrachos, mientras mordía una pipa corta, negra, brillante, curvada. Pero junto al depósito de la pipa estaba la cara de la mujer que se había asustado, la cara de Irene, la amante de Barcala. «Buenas noches —pensó—. Tenía razón el ruso, buena pesca. Cuánto tengo que hablar con esta atorranta». Se dio vuelta, y caminó hasta recuperar su sitio en el mostrador, se acomodó y continuó mirando el grupo de la mesa en el fondo del salón. «Si Barcala está en la ciudad se lo voy a sacar de adentro a Irene aunque tenga que exprimirla. Me lo vas a decir, atorranta, me lo vas a decir». Encendió un

cigarrillo. «Y si tengo a Barcala esta noche lo tengo todo, los demás tienen poca importancia, el único que puede hacer algo serio en la ciudad es Barcala». Volvió a mirar en dirección a la mujer, con el rostro inmóvil, con aquella sensación de aburrimiento que se provocaba para gozar más intensamente de su poder, y cuando el humo del cigarrillo se deshizo entre él y la mujer, la llamó con un pequeño calculado movimiento de cabeza y después mantuvo sus ojos en la boca abierta de la mujer, la boca que el miedo hacía colgar y agitaba con un gesto inexplicable, como si él la retorciera a fuerza de caricias. «Y todo así —pensó—, nada más que con mover desde lejos un poquito la cabeza». Pero la mujer no se movía, no porque no fuera a obedecerlo, sino porque él tenía demasiado poder; su presencia la asustaba como una amenaza a un perro y no podía cumplir las órdenes que le daban, su cuerpo paralizado por el espanto. La miraba rabioso consigo mismo, oscuramente rabioso por su excesiva fuerza. «Vení», rezongó llamándola ahora con la mano. Entonces vio cómo ella obedecía enseguida, dejaba el grupo de la mesa y venía paso a paso hacia él, que había recobrado su deliberada inmovilidad. La dejó acercarse hasta que casi se tocaron y entonces la miró estirando los labios, sintiendo el roce del bigote contra la nariz, mirando con furia lo único que tenía ella para mirar, una cara redonda y asustada, totalmente una cara de mujer, con la sonrosada punta de la lengua apoyada en el borde de los dientes, los ojos estirados colocando en él una mirada de niño.

—Andá a buscar tus cosas —dijo sin separar los ojos del miedo de la mujer, procurando mover apenas los labios. Ella sacó su cara rápidamente y Morasán volvió a ver la mesa del fondo con los tres hombres inmóviles y el perfil de la mujer de verde. «Al hombre ese yo lo vi en alguna parte», volvió a pensar obstinado. Se empeñaba en alterar las facciones del hombre recostado en la pared, tratando de desviar un poco la forma de la gran nariz de punta redonda, la boca gruesa, el pequeño mentón partido, los ojos claros y oblicuos, la frente donde crecía la calvicie. Imaginó ponerle bigotes y anteojos, vestirlo de uniforme, darle una piel más clara, hacerlo sonreír, hablar, dormir, caminar, meterse las manos en los bolsillos, torcer la cabeza hasta que mostrara nítido el perfil, sobre la madera barnizada de la pared, sobre un cielo brumoso, sobre la capota de un automóvil, sobre una

multitud mal vestida, sobre una fila de árboles corriéndose rápidamente. Pero la cabeza ensombrecida del borracho que se recostaba con pereza en el tabique de los reservados no encajaba en ninguna de las caras y situaciones. Dejó de ver al hombre, oculto por la cara de Irene, que se había puesto un abrigo azul oscuro y dejaba colgar una mano con la cartera. El abrigo no estaba abrochado, se lo había tirado sobre los hombros y miraba ahora a Morasán con una cara de boca cerrada, pálida, nerviosa, pero ya sin el indomitable terror de momentos antes. Y él comprendió que en aquel momento necesitaba ver el miedo de la mujer y murmuró para conseguirlo:

—Ahora vamos a conversar. Vos sabés lo que hizo Barcala aquí, en el verano, cuando empezó la guerra, ¿eh? Bueno. Entonces no me vas a hablar de lástima, ni por favor, ni no seas malo.

Dio una pitada al cigarrillo sin dejar de mirarla; los ojos tenían la misma angustia de antes, pero la boca no se resolvía a abrirse, temblando apenas en las comisuras. Endulzó la voz y soltó las palabras junto con el humo:

—Esta noche muchos hijos de una gran... van a desear no haber nacido nunca. Pero vos más que ninguno, te garanto.

Apartó con un suspiro sus ojos de la boca que nuevamente un miedo animal hacía temblar, separando las mandíbulas, y vio a los dos hombres, Vivar y uno que no conocía, junto a ellos.

—Llévenla a la Central —dijo lentamente—. Yo voy para allá.

Ella dejó caer la cabeza y conoció las dimensiones de su miedo, pensando que podía soportarlo. Se puso a caminar con los pasos de los hombres detrás, pasó junto al retrato del Jefe que alzaba el perfil entre botellas, junto a la máquina de hacer café que silbaba como una bocina lejana, junto al silencio de las mesas y las miradas de los bebedores recostados en el mostrador, entre los dos hombres quietos que cuidaban la puerta, empujó delicadamente con la mano la puerta movediza y la sostuvo hasta sentir que los hombres que la seguían se habían apoyado en ella y salió al aire fresco de la calle, mirando un momento el cielo con nubes que una luna invisible hacía blanquear y, siguiendo la presión de una mano en su brazo, tomó hacia la izquierda, caminando sin apurarse hasta el automóvil que empezó a sacudirse calentando el motor, en el fin de la cuadra, con el acompasado golpear de los cuatro pies de sus acompañantes

sonando en sus orejas, quebrando en pedazos iguales los pensamientos asombrosos que alimentaban al miedo. Morasán continuó apoyado en el mostrador hasta perder el recuerdo de la boca entreabierta y los ojos sin esperanza que la mujer le había mostrado; volvió a fumar y fue a sentarse en una mesa, sintiendo pesarle el cansancio en las piernas y en el vientre. Cuando llamó al mozo vio la sombra de alguien inclinado sobre él y enseguida escuchó la frase entrecortada:

—No quieren dejarme salir porque dicen que es orden suya. No me conocen. Soy Buxareo, de la flota de camiones, y estuve siempre con ustedes y están usando ahora cinco camiones míos. Tengo que hacer mañana temprano y esos hombres...

—Entonces —interrumpió Morasán—, tendrá el carnet y tendrá el sello en los documentos.

El otro sacó una libreta del bolsillo y se la dio; Morasán puso la libreta en la mesa, abierta, y la sujetó con el plato del hielo que acababa de traer el mozo, se sirvió la bebida, echó soda en el vaso y miró la libreta bebiendo. Estaba el sello de la Central sobre la fotografía del hombre. «Cincuenta y tres años —pensó—. Y debe tener cerca de un millón de pesos. Juan F. Buxareo. Éste es de los “por si acaso”, de los que dan plata para los dos lados por lo que pueda resultar». Con la cabeza inclinada sobre la libreta dejó de verla, sabiendo de manera confusa y placentera que el hombre esperaba, y pensó en la noche, en las dos o tres cosas fundamentales que haría aquella noche y en una imprecisa sensación de momentos como el que acababa de tener junto al mostrador, mirando la cara de Irene. «Si ella sabe dónde está Barcala yo lo agarro a Barcala esta noche y yo le saco todo lo que tenga adentro. Entonces no se me escapa ninguno. Y además está esa idea del barco que no se le hubiera ocurrido en un año a ninguno de esos imbéciles. Y no los voy a hacer bajar del barco a la Central. Voy a subir yo y el barco va a salir a dar otra vueltita de turismo por la bahía y voy a volver tomando whisky en el comedor, mientras la orquesta toca la *Marcha de enero*. Todo lo que hizo Barcala en el verano lo van a pagar esta noche. Cuánto tiempo esperando esta noche pero siempre seguro de que iba a llegar, seguro de que la iban a pagar una por una».

Se acordó del hombre a su lado y le devolvió la libreta, haciendo una seña a las dos figuras en la puerta. Volvió a mirar hacia la última mesa, donde todavía estaba el gordo de espaldas enlazando el cuello de la mujer, el marinero se había recostado en la silla con la cabeza caída contra el respaldo y aquella cara que se parecía tanto a una imprecisable cara que había visto una vez continuaba recostado a la pared con una expresión extraordinaria de imbecilidad. Morasán metió la mano en el bolsillo interior del saco y eligió entre los papeles hasta dar con un recorte de diario. Había allí una fotografía bajo la palabra Ossorio. Era una cara barbuda, enérgica, de mandíbula prominente y ojos perdidos en la sombra de las cuencas. «Me había parecido», pensó, y miró la cabeza del borracho apoyada en la pared, en el fondo del salón, encima del traje blanco del marinero. «No es; pero a este hijo de perra lo vi en alguna parte». Se levantó y fue rectamente hasta el mostrador, apoyando el brazo en el frío de la chapa curvada, mirando a la mesa del fondo como un momento antes, cuando había hecho levantarse y temblar a la mujer nada más que con mover un poco la cabeza. Vio que la cara del borracho se separaba de la pared y se inclinaba sonriendo sobre la mesa. La mano del borracho salía de la sombra, tomaba la botella y llenaba las copas en la mesa, mientras los otros hacían un movimiento como si despertaran y pronunciaban cortas frases que no lograban atravesar la música que caía de la orquesta. Aquella maniobra del brazo vertiendo la bebida alejaba definitivamente al borracho de todo recuerdo. Morasán se volvió, mirando la hora en el reloj de su muñeca y la cabeza del Jefe en la estantería. «Las once y veinte, casi. Por ese curda perdiendo tiempo. Bueno, el Jefe tenía algo aquella mañana sentado delante del gran mapa en la pared cuando me dijo que yo tenía toda su confianza. Lástima la nube de moscas que anda alrededor, tanto cretino y niño de familia. Pagaría algo por saber de quién me hizo acordar el cornudo ese hasta que sirvió la bebida. Era una cara de la que no puedo saber nada pero estoy seguro que me gustaría volver a ver». Se detuvo en la puerta:

—Que no salga ninguno hasta que avisen de la Central, ninguno que no tenga documentos con el sello de la Central.

Los dos hombres asintieron con la cabeza y enderezaron el cuerpo y Morasán salió entre ellos, empujó la puerta con la rodilla y se detuvo en el

umbral mirando la noche en la calle. Sonó una bocina, muy corta, en el puerto y un automóvil vino a detenerse frente a él, con dos hombres en el primer asiento. El chófer sacó un brazo hacia atrás y abrió la portezuela. Morasán cruzó la vereda, entró al automóvil, cerró de un portazo, puso el revólver en el asiento, junto a su mano, encendió un cigarrillo y apoyó la cabeza contra el respaldo. Como si el curso de la vida hubiera cesado repentinamente y un precipicio sin fondo por donde navegaba zumbando el coche lo separara de la noche y los excitantes días y semanas que habían precedido a la noche, y el resto de su vida fuera a comenzar allá, recién después de atravesar el abismo, en el otro borde, se abandonó a la mentira de estar con Barcala en el restaurante cercano a la Casa del Partido, comiendo en mangas de camisa, no en este pasado verano que tuvo que vivir oculto en un altillo sin armas, como si estuviera desnudo frente a la puerta que una patada podía echar abajo, esperando que llegaran a buscarlo en cualquier momento para ponerlo frente a Barcala, volverlo a ver así, más fuerte que él, única cosa que temía en el mundo por saberse incapaz de resistir la cara del otro colocada delante de la suya, mirándolo en silencio, con sus ojos tristes de mulato, sin decirle palabra, tal como él sabía que Barcala habría de mirarlo si alguna vez volvían a encontrarse. No en este último verano sino en el anterior, antes de cortar con el partido y juntarse con aquellos a los que llamaba «los perros» con voz más llena de odio que ninguno, como si escupiera. En el verano anterior comiendo en mangas de camisa en el Golfo de Napoli, en la esquina de la Casa del Partido, comentando con Barcala los sucesos pasados y los otros, los únicos que lograban entenderlos, los que iban a venir mañana, el lunes, en el próximo verano, algún día. Chupando los tallarines, tan seguro de que la vida era aquello, el partido y los camaradas, sin posibilidad de problemas ajenos a ellos, hablando y riendo con Barcala hasta que llegó Max el vendedor de medias, con su sonrisa brillante y Barcala enmudeció porque decía que el judío era un espía. Y en aquel mediodía, Max había venido acompañado de un chico que les presentó, el que había clavado sus ojos negros, absolutos, en Barcala, permaneciendo en adoración, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Alguna vez había dicho Barcala: «Curioso. La persona más luminosa que he conocido y esa necesidad de meterse siempre en la

sombra». Él no había contestado; Esteban era eso pero no soportaba la admiración de Barcala, no soportaba que Barcala dijera «luminoso» hablando de Esteban.

Y había tenido que soportar todo. Había sufrido, había apretado contra él una sucia felicidad, había suplicado, había visto los dientes de Esteban burlándose de sus celos, en el café, en las reuniones, en su cuarto, cuando él torcía la conversación hasta hablar de Barcala, hasta poder atacarlo a Barcala con una pálida esperanza de que a la noche siguiente la mirada de Esteban encontrara la suya, diciéndole, a él, solamente a él, lo que decía al mundo a través de la frente de Barcala. Pero la inteligencia del muchacho esquivaba todos los fosos y sus retintos ojos continuaban, volvían en la siguiente noche a colocarse en la frente macilenta de Barcala sin apartarse de allí.

Después pudo tenerlo, todas las horas, cuando Barcala se fue al Norte y él usó con tranquila desesperación su dinero para que Esteban fuera a vivir solo en el edificio nuevo donde estaba la biblioteca, y donde llegaba a visitarlo a cada momento con absurdos pretextos al principio, sin otra excusa que su locura en los últimos tiempos. Sabía que la sustancia animal que animaba el cuerpo del muchacho, la sostenida llama que crecía en él, eran la única cosa libre de la gruesa neblina que envolvía la vida, la única cosa para la que él, Morasán, estaba aún expectante y vivo. Comprendía también, en el mismo tiempo en que sabía de su necesidad, que le bastaba tocar al muchacho, tener un segundo para sí los ojos de Esteban que se quemaban sin descanso en una mirada que parecía siempre la última — como si él viera a la muerte alzando el brazo dispuesta a golpearlo y diera su definitiva mirada al apretado universo que le había tocado en suerte, mirando sin posibilidad de modificar el sentido de su mirada, dando en silencio su irremediable comprensión del mundo, su amor, su desdén, en despreocupada curiosidad—, para que el significado del muchacho, la atrayente esperanza de comunicación y descubrimiento que encarnaba el muchacho, quedara muda y cegada para siempre, marchita como un rostro atravesado por los años.

Después, nada; después, una mañana había llegado una carta de Barcala con el membrete del partido y Morasán vio al muchacho silencioso,

sonámbulo como una bestia que sintiera la voz de un hermano llegar desde la selva, llenar una maleta con movimientos precisos, yendo y viniendo en la habitación con un extraño paso que nunca podría alterar la fatiga; lo vio sonreír en silencio en la noche atravesada de luces rojas, que entraban al taxi que los llevaba a la estación; lo vio reír nervioso y feliz en el andén, al darle la mano, trepar en dos saltos a la plataforma del tren que empezó a moverse casi enseguida, y después supo que lo habían fusilado y supo, o se lanzó desesperadamente a saber, que si Barcala no lo hubiera llamado él estaría aún vivo, escuchándolo hablar en la habitación del edificio donde estaba la biblioteca, dejando de oírlo para atender voces misteriosas que le hacían arrugar el ceño encima de la vista que iba empujando el ardor en el aire.

El coche frenó junto a la puerta iluminada de la Central, el chofer alargó un brazo hacia atrás y abrió la portezuela. Morasán se metió el revólver en el bolsillo, hizo sonar los dedos para separar el cigarrillo que los quemaba y bajó del coche cruzando, con rápidos movimientos de la cabeza, los saludos de los hombres envueltos en sobretodos oscuros que guardaban la puerta y de los hombres de uniformes verdosos, botas hasta la pantorrilla, correa y redondos bonetes que se cuadraban tocándose la sien a su paso.

V

Los tres automóviles pasaron velozmente por el costado de la plaza, grande y oscuro el primero, con hombres en los estribos y una incesante sirena, doblaron muy abiertos en la esquina y volvieron a torcer, ahora a la izquierda, entrando en la ancha calle por entre los rieles de los tranvías, torcidos, con una fría locura silenciosa bajo el estrépito. Ossorio pensó que el aullido de la bocina, alejándose, lo conmovía más que el peligro de haber sido descubierto. Esperó el silencio para salir de la sombra del portal y siguió andando, mirando la plaza que parecía enorme en la noche vacía, con la forma blanca celeste del monumento en el centro, las zonas negras, los altos edificios rodeándola, muertos, con luz de luna en las cornisas y profundos reflejos en algún vidrio que olvidaron cubrir. «La noche —pensó—. Paso a paso en la noche voy a meterme conscientemente en la trampa sólo por miedo de morir solo en la noche». Desde la esquina veía la puerta y las ventanas de la Casa del Partido, con el piquete policial enfrente, los caballos, las motocicletas, ni una voz en la calle. Siguió caminando, más despacio, angustiado por la idea de que había sin duda una forma de escapar y que iba a perderla por una falla de su cerebro, de su memoria, por no ser un poco más inteligente de lo que era. «Es un destino resuelto desde siempre. Estoy en el tipo glandular equis 30. No hay salvación. Si perteneciera al 22 jota sabría cómo disparar o nunca me hubiera metido en esto. Si perteneciera al 22 jota me animaría a reventar solo». Cruzó la calle y el olor de caballo, de estiércol y nafta. La puerta estaba entornada, dejando salir un poco de luz amarilla. Un oficial se separó del grupo de policías y vino a colocarse a su lado, en silencio, con las manos enganchadas en el correa; Ossorio le miró la cara joven, de nariz corta y una larga boca sinuosa. «¿Se puede entrar?», preguntó. El otro abrió los

labios y sonrió, sin hablar, alzando los hombros, mirándolo. Empujó la puerta y entró. En el patio, sentados en un largo banco bajo la luz escasa que se desvanecía antes de llegar a la pared, enfrente, estaban tres hombres con máuseres entre las piernas, fumando y conversando en voz baja, con pocos movimientos, y no se alarmaron al verlo entrar, levantaron callando la cabeza y lo miraron mientras de la oficina, un poco escondida a la izquierda, salía otro hombre con traje de mecánico y pistola al cinto, un cigarrillo en la boca y bigotes largos, espesos, inmóviles, que se acercó a Ossorio con pasos lentos, taconeando, haciendo venir entrecortadamente, al vaivén de la marcha, la cara pálida desde la luz de su oficina, atravesar la sombra del costado del patio y surgir nuevamente en la luz del zaguán junto a Ossorio, muy cerca, con su gesto sonriente y distraído, hasta que la luz del zaguán y las paredes —con frescos ocre donde trepaban chimeneas humeantes y hombres entre gavillas y enormes tuercas y ruedas dentadas se estrechaban las manos— reunieron, aislaron frente a frente la cara de Ossorio y la del hombre de la pistola.

—¿A quién buscaba? —dijo el hombre, con voz de estar pensando en otra pregunta.

En algún lugar de la casa lloraba un niño.

—Ossorio. Me llamo Ossorio. Tengo que ver a Martins.

—Martins —repitió el hombre con voz desinteresada—. No sé. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

No contestó. Metió la mano en el bolsillo y sacó el carnet del partido al que había sujeto el salvoconducto del cuartel general. Lo entregó abierto al hombre, que lo tomó con dos dedos sin dejar de mirar los ojos de Ossorio. No había hecho otra cosa desde el principio, mirándole los ojos como quien mira el paisaje lejano atrás de una ventana. Retrocedió hasta tocar la pared con la espalda y miró fugazmente a la puerta entornada y enseguida buscó apoyarse con la mirada en los tres hombres sentados en medio del largo banco, en el patio, con los máuseres entre las piernas. Hubo un silencio y llegó nuevamente el llanto de la criatura y una confusa voz de hombres desde arriba. Entonces el de la pistola al cinto acercó los documentos a su cara y los miró. «Esto está vacío —pensó Ossorio—. No hay nada organizado. Nadie debería poder entrar como entré yo. No puede estar

Martins, también aquí todo perdido». Sonó el teléfono de la oficina y el hombre de la pistola fue caminando con sus acompasados pasos, los papeles de Ossorio colgando en la mano.

Ossorio miró la pintura de las paredes, la cara del gigante con visera pintado en la pared, las mangas recogidas sobre los codos, el pecho exhibido en triángulo encima del musculoso antebrazo donde caía la mano de una mujer roja con las manos visiblemente vacías y quietas reunidas en la espalda, mostrando su cuerpo a los hombres de los máuseres que volvían a conversar a media voz en el patio. No oía llorar al niño, solamente la voz del hombre en el teléfono, tibia, aburrida:

—Está frito. Qué querés que hagamos, está frito. De aquí no. Hacé lo que quieras. Por cuenta tuya, lo que puedas.

«Idiota pintar esto en una pared que no tiene perspectiva —pensaba Ossorio mirando los ojos del hombre en el centro de la pintura—. No hay nada preparado, todo está perdido. Lo que está perdido, ahora, además, es la forma de estar todo perdido». Oyó el timbrado del teléfono al cortar y los tacos del hombre que regresaba con los papeles siempre colgando de la mano. Cuando tuvo la cara cerca de Ossorio sonrió cansado y le golpeó el hombro.

—Había entendido el nombre —dijo—. Pero quería saber si era el mismo Ossorio. Disculpe. Martins está arriba, ahora lo va a ver. —Le devolvió los papeles repitiendo la sonrisa. Ahora le miraba los ojos como quien mira interesado algo que está sucediendo en el paisaje atrás de la ventana—. ¿Cómo está aquello? —preguntó, los brazos caídos, sin acompañar la pregunta con ningún gesto.

—Las cosas no van del todo bien —y guardó los documentos.

—Bueno, tenía que ser —dijo el hombre, sonriendo, y parpadeó—. Bueno, no es el momento... Martins está arriba; si sube la escalera... —Hizo un gesto vacilante moviendo la cabeza y dijo con suavidad—: Hace mucho que no duermo.

Ossorio se tocó la sien y el hombre mantuvo su sonrisa y quedó enseguida serio, en cuanto Ossorio inició el movimiento de cruzar el patio.

—Salud —dijeron los hombres desde el banco.

—Salud, buenas —contestó Ossorio, y empezó a subir la escalera recién lustrada que crujía en el centro, en los escalones impares. La escalera en un corredor de baldosas, cuadrado, que rodeaba el patio, bajo la claraboya fija, adonde daban puertas iguales, sombrías, igualmente espaciadas, con un triángulo de estuco con figuras desnudas y frutas sobre cada dintel. Se detuvo, muy próximo al llanto del niño, y miró desde arriba a los hombres sentados en el banco que conversaban riendo y fumando sin abandonar del todo su encogida actitud de emboscada, las manos terminando siempre su caricia en alguna parte del máuser próxima al gatillo. Desde el cuarto con teléfono que ocupaba el hombre de la pistola al cinto salía la luz y la sombra ancha del hombre, su cabeza inclinada, un brazo que se movía con desgano para desaparecer enseguida. Caminó unos pasos y empujó una puerta entornada, entrando en la primera pieza con luz, donde lloraba el niño. Un hombre en tricota, sentado frente al escritorio, revolvía papeles y alzó la cabeza para mirarlo, inmovilizando las manos. Ossorio no pudo recordar su nombre.

—Buenas, Ossorio —dijo.

El otro se levantó, no tenía ninguna arma visible, era pálido, flaco, despeinado, con la mandíbula superior saliente y, mucho más que el hombre de la oficina de abajo, actuaba con aire distraído, con su atención puesta en otra cosa lejana y amable que le endulzaba los ojos. Le estiró la mano sonriendo:

—Sí —dijo—, lo conocí enseguida. Estuvimos peleando con comida de caballos en el Norte. Organización de forraje.

Hablaba con una humildad burlona y falsa, no dirigida a nada, ni a sí mismo.

—Sí, me acuerdo —dijo Ossorio—. Usted es Fernández. Pero entonces, juraría, llevaba lentes.

—Se rompieron —explicó con una extraña expresión evocadora—. Tengo que comprarme.

Se sonrieron tristemente y Fernández encogió los hombros.

—Eran lentes oscuros, parece que mucha luz me hace mal.

Entonces volvió a llorar el niño y Ossorio caminó para mirar atrás de la biblioteca que había sido despegada de la pared.

—Fíjese —dijo Fernández.

Había un niño acostado en un diván, con la cara escondida contra el cuero del respaldo, y un muchacho rubio, sentado en una pila de libros, muy joven, con una barba irregular y suave que apenas se espesaba sobre los labios, con nariz judía y el revuelto pelo caído hacia adelante, fumaba con el cigarrillo en un lado de la boca y estaba rodeado de niñitas tomadas de las manos que recortaba con una larga tijera en papel de diario. Cintas de niñas con moño en la cabeza, con las manos y las puntas de las faldas unidas, se estiraban encima del diván donde lloraba el chico —el llanto indispensable para llenar el pequeño hueco que hacían las manos contra la boca—, caían desde las rodillas del muchacho al suelo y le colgaban del hombro. Levantó los ojos sonriendo, se desperezó y continuó cortando niñas de papel, rápidamente, deteniéndose un momento para pensar cada vez que la tijera debía cambiar de rumbo.

—Lo encontraron perdido —dijo Fernández—. No habla, no dice nada, a veces dice que sí cuando le preguntan y después dice que no cuando uno le pregunta lo mismo.

Estiró la mano y levantó las medias del chico, arrugadas contra los zapatos. El niño se calló, encogió el cuerpo suspirando y volvió a llorar tranquilo, sin apurarse, con una alargada nota aguda, de perro herido, metida y entrando en su lloro, fría, como una aguja de inyección.

—Y el idiota este —dijo Fernández— que no encuentra manera de hacerlo callar. «Déjenmelo a mí», dijo cuando lo trajeron, como si fuera a darle la teta. Se puso a hacerle muñequitos pero los sigue haciendo para él y ni siquiera se los muestra al pibe.

—Se los muestro y se asusta —dijo el muchacho estirando una cinta de niñas de cintura estrecha que se daban la mano, haciéndolas bailar en círculo, examinándolas con cara de disgusto y dejándolas caer sobre el diván para levantar un diario de la pila que tenía entre la biblioteca y su pierna.

—¿Hace mucho que lo encontraron? —preguntó Ossorio.

—Esta tarde, yo no estaba —contestó Fernández; bostezó y volvió al escritorio—. No comió nada —dijo desde allí moviendo los papeles.

—Es como encontrarse un perro cuando uno es chico —dijo el muchacho chupándose el dedo que lastimaba la tijera—. Hay que dejarlo hasta que tenga hambre. Después que come ya no extraña tanto.

—Debe tener dos o tres años —dijo Ossorio.

—No sé. Tres o cuatro —dijo Fernández.

—¿Está Martins? —preguntó Ossorio.

—No lo vi pero creo que llegó esta noche. ¿Está Martins? —preguntó alzando la voz hacia la biblioteca.

—Sí —contestó el muchacho; se le oyó reír—. Se encerró para discutir el frente de aprovisionamiento.

—No seas imbécil —dijo Fernández, desinteresándose.

—Se encerró con Adelaida —dijo el muchacho atrás del mueble, riendo.

—Debe estar con ella —aseguró Fernández sin reír—. Pero me dijo...

—Miró el reloj de la pared—. Debe estar por venir. Tenemos que trabajar juntos esta noche. ¿Quiere sentarse? Ahí, atrás suyo...

Ossorio alcanzó la silla y se sentó mientras Fernández escondía la cara mirando encima del escritorio y el niño lloraba con ruido de saliva sacudida.

—Macanudo —murmuró el muchacho invisible—. Y los tipos que se matan allá.

—¿Estuvo trabajando con esa música? —preguntó Ossorio.

—Ya no la oía —contestó Fernández—. Si usted no me dice no la oía.

Ossorio veía cómo los movimientos del otro iban acentuando su artificio sobre los papeles y su aire no era ya distraído sino atento e indeciso, consciente también de su indecisión y buscando eliminarla, primero mediante la inmovilidad, viniendo luego desde la pared hasta el borde del escritorio, como tocando un límite endurecido, una distancia inviolable entre los dos donde no podía transitar y que intentaría cruzar enseguida con las palabras, logrando hacerla ceder un poco, como un poderoso elástico que se comba sorprendido por el golpe para recuperarse irresistiblemente enseguida.

—Usted debe recordar alguna noche, Ossorio, que perdimos o ganamos, no sé. Que sustrajimos a aquella vida, puede afirmarse. Cualquier noche de aquellas en que tomamos mate y conversamos y discutimos de madrugada.

No fueron muchas. Ahora. No estoy disparatando, piense en la palabra *ahora*. Puede ser un segundo y todos los pedacitos de tiempo y de cosas que puede haber en un segundo. También puede ser, ahora, el estado de alma, lo que sentimos de la vida, cada uno.

—Sí. Adelante —dijo Ossorio mirando el piso. «Demasiado de una sola pieza para ser el miedo», pensó.

—Hablo de lo que hablamos en las madrugadas para que recuerde que tengo la cabeza bien hecha. Usted sabe. —Se rió y fue retrocediendo hasta sentarse otra vez frente al escritorio, inclinado sobre los papeles, repitiendo la actitud que tenía cuando llegó Ossorio. Después levantó la cabeza, mirando hacia el patio—: Bueno —dijo—, si tuviera que decirle, ahora, eso, mi manera de sentir la vida. También es curioso que tenga que decírsela, pero me resulta urgente y no hay otro a mano. Yo le diría cómo me veo obligado a apoyarme en dos cosas sin significado importante, tampoco sin relación entre sí. Una es ésta: mi madre quería comprender el mundo o creía comprenderlo leyendo los telegramas de los diarios. Entraba por callecitas sin salida, tomaba otra callecita, tomaba otra, y así hasta terminar la página de telegramas. No había ningún sentido, pero se iba a dormir segura de haberse enterado no sólo de todos los hechos sino de lo esencial, el alma de la vida, el hombre, en todo el mundo. Ella lo entendía. Si yo buscaba entenderlo por ese camino me resultaba como estar en el puerto, tomando con marineros, y que cada uno cantara una canción en lengua distinta, una lengua para cada canto. Espere —levantó una mano.

—Sí, adelante —dijo Ossorio.

—La otra cosa es que vi desde una ventana, cuando perdimos Aguas Corrientes, matar a una mujer que llevaba de la mano a una chiquita vestida como visten a las mujercitas cuando las llevan de visita. Usted las conoce mejor que yo. No hay nada tan bruto, tan despiadado, tan... como la culata de un fusil. Le dieron a la mujer un culatazo que le rompió la mandíbula y otro, en el suelo, contra la oreja. Al hombre lo voltearon enseguida de un tiro, uno que estaba en la ventana al lado mío. Y a todo esto la nena no se movía, parada, con la mano que iba dando a la madre separada todavía del cuerpo y la cara seria pero sin susto; el vestido de ella era verdoso, de terciopelo oscuro. No supe más nada.

Calló y se puso a morder una punta de lápiz.

—Pero si no los miras —dijo lentamente el muchacho atrás de la biblioteca.

—Se acabó —dijo Fernández con la punta del lápiz contra la sonrisa—. Si a mí me agarran para contarme eso...

—No —dijo Ossorio.

—Puede ser que usted alguna vez tenga tiempo para pensar en las dos cosas y reunir las. Y comprender que no es cosa de loco habérselas dicho así de golpe, y en un momento como éste. Va a comprender.

—Sí —dijo Ossorio, levantándose y llegando sin hacer ruido hasta el escritorio, examinando la cabeza despeinada del otro que emergía de pesados pensamientos que ya no volverían a tocarla—. En cuanto a la culata y los huesos partidos... Un poco menos y usted hubiera podido comprender el mundo por ese camino. La chiquita con la mano estirada. Pero después de la cabeza rota a culatazos ese camino no le sirve.

—No diga nada —dijo Fernández—. En realidad no tiene que contestarme. Nada más que yo tenía que decirlo. Después de todo, ahora... —Bostezó y miró otra vez a la pared—. Martins está con retraso. Venga y vamos a buscarlo.

Salieron al corredor que rodeaba la abertura sobre el patio, caminando a cortos pasos en la penumbra y el anormal silencio.

—No sé cuál es el plan —dijo Ossorio—. Si está en el plan defender la Casa.

—Sí y no. Defenderla, naturalmente, pero hasta cierto punto y no del todo.

—¿Rendición con condiciones?

—Puede ser eso.

—¿Usted está encargado de eso?

—Yo no —dijo Fernández, y rió—. Martins. Y ahora usted, pienso.

Ossorio cerró los ojos durante unos pasos. «Y ahora yo que estoy en la trampa». Suspiró en silencio, cansado, abriendo los labios para no hacer ruido. «La madre leyendo los diarios y la mujer, la culata, la cara, la niña, la sangre. Éste se pega un tiro». Abrió los ojos para espiar la cara flaca del otro cuando torcieron a la derecha. «Por eso se rió recién». Los centinelas

seguían sentados allá abajo, pequeños y torcidos a la orilla del embaldosado.

—¿Está Barcala? —preguntó Ossorio.

—No.

—¿Saben algo?

Poca cosa. Todos los días aparecen historias, dos o tres, pero no sé nada. Hable con Martins.

Se detuvo, abrió una puerta y entraron en la oscuridad que olía a papel y ratas.

—Espere —dijo Fernández. Ossorio lo sintió alejarse, despacio, en la línea curva.

Fernández encendió la luz y alzó una mano para hacerse visera. Estaban en la biblioteca y todo aparecía allí en desorden, un desorden empeñosamente logrado, excesivo, las colecciones de diarios desparramadas en el suelo, los grandes cuadros apoyados de cara contra la pared, pilas de libros vacilantes a cada paso y pilas derrumbadas. Sobre las estrechas mesas unidas en el centro de la sala dormían cuatro hombres, casi tocándose las cabezas con los pies, como cadáveres recién llegados al anfiteatro, sobre almohadas de papeles de diarios que aún conservaban los cordeles, todos boquiabiertos, amarillos y suspirantes a medida que ellos pasaban, tratando de no despertarlos. Ossorio los miró lo indispensable para enterarse de los trajes y las fisonomías, de su olor a cansancio y sueño, de un olor frío, descorazonador y solitario, medicinal, alrededor de la cara del último de los durmientes, hasta llegar a la puerta del fondo que abrió Fernández, metiendo la cabeza, sacándola enseguida para hacer seña a Ossorio de que podía entrar.

—Me vuelvo para allí —dijo Ossorio; entró y vio a Martins que fumaba sentado en el suelo sobre una carpeta roja doblada en dos que había usado como cama y a una mujer que estaba junto a la mesa, apoyada en ella, y se hacía las trenzas teniendo los dientes llenos de broches para el pelo.

Ella dejó de mirarlo enseguida con el único ojo que mostraba el pelo y murmuró algo mientras Ossorio cerraba la puerta y movía una mano hacia Martins.

Martins fumaba, con la camisa desprendida, la frente brillante, la boca un poco mustia que se enderezó apenas para mostrar los dientes.

—No se me ocurría que ibas a venir —agregó—. Como dijiste que estás buscando un pasaje.

Se rió y encogió el cuerpo para alcanzar los zapatos, doblado mientras se los ponía y ataba cuidadosamente, con una lenta flexibilidad. «Cómo habrá forzado a esta mujer que no se merece», pensó Ossorio.

—Y yo qué sabía cómo estaba el asunto —dijo Martins estirando las piernas—, qué sabía dónde te habías metido. Y que te ibas a quedar, eso yo te lo sentía, porque pensaba que me estabas mintiendo. No, no. Que me escondías algo, algo que no tenía nada que ver con esto y que por eso te ibas a quedar. Creía que no te veía más. Le contaba a una persona que estabas esperando un pasaje y que yo estaba seguro de que te iban a dar nomás el pasaje.

Volvió a reírse mientras se levantaba y se sacudía los pantalones maquinalmente. Ossorio había visto apenas a la mujer y la deseaba, con tristeza, sintiendo, sin volver a mirarla (estaba resuelto a no volver a mirarla), que por algunas desconocida circunstancia había perdido aquella piel oscura, la boca gruesa y velluda, la frente varonil, el olor del pelo que la mujer retorció entre los dedos. «Cómo sé que tiene grandes los senos y los muslos y poca cintura. Esto también es una suciedad. Martins es el mejor de los hombres pero no se merece, no necesita que una mujer sea tan así».

—¡Qué pasaje! —dijo—. Tenés razón, había algo que te escondía. Estaba Morasán y se me había ocurrido matarlo. No pudo ser, hubo un lío y escapé.

La mujer había terminado de peinarse. Encendió un cigarrillo y fumo con los párpados bajos, el codo clavado ostensiblemente en la madera de la mesa. Martins sacó el pañuelo e inclinó la cabeza para sonarse. Ossorio miró la cara de la mujer, con el delgado cuello y la expresión capaz e inteligente que la separaba de Martins y del ruido de la nariz en el pañuelo, de él mismo, de todo lo que a su alrededor pudiera tenderse para tocarla. Había un pesado mueble negro de tapas y patas trabajadas cerrado con un candado de combinación. En un rincón aparecían desgarradas las envolturas

de unos paquetes de folletos y una cortina espesa de color vino clausuraba la ventana, apretada contra la pared por tres sillas con asientos y respaldos de cuero. Ossorio cruzó como si entrara ritualmente en la vida privada de la mujer, trajo una silla, la acercó a la mesa y se sentó. Con la cabeza gacha escuchaba el silencio buscando interpretarlo, guiarse entre sus corrientes de intensidad diversa como si persiguiera rastros en un monte. Sacó la pipa y la llenó. La mujer fumaba de un montón de cigarrillos sueltos sobre la mesa, donde no había más que su codo, los cigarrillos y una cartera con pedazos de metal dorado. Martins se paseaba sin hacer ruido sobre los papeles, canturreando. Ossorio consiguió un tono agresivo para decir:

—Si se puede hablar sin reservas me gustaría hablarte. O podemos salir. No conozco a la señora.

Sabía que la palabra *señora* iba a crispar a la mujer, sabía que ella se había crispado pero no se movió. Martins se detuvo y metió las manos en los bolsillos. Habló calmamente, acentuando la pronunciación portuguesa.

—Se puede hablar. Hable el señor. El señor Martins escucha. Y la compañera es de confianza.

Bueno. Quiero saber si van a defender esto. Antes que nada, quiero saber si estás encargado de esto.

—Sí. Estoy encargado.

—¿Pensás defenderlo?

—Seguro.

—No. Lo pregunto porque Fernández me dijo cosas raras sobre esto. Y sobre otras cosas.

Martins encogió los hombros y se sentó junto a la mesa, arrastrando la silla con una pierna.

—A nadie le gusta terminarse —dijo—. No es miedo, ¿eh? Es que aunque uno no tenga miedo hay algo que se revuelve cuando uno sabe que el asunto se acabó. Es un momento, todo se revuelve. Yo ya lo pasé. Fernández está en eso.

La mujer torció la cabeza para despegar la ceniza del cigarrillo en el taco de su zapato.

—Sí, está raro.

—No importa, es serio —dijo Martins—. ¿Qué cosas dijo?

—De esto, que la Casa se iba a defender hasta cierto punto.

Martins asintió con la cabeza, dio un manotazo y levantó el saco del suelo. Mientras se lo ponía sonrió a la mujer que fumaba con los párpados bajos, mirándose el desnudo codo que incidía en la mesa.

—Sí, señor —dijo Martins suspirando, y quedó en silencio.

«Como codo no es un lindo codo —pensó Ossorio—. Se ve demasiado la forma del hueso y la piel es áspera. Pero está bien, esos son los codos que le quedan bien a ella». Olvidó a la mujer y recordó al hombre de la pistola en el cinto que lo había recibido en la puerta y se estremeció con el deseo de ligarse a Martins y las gentes que estaban en la casa, a la defensa de la Casa, a la seguridad de la muerte sin esperanza.

—Bueno —dijo—. Si podemos hablar... Mis documentos, los que tengo arriba, se limitan al frente. En el Norte podía decirte que no te hicieras el oso y me expusieras el plan de defensa y destituirte si el plan no me parece bien. Es un detalle legal. Parece un poco complicado citar al Ejecutivo para pedir poderes.

Martins volvió a sonreír y avanzó sobre la mesa una cara de interrogación hasta que la luz quedó toda sobre su cabeza y la nariz.

—No entiendo —dijo.

—Fácil —dijo Ossorio, conteniéndose para estar quieto y sentado. «Necesito perderme enseguida», pensó. La mujer alargó dos dedos con el cigarrillo consumido hacia Martins, que lo tomó rápidamente y lo aplastó en el suelo con el taco. Después ella murmuró:

—Apagalo.

—Nada —dijo Ossorio—. Decime si querés o no contarme qué pensás hacer aquí.

—¿Sí? —murmuró Martins—. Con perdón de la disciplina yo debía haberte dado un tiro en el boliche. Pero yo sabía que había algo escondido y que no pensabas escapar. Por eso.

—Liquidado —dijo Ossorio—. Estoy aquí. Sabés que no vine para conversar.

Ahora pudo orientarse sin vacilaciones entre las corrientes, ahora tanto más fluidas, del silencio —como si algo caliente sucediera en el pecho de la

mujer inmóvil que se sostenía la mandíbula con las palmas de las manos, recostando los codos en la mesa, mostrando duro y torneado el pliegue del brazo.

—Entré —dijo Ossorio— y había dos hombres con máuseres en el patio. Otro con pistola metido en una pieza que salió al rato como la patrona de un prostíbulo mal atendido. Pensá qué puede hacer eso contra un piquete que baja de un camión y hace saltar la pieza y tiene fusiles de repetición y granadas, o treinta tipos con piedras o palos.

Martins arrugó la cara reflexionando, miró velozmente a la mujer y se enderezó en la silla.

—Vamos por partes. Yo iba a defender la Casa hasta cierto punto, ¿no? Porque aquí no hay nada que defender, todo está perdido desde hace semanas, desde que nos vendieron. Vos sabés. Pero si conseguimos hacer creer que hay mucho que defender aquí y si aguantamos por un tiempo se puede intentar conseguir condiciones, que dejen salir mucha gente, que fusilen poca, que suelten otra. Si crees que se puede hacer otra cosa...

Ossorio sacudió la cabeza.

—Es lo que pensaba —dijo.

Entonces la mujer, sin mirarlo, con una voz alegre y rencorosa, fría, comentó:

—Suerte.

—Vos entraste —dijo Martins— y no había nada. Bueno. Si fueras a informar a los perros, que con un piquete o dos... No necesitarían más, iban a pensar. Pero en cada cuarto que da al patio tenés seis tipos y una ametralladora. Tenés municiones para rato, fusiles, granadas. Tenés que todas las casas que nos rodean y que van a servir para algo cuando empiece la cosa, están copadas o las copamos enseguida.

Dejó el entusiasmo y prosiguió con un tono neutro y respetuoso:

—Lo que quiero es que se ensarten una vez. Después veremos.

Ossorio lo miró sonriendo y dijo:

—Sí, está todo. No tengo muchas esperanzas de que la combinación resulte. Pero eso es todo lo que se puede hacer. Me alegro.

Calló bruscamente y acarició el borde de la mesa con una mano, tenso, esperando. Pero la mujer no dijo nada.

—Y todo, a pesar de las cosas raras, lo tenía pensado Fernández —dijo Martins.

Ossorio chupó la pipa tratando de apoyarse lo menos posible en la mesa. Veía que la cintura de la mujer era tan delgada como él lo había pensado y que tenía pecas alrededor de los ojos. Amaba la casa, la pintura de las paredes, los vidrios, los ladrillos, las tablas sucias y barnizadas del piso, el olor a cerrado y ratas, el recuerdo de los hombres durmiendo sobre las mesas, los tres solitarios que se encogían sobre los fusiles en los cimbreados bancos del patio, la talla del hombre de los bigotes y la pistola al cinto. Pero quería estar lejos de la mujer y de Martins, hubiera podido amar libremente, darse todo a la Casa si ellos no estuvieran bajo su techo.

—Bueno —dijo levantándose—. Prescindiremos del Comité Ejecutivo y vas a decirme qué puedo hacer.

—Hay que dormir —dijo Martins.

«Hay que dormir con la mujer esta, hijo de perra», pensó Ossorio.

—Nos turnamos —dijo Martins—. Ya veremos quién está de guardia cuando empiece el baile.

Ossorio sopló el humo de la pipa y olisqueó el aire caliente del depósito mientras espiaba la cara de Martins. «No se acuerda —pensó— que hace unas horas dijo que a la Caporala le dieron baile. Hace bien, no importa. Yo estoy muerto. Buscaremos una fecha prudencial y eficaz para el principio de mi muerte. ¿Qué distancia entre fecha y fecha se necesitará? El valor de un hombre puede medirse en razón directa de la distancia que necesite entre la iniciación de su muerte y su muerte para aceptar su muerte como cualquier tarea en un día de trabajo».

—¿Eh? —dijo Martins.

—Seguro. Pero si hay algo concreto que hacer entretanto...

Martins levantó la cabeza y apretó los labios. «Con qué gusto ella daría órdenes concretas de que me fuera al diablo», pensó Ossorio. Y enseguida, por encima de la mano que sostenía la pipa, miró el perfil de la mujer y la quiso desesperadamente, resolvió que el absurdo en que todos estaban hundidos y donde braceaban a favor de la corriente lo había separado a él de ella y la había puesto contra el cuerpo de Martins, contra las sucias y ásperas ropas del hombre apenas desprendidas.

—Hay algo, hay —dijo Martins—. Vení —continuó, levantándose.

Caminaron hasta la cortina sostenida por sillas y Martins metió un brazo entre el vidrio de la ventana y la cortina, levantándola.

—Ahí tenés en aquella casa... —dijo Martins en voz alta—. No, la que no tiene luz. Las persianas están cerradas. La gente se mudó ayer pero esta tarde entró alguien que no es de los nuestros y encendió luz y todavía no salió. Vos ves que desde allí, con buena puntería... Si fuera posible, sin escándalo...

Metió la cabeza en la sombra de la cortina y murmuró:

—Barcala tiene pasajes. Pedile la dirección a Fernández. Metete un revólver en el bolsillo porque está loco. Barcala está loco, no quiso atendernos. Hablá, averiguá qué le pasa.

Se apartó de la ventana golpeando el piso y caminó hasta la puerta, la abrió, dio un paso en la sombra donde respiraban los hombres dormidos y las ratas mordían las pilas de papel.

—Vení un momento —dijo.

Con el cuerpo rígido, sin mirar a la mujer, pasando junto a ella como si la rozara sin verla en la oscuridad, resbalando milímetro a milímetro su cuerpo contra el de ella, Ossorio salió del cuarto. En la sombra, Martins le puso una mano en el hombro.

—Tenés que averiguar qué pasa con Barcala —dijo Martins—. Tengo datos de que es capaz de entregarse, nos quiso echar a tiros. Oíme, vos sabés que no puede ser que lo tengan vivo, que no lo podemos dejar hablar, que no puede ser que se sepa que aflojó. —Le apretó el brazo y se detuvo dejándolo ir. Retrocedió y gritó a la puerta—: La casa vacía que tiene el techo negro.

—Sí —dijo Ossorio, con un grito blando, diciendo que sí desde el aire sombrío que socavaba un ronquido, haciendo virutas en el denso olor a sentina, gritando «sí» a la mujer inmóvil, al recuerdo de la mujer que tejía su trenza con el codo clavado rectamente en la madera de la mesa. A la mujer (su cintura delgada, sus redondos senos, el ambiente retenido y perezoso donde estaba como una pesada gota de metal caliente el centro de su cuerpo), a la mujer de la que recordaba la morena y fina mano ofreciendo con seguridad los restos del cigarrillo y de la que ahora se separaba sin

deseos, endurecido y sin dejar de quererla al apartarla para siempre (horas hasta el fin) de sí.

VI

El muchacho subió la escalera de la casa con techo negro y abrió la puerta, a oscuras, escuchando los ruidos que se alargaban en las dos piezas sucias. Volvió a cerrar, sacó la vela y los fósforos del bolsillo, respirando el olor del frasco de trementina que habían derramado los peones al hacer la mudanza. Encendió la vela, la dejó en el suelo y sacó de otro bolsillo una lámpara eléctrica y en puntas de pie, descansando a cada momento, pudo atornillarla. Descansó resoplando y encendió la luz. Era muy joven, rubio y delicado, con un aire perplejo y empeñoso, moviéndose en la casa desierta con impulsos exagerados, teniendo que retroceder después de hecho cada movimiento, para situar el cuerpo en el lugar deseado. Apagó la vela aplastando la llama con la caja de fósforos y se alejó para no sentir el olor de la grasa quemada. Retrocedió hasta apoyarse con la espalda en la pared y estuvo un momento con los ojos cerrados, ya húmedos y ardientes. Luego los abrió y miró hacia el rincón, en la pared de enfrente, donde había estado la cama del muerto, pensando en la cara amarilla recién afeitada y el cuerpo aplanado, largo, el vientre hinchado como el de una mujer preñada, pensando para verlo mejor; sin proponérselo, en una tarde de invierno en que el muerto había estado leyendo en la cama y él, después de quitarse el abrigo, entrando de la calle, se había sentado junto a la cama y le había dicho: «Polvo enamorado. Me dijiste que tenías ese título para una novela. Tengo un verso y le quiero poner ese título. Quiero comprarte el título».

El muerto había dejado un momento el libro, descansando cara al techo, mientras chupaba el cigarrillo. Después dijo:

—¿Cuánto?

Él había dicho:

—Mirá. Te puedo pagar una botella de etiqueta negra. También te puedo dedicar el verso.

El otro pensó un rato y después dijo, volviendo a leer:

—No. No lo vendo.

Los dos se estaban burlando, pero él había iniciado el juego y se hubiera dejado matar antes de faltar a las reglas. Había ofrecido cosas difíciles de dar y otras imposibles de cumplir, imprudentemente, porque el otro no podía aceptarlas y estaba obligado a mover la cabeza y repetir:

—No lo vendo. Dejame leer. Es un título único.

Después se había levantado y encogiendo los hombros dijo:

—Bueno, lo uso y se acabó. A ver qué hacés.

Pero sabía que no podía hacerlo y el muerto también lo sabía y por eso se contentaba con hacer una sonrisa de burla mientras pasaba ostensiblemente las páginas del libro. Estaba furioso y lo insultó y el otro le tiró un zapato y le dijo:

—Andá a hacer versitos y dejame en paz.

Entonces él se había ido a su cuarto, releyó el verso y había pensado, lleno de agradecimiento y de cariño por el muerto —porque no había cedido, permitiendo que el juego diera todo lo que podía dar—, que el verso era malo, que no merecía llamarse «Polvo enamorado» en letras de tipo itálico, que podía quedar dentro de un libro, sin título, o romperse. Una hora después había vuelto al cuarto del otro, empujando el zapato con el pie hasta ponerlo en su lugar, y se había sentado y cebó mate para los dos hasta que fue la hora de la comida y vino la madre a llamarlo, hablando con el otro que había dejado el libro bajo la almohada y no volvió a hablar del título, conversando y riendo de cosas distantes de la discusión anterior, nervioso por el golpe de amor que sentía por el muerto cada vez que recordaba que no había querido vender a ningún precio el título inigualable, respetando las rígidas y tácitas reglas del juego, con la misma clase de irrazonado respeto que sentía por él ahora, cuando estaba mirando entre las lágrimas el sitio vacío contra la pared donde había estado la cama y el cuerpo del muerto.

VII

Ossorio murmuró dos veces su nombre, acercando la boca a los postigos grises de la puerta, un pie subido en el escalón de piedra de la entrada, la oreja indagando en la amistad y la malevolencia de los ruidos, breves, muy espaciados que estallaron —él sentía que en la sombra— detrás de la puerta que sudaba olor a humedad y repollos. Oyó el golpe del pasador, el silencio que retrocedió como sorbiendo hacia la desconocida negrura de adentro y enseguida vio cómo doraba la luz el agujero cuadrado de la persiana que había tenido sin verlo junto a la boca y oyó la voz que sonó en el interior, nada más que en el interior, sin que pudiera saberse desde qué punto detrás de la puerta, impersonal: «Adelante», como si nadie hubiera hablado, como si ninguna boca hubiera dado forma a sílabas y letras y se le presentaran impresas en tipos nuevos e iguales de los que sólo podía comprenderse el sentido y olvidarlos enseguida, sin rasgos recordables. Empujó con el hombro y el puño hasta deslizar el brazo en la luz y volvió la cabeza para mirar la calle solitaria del arrabal, la vereda de enfrente con ranchos adentrados entre vegetales y casas de portal torcido, el alambrado y los ligustros que seguían sinuosos hasta el silencio de la noche color ceniza. Luego se metió en el olor móvil de la verdura fermentada, calzó las hojas de la puerta con la espalda y miró, buscando el sitio de donde había salido la voz, la mano sujetando la pistola en el bolsillo, sintiendo su desamparo en la luz, sustraído al mundo nocturno de afuera, solo y perdido en el círculo de luz blanca que chorreaba el farol vuelto hacia él —luz agresiva y alegre, sin piedad, como una fría sonrisa intensamente dirigida a él, inmóvil, gastando apenas su incontable capacidad de agresión, como podía estar sonriendo mientras lo miraba desde la impunidad de la sombra el hombre

que había dicho «Adelante»— y sintiendo cómo se hacía abrumador su desamparo más allá de la blancura del farol.

—¿Qué hay? —dijo la voz sin forma en el aire sombrío, un poco más alta que el insoportable farol blanco.

Entonces Ossorio sintió el cansancio, el fatigado principio de dolor en el hombro y la mano que cubría la pistola.

—¿Barcala? —preguntó.

—Barcala.

—Quiero hablarle —dijo, escondiendo los ojos del farol y del punto de negrura que estaba encima del farol, el punto socavado en la sombra de donde caían lentas las palabras. Miró los cajones de verdura y fruta, los sigilosos, rápidos, inquietantes rastros de movimiento que dejaban las ratas en las grandes hojas carcomidas, el mostrador de madera con la balanza azul, botellas, un triángulo de queso blanco, las tablas del piso sucias, de bordes mal ajustados y nudos perdidos en el tiempo que habían dejado órbitas vacías donde asomaba una sombra blanca y verdosa hasta tocar la luz y rechazarla.

—Las manos afuera —había dicho el otro sobre un crujido, y Ossorio soltó la pistola y dejó colgar los brazos, sabiendo ahora que Barcala hablaba desde una escalera, más tranquilo por haberlo situado, por haber reconocido la distancia entre el crujido del pie en el escalón y la voz en la cara, y volvió a mirar los cajones de verdura, una trenza de cebollas en la pared que serpenteaba sobre su propia sombra retinta. Sin cambiar de lugar, apenas caliente, la voz en la escalera informó—: Le iba a agujerear la cabeza. Se escapó porque no quiero hacer ruido. Vamos a liquidar.

Sonó un escalón y al rato otro, la luz osciló y el farol empezó a bajar corriéndose a la derecha, balanceándose a cada choque de los zapatos en los escalones. Todavía no podía verle la cara, apenas el cuello desnudo, la camisa abierta, una pistola en la cintura en una funda igual a la del hombre que lo atendiera en la puerta de la Casa del Partido y un corto fusil de repetición bajo el brazo, apuntando al estómago de Ossorio.

—¿A qué viene? —dijo Barcala sin esperar respuesta, sin dejar de balancear el cañón del fusil, apuntando al vientre de Ossorio; luego alzó el brazo, colgó el farol sobre el mostrador y dio un paso en la luz mostrando

de golpe su cara, como en un calculado efecto de teatro, la cabeza oscura, de cabello escaso, barbuda, donde miraban impasibles, ablandados en un acuoso cansancio, los grandes ojos redondos, como si hubieran perdido la curiosidad y la atención en un sueño recién interrumpido—. Me gustaría saber qué quieren ahora —dijo Barcala—. Les expliqué claro. —Se apoyó en el mostrador con el codo donde descansaba el fusil, removi6 dos veces el aire dentro de la nariz, se pasó la lengua por los labios, la cara sin un gesto, avanzando, siempre delante de los gestos posibles, rezagados, que tenían que estar sucediendo en alguna parte pero no allí, ya nunca allí en la cara barbuda, la pequeña boca que volvió a quedar seca enseguida, la nariz curvada de indio—. Me gustaría saber por qué no entienden. ¿A qué vino?

Ossorio levantó un poco las manos con las palmas vueltas hacia el ojo inquieto del fusil.

—Tenía la mano en el bolsillo porque no podía adivinar quién estaba aquí —dijo.

—Me gustaría saber qué se les ha puesto conmigo.

—No era por usted —dijo Ossorio.

Los ojos de Barcala apuntaban a la puerta, a algún sitio colocado un poco arriba de la cabeza de Ossorio.

—El verdulerito les dijo que yo estaba aquí y vinieron —dijo Barcala—. Esperaba a la gente de Morasán y casi empiezo a los tiros. ¿Que me necesitaban? Lo que necesitan son los pasajes para disparar. Pero esta vez no.

—Barcala —dijo Ossorio.

—También el miedo por los ficheros.

—Barcala, vamos a hablar. —Fijó los ojos en la mirada recta del otro y empezó a avanzar lentamente hasta sentir el caño del fusil contra su ropa y enseguida el dolor en los músculos del vientre. «Tengo que olvidar que está el fusil contra mi cuerpo. Tengo que olvidar el peligro, que no vea en mi cara el peligro»—. Ninguno de nosotros piensa escapar —dijo—. No nos conocemos de hoy. Los pasajes son para sacar gente que no nos va a servir aquí y que puede ser útil afuera. Hay heridos y enfermos. Hay mujeres.

—No hay pasajes —dijo. La voz había sido desconcertantemente ajena a la cara de donde había salido.

—Escuche. —«Tengo que olvidar también su hostilidad. No saber»—. Puede venir a la Casa y hacer lo que quiera. Resuelva la defensa, ordene lo que tenemos que hacer. Puede repartir los pasajes como quiera. No podemos hacerlos matar porque sí. Bastaría que se supiera que usted está allí para que todo cambiara. La desconfianza.

Esperó. Lentamente, como si el fusil le pesara demasiado en el brazo, como si buscara que el movimiento no produjera un dolor, en él o en el otro, Barcala despegó el codo del mostrador y levantó el cuerpo.

—No me conviene que se vea luz —dijo—. Vaya subiendo. No me conviene que salga por la puerta.

Ossorio asintió con la cabeza, dio un paso atrás y avanzó hacia la escalera, entre el mostrador y la grasienta pared donde colgaban embutidos secos, un cacho de bananas manchadas y la luz se movía y trepaba como la marea contra un dique. Fue subiendo la escalera y desde arriba pudo ver la espalda de Barcala, doblado para correr el pasador en la puerta, la nuca hundida e iluminada cubierta en parte por el cuello de la camisa. Dejó de mirar, continuó subiendo y en el descanso, nuevamente en la sombra, oyó primero el golpe de su cabeza contra el marco de la puerta y enseguida, tajando el rápido marco, el dolor en la frente, largo y afilado. Se volvió hacia Barcala que estaba ahora mirándolo al pie de la escalera, el farol colgando de una mano, el fusil siempre rodeado y sostenido por el brazo, la cara impassible con un pequeño movimiento de negación alzada hacia él, saliente el mentón peludo por la luz que lo tocaba de abajo. Entró agachado y dio unos pasos tanteando, preparado para un golpe en las rodillas, hasta que tocó la pared con las manos y torció la cabeza para mirar esperando la luz que se acercaba a saltos como si fueran pateando los zapatos, que chocaban los escalones. La luz entró colgada del caño del fusil, torció a la derecha y Ossorio vio cómo Barcala abandonaba el fusil sobre la cama contra la pared para colgar el farol del techo con las dos manos, se pasaba rápidamente las manos por el pelo y los pantalones, refregándolas y, sentado en la cama, apoyado en la pared, se acomodaba nuevamente el fusil bajo el brazo derecho.

El cuarto era chico, con una ventana, de techo bajo en declive donde aparecían casi desnudas las vigas de hierro, la cama, arrinconada en las

paredes que unían un caño blanqueado, dos bancos de cocina, un armario y una mesa con un calentador y vajilla. En la pared, sobre la cama, había un retrato de una mujer muy vieja vestida de negro, con un pañuelo en la mano caída en la falda; una foto de actriz y una corbata roja colgada de un clavo. Ossorio se miró la mano después de palparse el dolor en la frente y vio que apenas tenía sangre, dos líneas débiles que hizo desaparecer frotando los dedos.

—De todos —dijo Barcala—, aparte de los motivos para no creer en ninguno, en usted tengo mayor confianza. No tengo por qué dudar.

Ossorio esperó que continuara. Distinguió en la noche un ruido de tranvía a gran velocidad; se acercó ofreciéndole el paquete de cigarrillos.

—No —dijo Barcala.

Él tampoco fumó, guardó el paquete y volvió a mirarse la mano luego de tocarse la frente y esperó aún mientras se sentaba en un banco, perniabierto, el cuerpo inclinado hacia la quieta cara del hombre en la cama.

—Lo conozco —dijo—. Dudar de usted en relación al Partido es absurdo. Pero nadie puede entender esto que pasa con usted. Precisamente en el fin, después de años de guerra. No me hago ilusiones sobre el fin. Pero una derrota está hecha con mil detalles en los que se puede presentar batalla y ganar o dejar cosas ganadas para una batalla futura. Es por eso que lo necesitamos.

Calló sin querer mirarlo todavía, con la vista en el suelo, tratando de valorar todo lo que había ido reuniendo en las pausas entre las palabras, el sentido del silencio y la actitud del otro. Después vio que el temblor que tenía la cabeza de Barcala al pie de la escalera se había acentuado y que los labios comenzaban a moverse, apretando y contrayéndose, como ocupados en tragar un largo hilo.

—Puede ser que tenga un plan —dijo Ossorio, y se calló y dejó de mirarlo porque acababa de saber que tendría que matarlo, que Barcala había cortado toda unión con ellos y era, allí, detrás de su barba y su temblor y su fusil, sentado en la cama, un ser aislado, con límites precisos e impenetrables, solo como si se le apareciera después de un pasado de total soledad, como si nunca hubiera salido de aquella pieza y su silencio.

—Era así —dijo Barcala—. Sí, es el final y todo queda enterrado. Yo era esto, es cierto. Hay gente sucia y hay gente limpia. Yo soy limpio, una persona limpia que había hecho su vida con esto, que era esto. Hubo una etapa de ese trabajo que se hace totalmente, cuando hay una relación entre él y el tiempo que exige y es posible hablar de lo cotidiano, la propaganda, despertar a la gente, sacudir y despertar, sacudir y despertar. Se acabó y viene otra etapa. Están los perros, en el otro lado, al lado nuestro, están ellos golpeando y verdaderamente golpeando para dormir o matar al despierto y al que iba a despertar. Ya no se puede sentir armonía entre el trabajo y el tiempo que necesitamos, hay que enloquecer sin perder la razón para que puedan saber en el tiempo los trabajos que tenemos que hacer, para que no se nos escape el tiempo con huecos vacíos y para que no se detenga atorado por los cadáveres de los trabajos que realizamos y que ellos van matando un momento después o antes. Entonces sólo podemos echar en el tiempo los trabajos que nacieron con el cordón umbilical alrededor del pescuezo. Y aunque esté perdido sin recuperación posible para sí mismo, no importa, no nos vamos a afligir, porque somos solamente una pobre cosa que no tiene otro significado que la tarea elegida. En esto y en todo. Y estamos contentos porque nuestra tarea es la buena, y la tarea de ellos es la maldita. Nosotros no existimos, ellos no existen, no hay personas y sí nada más que dos tareas, la nuestra, que es la de todos los hombres y la naturaleza, la que está colocada en el sentido de la vida y el universo, y la de ellos, que es la tarea del hombre de cerebro podrido que busca muchas cuentas y se enfrenta y se resuelve a matar contra la vida y el universo. Era así, no había problema. Y aunque alguna vez, sí, el cansancio de la misma tarea me envenenaba y me descubría débil, me veía llagas tan asquerosas como las de ellos, los perros, sacudía la cabeza y me iba a dormir y al día siguiente no quedaba ni el recuerdo del momento en que yo había sido como ellos. Sí, decía, esta tarea es como un río que lo limpia al que está metido en ella.

—Sí —dijo Ossorio—. Todo eso...

«Tengo que matarlo —pensó—. Está loco. Puede ser que no esté loco un hombre por hablar así. Pero está loco si es Barcala y tengo que matarlo. Es increíble que no se haya matado él mismo. Pero sigue con el fusil en el

brazo y no está loco como para darme tiempo a sacar la pistola. Tengo que decir palabras que le hagan dejar el fusil».

—Y aquí mismo, sentado en esta cama, sentí que tenía pústulas y en lugar de irme a dormir y limpiarme al día siguiente en la tarea me puse a meditar en las pústulas y ésta es la consecuencia, la soledad y reventar pronto en la soledad. Aquí se me ocurrió emplear los pasajes para crear un gobierno exilado, yo entre ellos, y seguir valientemente la lucha en el exterior. Somos, Ossorio, Fernández, Aron, Martina, Mollea, Barcala, dirigentes partidarios de una capital de provincia. Nada. Pero nuestra situación, etcétera. Y pensando en el plan levanté uno de los pasajes y vi abajo mi deseo de disparar, tan escondido, y otra vida, que no se me acabara ya la vida, vivir en cualquier parte. Aquélla era la pústula y podía haberme ido a dormir. Ya estaba resuelto que el plan del gobierno exilado era bueno, pero que yo no me iría. Sólo que aquella noche me dio por pensar en mi impulso de escapar y recordar otros y pensar en todas las llagas, eso sí cotidiano, no de los perros, de nosotros. Y descubrí que al enemigo no lo había hecho Dios ni el diablo, sino nosotros mismos y nadie puede obtener la más pequeña victoria en nombre de la bestia si no existe la bestia. Unos fueron castigados con el diluvio y otros con lluvia de fuego; a nosotros nos tocó esto, merecimos esto, lo seguimos mereciendo porque lo hemos hecho nosotros mismos.

«Sé lo que va a decir —pensó Ossorio—. Es cierto en un modo, tiene razón en un sentido. Pero él no tiene derecho a pensarlo, otro sí pero no él. Tiene que morir cuando lo diga, sería preferible matarlo antes de que lo diga, es necesario hacer algo para que suelte el fusil».

—Sí —dijo Ossorio—. Pero no usted, ni yo, ni los compañeros, ni el pueblo.

—¿Quién va a escuchar al que proclame el odio a la injusticia si cada uno, cada uno sobre la tierra no ha estado haciendo su pequeña injusticia diaria? ¿Quién va a prometer un nuevo mundo de odio, de fanatismo, de explotación, si todo eso no estuviera ya en el alma y en la vida de cada uno, si cada uno no viviera su pedazo de nuevo mundo hediondo? Que me dejen escarbar en usted y en el otro y en el otro, y bajo la grasa de la hipocresía aparecerá el fanatismo.

—Pero —dijo Ossorio levantándose— todo el tiempo suyo estuvo dedicado a limpiar al hombre de eso.

Barcala hizo un ruido con la nariz, dos o tres veces, como si estuviera resfriado, moviendo la cabeza, negando.

—Yo no estaba limpio —dijo—. No sea tan idiota, no plantee discusiones. No participo ni en sí ni en no. Cuando vengan voy a defenderme y nada más.

Ossorio dio un paso a un costado, mirando la corbata roja en la pared. Casi sonrió mientras pensaba: «Ataque contra el flanco, puedo saltarle arriba, la mano derecha en el caño, golpearlo con la izquierda, pero es difícil que pueda aturdirlo con la izquierda».

—Lo siento —dijo—. No tengo nada para decirle. Tampoco yo puedo participar en esa clase de problemas. Si esto sucediera allá arriba haría lo posible por fusilarlo. Aquí... Pero ¿qué razones tiene para no entregar los pasajes y el fichero? —Se fue alzando en puntas de pie para saltar mientras separaba un brazo del cuerpo y Barcala giró apenas hacia él, cubriéndolo con el fusil.

—No tengo confianza en lo que van a hacer con ellos —dijo Barcala—. A usted puedo entregarle el fichero. Está en el Comité de la Juventud, en la plaza, en la pieza al lado de la del Club de Ajedrez. También a usted puedo entregarle dos pasajes pero no les voy a decir por qué.

—Me basta con uno. O me sobra.

—No, usted no sabe. Dos o nada.

Se levantó con la misma expectante lentitud con que despegara el cuerpo del mostrador un momento antes.

—Abra el armario —dijo. La voz sin forma sonaba en las espaldas de Ossorio—. Ese sobretodo gris. —Cerró los ojos: «Va a tirar, ahora tiene mi nuca en la luz»—. Ahí a la izquierda. —Abrió los ojos y manoteó la solapa del sobretodo colgado en la percha—. En el bolsillo de afuera, contra el fondo, saque dos y muéstreme.

Metió la mano, tocó el montón de cartulinas y entró los dedos en el bolsillo, escarbó con la uña hasta que pudo sacar una, dos y las alzó por encima de la cabeza hasta que Barcala dijo: «Bueno». Entonces cerró el armario y vino caminando hasta abajo del farol y sostuvo los pasajes para

mirarlos, con una mano, mientras con la otra sacaba un cigarrillo del bolsillo y se lo metía en la boca, clausurando su rostro para que el otro no pudiera saber, sospechar nada de cómo iba creciendo nuevamente la emoción animal de escaparse, ya sin miedo, sin saber por qué abandonado al impulso de fugar como a una despreocupada necesidad de movimiento.

—Ahora váyase —dijo Barcala levantándose—. Pero no por ahí; tiene que bajar por la ventana. Venga.

Abrió la ventana y sacudió la cabeza, ordenándole que mirara. Ossorio vio abajo un techo de zinc y después un terreno con yuyos y tierra blancuzca, una puerta de alambre que daba a la calle del costado.

—Casa de dos puertas —murmuró entrando la cabeza en la habitación.

—Sí, váyase —dijo Barcala—. Es asunto mío.

Se volvió para averiguarle en la cara si iba a disparar cuando bajara pero no pudo saber nada. Levantó una pierna, después la otra, y enseguida se volvió para darle la espalda, esperando, y después se apoyó con las manos abiertas en el alféizar donde se deshicieron líquenes y polvo de portland en la yema de sus dedos y dejó caer el cuerpo hasta tocar con los pies el techo de zinc corrugado. Levantó la cabeza, no había nadie en la ventana, aflojó las manos lastimadas y se agachó avanzando en cuatro pies hasta el borde del techo. «Ahora está apoyado en la ventana, con un ojo cerrado, descansando en los codos, haciendo puntería». Saltó y al caer perdió el equilibrio y rodó de espaldas, cerrando los ojos. «No haberlo matado, hijo de perra».

Se levantó, sintiendo la cara caliente de vergüenza y de odio, temblándole las manos, y se puso a caminar en la noche con lejanos perros aullando y el grito de un tero, hasta alcanzar el portón y salir a la vereda de tierra. Se dio vuelta y no pudo distinguir la ventana en la sombra, se rió y echó a correr, trotando sobre el barro endurecido que aplastaban sus zapatos, alegre, consciente de la locura que estaba haciendo y de no estar loco, hasta que le faltó el aliento y se paró en mitad de una cuadra, cerca de la calle iluminada con el café abierto y una jardinera con un caballo blanco inmóvil. Descansó un rato y siguió andando a lentos pasos y cuando llegó a la puerta del café palmeó el anca húmeda del caballo que encogió una pata y entonces se dio cuenta de que tenía un cigarrillo apagado y torcido en la

boca; lo enderezó con los dedos y lo encendió mientras entraba al café y respiraba el aire caliente y se sentía seguro entre las voces que disputaban y los movimientos de cabeza de un negro que estaba recostado al mostrador y repetía sonriendo:

—El domingo los quiero ver.

Se sentó en una mesa y pidió un café al mozo de voz ronca y ojos huidizos que vino a atenderlo. Cerca de él, contra la pared estaba sentada una pareja tomando vino blanco de una botella de cuello largo y hablando en voz baja, riendo, a gritos la mujer gorda y rubia, con un jadeo asmático el hombre, pequeño, también rubio, con el pelo aplastado y brillante, la mano blanca cargada de anillos. Callaban los dos apartando los cuerpos hasta apoyarse en los respaldos de las sillas cuando un viejo borracho que tomaba cerveza en el otro lado del salón cantaba una canción en alemán, acompañando con la cabeza la cadenciosa música de vals. De vez en cuando el patrón hablaba en alemán al borracho, con voz dura, apretando los labios, saltándole en la rabia las mejillas. Entonces el viejo rezongaba un momento y dejaba de cantar y bebía unos tragos en silencio. Lentamente, con desconfianza, como ratones que se arriesgan a salir del agujero, el hombre y la mujer volvían a acercarse sobre la mesa y a conversar y reír. Ossorio tomó el café atrás del mostrador, donde estaba el teléfono y la guía colgaba ensartada en un alambre. El hombre dijo:

—Leche de virgen —y la mujer se sacudió riendo y moviendo un dedo frente a la nariz mientras con una sonrisa contemplaba satisfecho el efecto que había producido su frase y luego bajaba los ojos con una expresión de regocijada modestia.

Se inclinó sobre la guía abierta, buscando, mientras el viejo del otro lado volvió a cantar y la pareja quedó silenciosa. Después marcó el número en el teléfono y esperó escuchando la campanilla y viendo que el patrón salía de atrás del mostrador y se acercaba a la mesa del borracho y volvía a hablarle en alemán.

—Central. ¿Quién? —dijo la voz en el teléfono.

—Quiero hablar con Morasán.

—No está. ¿De parte de?

—Tengo algo muy importante para decirle —dijo Ossorio—. Pero sólo a él se lo voy a decir.

—¿De parte de quién? —dijo la voz, agresiva.

—No interesa. Si no está se lo pierde.

—Espere, voy a ver. —Oyó cómo golpeaban el tubo sobre una mesa y el rumor de un cuarto con mucha gente. El patrón volvió despacio atrás del mostrador, se puso una servilleta en el hombro y quedó inmóvil, como adormecido.

—Leche de virgen —volvió a decir el hombre y la mujer gorda se rió nuevamente pero con menos fuerza que la vez anterior.

—Hola —dijeron en el teléfono.

—¿Morasán? —preguntó Ossorio.

—¿Quién habla?

—¿Morasán? —repitió.

—Sí. Qué quiere.

La voz era parecida al aspecto del hombre cuando anda taconeando por el First and Last, moviendo los labios sobre el bigote y paseando por las mesas una mirada excesivamente furiosa.

—Quiero darle la dirección de Barcala. Apunte.

—Venga.

—Es el 384 de Coronel Payva. Hay una ventana en los fondos por donde puede escapar.

—¿Quién habla?

Pensó un insulto y cortó la comunicación, dio un billete al patrón y esperó el vuelto con el principio del vals dulzón del borracho detrás suyo, tomó una copa antes de irse, allí en el mostrador, y salió guardándose el dinero mientras reían en una mesa donde se había sentado el negro que sonreía moviendo la cabeza y estuvo un segundo mirando el sitio donde había estado el caballo blanco. Después pensó que necesitaba un taxi y se puso a caminar calle arriba, tratando de descubrir en el silencio el motor de los coches policiales, pero sólo encontró, en la calle, donde había ahora una tenue luz de luna y sintió calor, el desencanto del dinero en el bolsillo junto a las cartulinas de los pasajes, como un viejo sueño de adolescente que puede ser cumplido sólo a los treinta años, ya enfriados el deseo y la fe,

cuando se sabe que uno está definitivamente enjaulado en el propio esqueleto.

VIII

Morasán entró a su despacho y avanzó con las manos en los bolsillos del pantalón, sin sacarse el sombrero, pasando entre el hombre que tenía en la mano la cachiporra de madera sin terminar, de madera recién desbastada, con las manchas que podían ser de sangre, y el que estaba sentado en una silla con el tobillo acomodado sobre un muslo —tampoco se había sacado el sombrero— y barajaba tarjetas como naipes, distraído en verse en la luz el brillo de la piedra del anillo. Caminaba con pasos cada vez más lentos, sintiendo al avanzar que iba dejando algo detrás de la puerta, que dejar la calle para entrar en la oficina sabida de memoria era como ir saliendo de una agradable borrachera y que la energía y el goce de sentir su energía estaban ya casi disueltos en las paredes, en los muebles, en las caras de los tres hombres que lo esperaban en el despacho. Caminó hasta el tercero, Ramón, sentado sobre el escritorio que sonreía esperando, con los pulgares colgados en el chaleco, y entornaba los pequeños ojos azules, rodeados de arrugas en la piel roja de la cara.

—¿Qué hay por aquí? —dijo Morasán.

—Buenas. Llegó la mujer —contesta Ramón suavemente, sin moverse, siempre sonriendo y mirando la cara—. Yo estoy ocupado con Tersut. Nunca vi nada igual.

—¿Y vos? —dijo Morasán al hombre de la cachiporra, que se cuadró y alargó la mano con el palo hacia adelante.

—Le dije que hiciera un experimento con el tango —dijo Ramón sin variar la sonrisa. «Esa voz de jalea», pensó Morasán.

—Fue hallado en los fondos de la finca de Diógenes Debout —dijo el hombre de la cachiporra.

Morasán lo miró a los ojos y comenzó a respirar ruidosamente por la boca, entreabierta, de espaldas a Ramón, concentrando su repentino odio por Ramón en el hombre que tenía el palo en la mano, mirando cómo el brazo con la cachiporra iba cayendo despacio hasta quedar pegado al costado del hombre, que parpadeó y sosegó enseguida la cara ablandada en una expresión imbécil. El hombre sentado en la silla sonrió y reanudó su tarea con las tarjetas, mirando bajo el ala del sombrero la cara de Morasán.

—Ya le dije que probara si Debout... —dijo Ramón.

Entonces Morasán suspiró y encogió los hombros, dando después un paso hacia el hombre que esperaba en posición de firme.

—No estamos para eso —dijo amablemente—. No ahora.

—Permiso —dijo el hombre—. Quería preguntar si debemos remitir...

—Hacé lo que quieras —dijo Morasán, y el hombre movió la cabeza, retrocedió un paso y después giró sobre los tacos y salió.

—Y vos —dijo Morasán haciendo caer la cabeza con un brusco movimiento del cuello hacia el hombre del anillo y las cartulinas.

—Nada —dijo el hombre; tocó con su sonrisa la sonrisa de Ramón por encima del hombro de Morasán mientras se levantaba, salió lentamente balanceando los hombros.

—Venir con la cachiporra —dijo Morasán sin volverse. Ramón no dijo nada; pero Morasán estaba seguro de que seguía sonriendo, con los dedos metidos en las sisas del chaleco.

—¿Qué hacemos con la mujer? —preguntó al rato Ramón.

Morasán dio la vuelta y se sentó en el escritorio, temblando de rabia porque el otro no se bajaba, porque apenas se dio vuelta para seguir mirándolo y sonriendo.

—¿Algo por aquí? —preguntó Morasán abriendo un cajón.

—Lo que dije, nada más. Estoy dedicado a Tersut y vine a ver a Funes porque tenía que hacerle una preguntita sobre la gangrena. ¿Se aburre? No es nada, cuando estaba hablando con Villar, caso raro, no me puedo explicar cómo con lo que sabe ese hombre... Estábamos hablando cuando vino Cruz con la cachiporra y tuvo la amabilidad de explicarnos que hay una industria que se llamaba los dobles de los macrós y que aquellos que usted, señor, ve comiendo en los reservados después del cierre, con las mujeres, no pasan de

ser unos infelices testafierros sobre los cuales convergen las miradas policiales mientras el verdadero tratante de blancas... ¿Se aburre?

—Estoy cansado y no quiero perder tiempo. —Cerró el cajón empujando con las puntas de los dedos y quedó mirando la sonrisa del otro—. Oiga. ¿Cómo se las arregla para estar siempre vestido así? Se cuida como una señorita.

—Ya se lo voy a explicar. Esto es complicado y no se aprende en una lección. Ahora no podemos perder tiempo. ¿Quiere informe Tersut?

—¿Cómo va eso?

—De ahí no sacamos nada. Puede ser que ya esté loco o se haga el loco. También puede ser que no quiera decir nada o que no sepa nada. Casi diría que no sabe nada.

—Ahora lo voy a ver. No me convencen. A mediodía estuvo con Barcala.

—Estuvo. Reconoce que estuvo. Bueno. Me gustaría saber qué consigue usted. Pero no haga nada sin fijarse cómo está, porque se le va a quedar en las manos.

—Ya veremos. ¿Usted qué haría?

—Si le interesa... —dijo Ramón, y se detuvo para aumentar levemente la sonrisa—. Es mejor terminar. No hay nada para sacarle. A otra cosa, a la mujer esa que tiene una nariz de loro pero no está mal del todo.

—¿Qué hicieron?

—Nada. Está solita. La oí llorar. Si le parece...

Morasán oyó la campanilla del teléfono y lo manoteó, conteniendo enseguida el movimiento del brazo, hasta aproximar el tubo suavemente a la cara y espiar, antes de hablar oyendo sin hacer caso, la cara de Ramón que había dejado de sonreír y estiraba los brazos desperezándose.

—Estuvo con Barcala —dijo Morasán.

—Sí.

—Hola.

—Hay un señor Max que quiere verlo por algo urgente. Además usted me pidió que le recordara para ver al muerto.

—No, no estoy, no puedo atenderlo. ¿Qué muerto?

—El que se mató en el allanamiento esta tarde.

—Bueno. —Colgó el tubo y volvió a abrir el cajón, aliviado porque el otro se había bajado de la mesa y andaba sin ruido frente al escritorio, alto, estirando las piernas totalmente al andar, las manos en la cintura, como si hiciera pasos de baile.

—Así que usted dice que se acabó —murmuró casi adentro del cajón—. Tersut se puso la mano en el pecho y le juró que no...

Ramón se echó hacia atrás riendo a carcajadas, demasiado, con un tono también demasiado grave, y Morasán volvió a cerrar el cajón, desanimado por el montón de papeles y fotografías, y se recostó en la silla mirando la risa del otro y contando los segundos que duraba, sintiendo repentinamente, deteniéndose para confirmarlo, que volvían las ganas de moverse y apurar el trabajo.

—¿Acabó? —preguntó mirando los pequeños ojos negros de Ramón, brillantes de lágrimas—. Entonces dígame por qué cree que Tersut lo sabe.

—Bueno. Va —dijo Ramón trepándose nuevamente a la mesa—. Un poco de alegre luz de sol, el estómago, la prensa en armonioso crescendo para obtener la placa quiromántica, mientras el amor se cuelga de los cabellos. Unos cuantos voltios, después voltios, siempre la atención despierta, todo el cerebro que le queda enfocando a Barcala y sus residencias. Pasó también la prueba de la inmersión —ahora también le sonrieron los ojos porque acababa de encontrar lo que perseguía, lo que lo impulsaba a amontonar palabras para provocar el suceso—: el aire, el fuego y el agua. Sólo queda la tierra, cuando usted mande.

Morasán movió la cabeza e inició una risa suave, larga y sin profundidad, sin alegría. Ramón bajó nuevamente de la mesa y se apoyó en el escritorio con las yemas de los dedos, sonriendo también mientras hurgaba en la pequeña risa del otro. Morasán se calló, suspiró acariciándose la boca y se levantó.

—Así que usted dice —empezó a decir—. Algún día lo voy a contar y me van a decir que es broma. Toda la cantidad de locos sueltos... ¿Qué hacía usted antes de esto, qué hacía los otros días, antes que empezara esto?

Ramón sacó una cigarrera de adentro del saco y encendió un cigarrillo sin ofrecer a Morasán, lo sostuvo humeante paralelo a la base de la nariz, cubriendo con su mano el ojo cerrado por el humo.

Bueno —dijo Ramón—. Usted no entiende. Enseñaba música y aprendía arquitectura.

—Música, ¿eh? Algo así tenía que ser. Cuando era chico estudié piano y era una mujer la que me enseñaba. A veces me gustaría sentarlo a usted allá y que le dieran. Yo lo hago pero cobro y además es mi cosa. Pero usted...

—Yo lo hago —dijo Ramón caminando hasta ponerse atrás del escritorio—. Usted dice que es su cosa porque hace rato que está en eso. Uno no siempre puede hacer lo que quiere.

—Claro —sonrió y dejó de mirarlo—. ¿Usted me tiene miedo?

Ramón seguía mostrando la dentadura desde atrás del escritorio, el cuerpo recto de espaldas a la cortina oscura del ventanal.

—No —contestó Ramón apagando un poco la sonrisa—. Miedo de la manera en que pregunta usted no le tengo. De otro más profundo sí, le tengo a todo el mundo. A veces terror.

—Profesor de música. ¿Hay algo más?

—Estuve dedicado a Tersut. Ya le di mi opinión. ¿Sigo?

—Después veo. Profesor de música, llámeme a Villar. —Cuando Ramón llegó a la puerta con sus largos pasos sin ruido, Morasán agregó—: ¿Sabe que no le entendí nada? De todas las estupideces que dijo que había hecho con Tersut. Pero por lo que decía, yo sé qué me gustaría hacer con usted.

Dejó el sombrero en la mesa y miró por encima de la cortina, casi junto al techo, diluida de la luz del despacho la luna que bajaba, remota, ajena en el frío y el silencio. Oyó los pasos que entraban y volvió apenas la cabeza mirando por encima del hombro.

—¿Hay algo?

—Nada, lo que hay ya sabe —dijo la voz atrás de Morasán—. Me pidió que le recordara para ver al que murió en el allanamiento.

—Sí.

—En la salita está el hombre ese, Max, que dice que usted lo espera.

—¿Dijo algo?

—Que usted lo esperaba aquí.

—No. Haceme traer a la mujer esa, Irene, la que trajeron del First.

«Ahora Beatriz debe estar sentada en la cama —pensó Morasán mientras el otro salía— mirando la luna y rezando, la luz de la vela temblando delante del santo, las flores y las carpetitas de encaje, aquella boca apretada, aquellos ojos de vidrio, como si fuera un mueble, cerrado en cuerpo y alma mientras los cachorros maman en la canasta en el suelo y ensucian en cualquier rincón del cuarto hasta que dan ganas de vomitar con sólo abrir la puerta y meter la nariz al volver de noche, y después de estar dando vueltas en mi cuarto o en mi cama no tengo más remedio que subir la escalera como si entrara a robar y meterme en el dormitorio de ella para pedirle que por lo menos hable, me escuche. Mirando el cielo en la ventana, muerta de frío y rezando entre el olor de las velas y del sahumerio y del montón de perros movedizos. Aquellas piernas cerradas si le pego, cerradas si le pido».

Irene entró delante de Villar envuelta en el abrigo y caminó hasta llegar a la mitad del espacio entre la puerta y el escritorio, más pequeña que junto al mostrador una hora antes, las manos sobre el vientre, encogida, las mandíbulas un poco separadas, temblando la cara enrojecida con placas de brillo.

—Hola —dijo Morasán viniendo despacio desde la ventana—. ¿No saludas? ¿Te hicieron algo? No, no te hicieron nada. Todavía no empezó la función. Ramón es un hombre conocido para vos. Ahí tenés. No puedo perder tiempo. Si querés decirme enseguidita dónde está Barcala...

«Esto es una mujer —pensó junto a ella—, esta cosa asquerosa. La nariz mojada, una mujer, los ojos colorados, el pelo colgando, una mujer, todo ese aspecto de perro, las piernas flacas y todo el resto».

Ella alzó las manos hasta la boca y se le alteró la cara como si fuera a ponerse a llorar a gritos o a saltar contra Morasán, pero volvió a encogerse cuando Villar le puso una mano en el cuello, la movió hacia la izquierda y apretó doblándola hasta hacerla sentar, jadeante como si el esfuerzo de alzar los brazos hubiera gastado toda su energía, como si en él hubiera participado dolorosamente todo su cuerpo.

—Levantala —dijo Morasán y la miró ansioso mientras Villar la alzaba de los brazos y la devolvía al sitio que había ocupado, justamente entre la puerta y el escritorio, el cuerpo pequeño siempre encogido, pero sin vacilar.

—Durmió unas noches en la pensión pero no sé dónde está. No me dijo. No sé dónde está.

Morasán esperó a que ella se callara, aquella voz de disco saliendo de alguna parte de la cabeza inclinada que mostraba en la luz la ceja sin pelo y la adelgazada punta de la nariz brillante.

—No sabés, es una lástima. Que vengan los de abajo menos Ramón.

Villar miró a la mujer —sabía que no iba a moverse— y salió golpeando con el anillo en la manija de la puerta al cerrarla. Enseguida Morasán levantó la silla donde Villar había sentado a la mujer y la llevó hacia atrás del escritorio. De manera que ahora, sentado nuevamente, podía ver a la mujer de pie; sola, nada más que ella en el centro del espacio que divisaba desde allí, solamente ella y las paredes y la puerta con letras negras, gozando silencioso de las distancias, los colores y la gradación de la luz que envolvía con intensidad el cuerpo inmóvil y palidecía al alejarse tras las espaldas de la mujer hasta reaccionar un poco apoyada en las paredes claras, como si no estuviera quieta, como si la luz fuera y viniera vertiginosamente para demostrarle a él, Morasán, que la mujer estaba sola, aislada en el cuadrado espacio que la rodeaba, y que en aquel espacio ella hubiera podido moverse, correr, dar saltos, pero que permanecía frente a sus ojos quieta, eternamente sosegada, en aquellos segundos de inmovilidad, definitivos.

Cuando los seis hombres entraron y se fueron acercando hasta rodear la mesa, seguros de que ella no iba a moverse, dejándola atrás y cubriéndola solamente con aburridas y maliciosas miradas que chorreaban por el cuerpo y quedaban luego tensas contra el suelo, Morasán volvió a levantarse y recordó que había pensado un momento antes: «Es una mujer como Beatriz que en este momento...». Se acercó a Irene rodeada por las lucientes miradas y con la cabeza, con un solo movimiento rápido de la cabeza hacia la izquierda y el regreso lento hacia adelante distribuyó a los hombres en semicírculo alrededor de ella y dijo:

—No sabés de Barcala.

—Estuvo a dormir en casa —dijo ella—, pero no sé dónde está, no me dijo.

—No sabés de Barcala —dijo Morasán.

Quedó mirando la debilidad de la mujer, la impotencia del encorvado cuerpo entre los seis hombres en mangas de camisa, que aguardaban bien afirmados sobre las piernas, mostrando que esperarían todo el tiempo que fuera necesario, sin resistencias para moverse, sin impulso tampoco.

—Ahora, entonces, yo me voy —dijo Morasán.

—No sé dónde está Barcala. No sé —contestó ella.

—Yo me voy y vos te vas a divertir. Te garanto que te vas a divertir.

Estiró la mano y tomó lentamente el pelo de la mujer y fue torciendo la muñeca hasta levantarle la cabeza, tirando de la mueca que desgarraba la boca de ella, hasta acostar la cabeza bajo el techo y la luz, apretó y miró con rabia los ojos cerrados, sintiendo que los hombres se habían acercado, esperando todavía, mirando la cara de él con la misma aburrida mirada con que habían examinado a Irene al entrar.

—No sabés —dijo Morasán.

La golpeó en la cara, no demasiado fuerte, y volvió a golpearla con el revés de la misma mano, viendo nacer entre el primero y el segundo golpe el llanto en la cara horizontal, notando que el cuerpo no había hecho ningún movimiento, y siempre rígido, inmóvil, ofrecía el llanto como una flor aguantada por el tallo, las lágrimas y las desacompasadas convulsiones, el barboteo y el juego rojo, blanco, tembloroso de los labios moviéndose gruesos sobre la dentadura.

Se detuvo para respirar con la boca entreabierta mientras espiaba los movimientos de la cara, sintiendo que no era sólo él quien había golpeado dos veces y volvería a golpear enseguida la pequeña cara descompuesta que fijaba su muñeca; que la mujer era golpeada por todos los hombres que la rodeaban, aunque continuaran inmóviles y aburridos, aunque más cerca, cercándola estrechamente hasta mezclar el calor de sus cuerpos, sus olores a tabaco y peluquería, con el aliento cálido de la mujer entre lágrimas y saliva, esperando oírla hablar, listos para golpear, aplastar contra la boca las palabras que iba a decir: «No sé de Barcala, estuvo a dormir y se fue».

Pero ella solamente lloraba y tanto él como los seis hombres silenciosos comprendieron que sólo podían sacar de la mujer el llanto y el dolor, a cada choque de su mano, la palma y el revés, veloces y sonoros contra la forma cálida de la cara, la humedad del sufrimiento y la escasa sangre de la nariz y

la mitad del labio partido; sintiendo crecer vertiginosamente su odio y su necesidad de golpearla porque la mujer no decía nada, defraudándolo, defraudándolos también a ellos que habían venido para actuar y escuchar y se estaban quietos sobre los botines muy separados que se afirmaban con fuerza en el piso y que sólo podían insultarla y reírse, insultarla nuevamente buscando cualquier pensamiento en algún fragmento del dolor que retorció la cara de la mujer. Hasta que uno de ellos tuvo que avanzar y apretarle un poco la garganta y enseguida dejar la garganta y golpear el cuerpo, en mitad del cuerpo, que se encogió y dejó de llorar mientras caía.

Morasán dio un salto atrás como si ella pudiera ensuciarle el borde de los pantalones, dejó colgar los brazos observando a los hombres —las seis caras grasientas bajo la luz, aburridas, con sus ociosas miradas—, gastando con ardor su resto de odio frente a ellos que estaban de pie, vivos, capaces de resistir y tomar conciencia de los golpes; después jadeó mientras sacaba el pañuelo y se lo pasaba desplegado por la cara, procurando tener siempre por lo menos un ojo libre para espiar el cuerpo encogido en el suelo que un hombre empujó con lento esfuerzo con el pie hasta darlo vuelta, cara al techo, las manos amontonadas sobre el estómago.

—Pero vas a hablar —dijo Morasán sin mirarla, abandonándola para caminar hasta el escritorio, de donde recogió el sombrero para ponérselo y volver a dejarlo enseguida.

—Cuando vuelva, habla —prometió uno de los hombres.

Miró el rastro de la luna en lo alto de la cortina y encogió los hombros pensando que ya no tenía importancia recordar que Beatriz estaría despierta, rezando, con el pecho y los brazos enfriados.

—Vas a hablar —repitió—. Que no entre nadie hasta que llame. Si hay algo importante, por teléfono.

Vio cómo salían lentamente, sin hablar, buscando ostensiblemente no mirarse mientras se agrupaban para cruzar la puerta.

Volvió a mirar a la mujer y ya indiferente abrió luego el cajón del escritorio, sacando los legajos con las pequeñas fotografías de carnet adheridas con ganchos en las esquinas. Apartó la de Ossorio y la examinó comparándola con el recorte de la cara del hombre en la esquina del café, la forma de la frente inclinada sobre el brillo de las copas. Pero la pequeña

foto era de un muchacho de veinte años que sonreía, lejano, al fotógrafo, con el pelo recién peinado, brillante, hacia un costado, los grandes ojos rectos y seguros en su juventud suntuosa. Volvió la foto y el documento dactilografiado que empezaba «Luis Ossorio Vignale» al fondo del cajón y siguió buscando, en la pila que había hecho sobre la mesa, pasando rápidamente la cara y los papeles del prontuario de Juan Edmundo Barcala, mirando las caras, un segundo o dos para cada una, como si avanzara contra una multitud lentamente, mirando los rostros con un modo rápido y profesional, abriéndose paso sin violencia y difícilmente, chocando con los brazos, resbalando, al hombrar los brazos contra los cuerpos que iba hendiendo.

Se detuvo en la ficha de Clara Gilíes Lebet, posiblemente fuera del país y agente provocador, el rostro joven con su pelo claro recogido sobre la cabeza, la boca de donde estaba por desprenderse una sonrisa, debajo de la fina capa de estrago que venía corriendo por la frente y arrancaba de las raíces del pelo, abajo de la mirada satisfecha, sin curiosidad, entibiada, que la hinchazón de los párpados comenzaba a enturbiar. «Qué mujer, mal bicho», pensó. La nariz de Clara Gilíes era una nariz de hombre, de punta gruesa, abierta, y él recordaba cómo sobresalía dando el acento de su cara cuando ella estaba de perfil comiendo con un oficial en una mesa cercana del Troika o —entonces un poco más inclinada la cabeza y arrastrando la nariz saliente a la boca y los carrillos—, en una fotografía de propaganda en colores, alcanzando una zanahoria a una mangosta.

IX

La mujer había empezado a moverse, sacudiendo la cabeza en contracciones cada vez más largas y lentas, todavía con las manos arqueadas sobre el estómago, encogida allí abajo, entre sus pies, la cabeza exactamente bajo la mirada de Morasán que observaba el temblor de los párpados y el confuso color de la boca y la nariz hinchadas, viéndola regresar de la corta muerte que la había derrumbado en el suelo —el peso de su cuerpo colgando por un momento del brazo de Morasán antes de caer— cuando el hombre dejó de sacudirle la garganta y golpeó rápidamente con el puño izquierdo.

Viniendo hacia él desde aquel sitio desnudo donde había estado, sin memoria, desde aquella negrura o intensísima luz por la que él no sentía ninguna curiosidad pero que sabía hermanada de alguna manera, por alguna monstruosa sensación de terror semejante e igualmente implacable, con el mundo en que imaginaba sumergida a Beatriz cuando podía verla dormir en la madrugada, yacente bajo el aire que sostenía los pesados rastros de los rezos, el eco de las *eses* silbadas por los secos labios, el perfume mortuorio de las flores y el sahumador, el hedor viviente, agresivo, de la perra y los cachorros mezclados e inquietos en la canasta. A veces podía dar con la hora en que ella estaba dormida y lograba subir la escalera y entrar al dormitorio sin despertarla ni despertar la mirada de odio de la perra y se ponía a mirarla dormir, empujando la esperanza de que el sueño estaba recorriendo como una pesada agua dentro de ella, alrededor también del cuerpo anegado en su camisón de cintas y puntillas, atacando, sacudiendo hasta conmover las raíces del recuerdo de rencor, arrastrándolo finalmente, alejándolo definitivamente de ella y que al despertar al otro día, al mirarla moverse en la habitación desde el lado de la cama donde había dormido, iba

a encontrarla cinco años antes de aquella noche, sin memoria del odio, todavía un poco inseguros su andar y sus movimientos y su misma voz en la recuperada zona del amor adonde la había devuelto la marcha del sueño, pero ya del otro lado de la frontera amojonada por el antiguo suceso.

La cabeza en el suelo abrió los ojos y volvió a cerrarlos, estirando luego el cuerpo, con un suspiro, aquietándose luego y gimiendo con un gruñido semejante al de los cachorros ciegos en el dormitorio de Beatriz, cuando ella estaba despierta sentada en la cama o en la butaca que había arrimado a la ventana, los ojos fijos en la estatua del santo que estremecía la luz de la vela o mirando hacia afuera, el mezquino pedazo de paisaje que daba la ventana, las manos viejas de venas marcadas frotándose suavemente una en otra contra el pecho, rezando sin cesar con el ruidito de gota que cae en el agua, sin hablar, insinuando con los labios la forma de las palabras para no tropezar al ir las repitiendo, al pensarlas, y volver a pensar las mismas palabras, la misma invariable hilera de palabras, con la cabeza alta, el cuerpo de brazos y cuello enfriados en el dormitorio de espesos olores donde él entraba y esperaba de pie mirándola, o esperaba sentado mirando tercamente su mano con el cigarrillo, inmutable y endurecida —perfecto el perfil donde se abría la llama cansada del ojo—, en el abarrotado dormitorio donde él entraba cuidando el ruido de los pasos, donde ya sólo podía mirarla, sin hablarle, sin pegarle.

La mujer salió repentinamente de su inmovilidad y alzó la cabeza llevando los ojos rápidamente de una a otra de las piernas de Morasán, luego miró sorpresivamente la cara del hombre, allá arriba, que sonrió y retiró un pie del costado de la mujer, y dio un paso atrás sin separar sus ojos de ella.

—Levantate —dijo Morasán.

Ella separó los brazos sobre el piso y acomodó el cuerpo. Estaba quieta, con los ojos muy abiertos fijos en el techo. Sentado en la silla, cerca del escritorio, Morasán fumaba mirándola, oyendo los ruidos en el edificio, los timbrazos, el ruido de los motores en la calle, abajo, alejándose entre espaciadas bocinas.

—Levantate —volvió a decir. Ella recogió una pierna y fue apoyándose en las manos, mirándolo entre la cortina del pelo, aquietada de pronto en

aquella posición.

Morasán se levantó y caminó despacio para atender el teléfono.

—Braun acaba de llegar, dice que hubo un tiroteo en el First. Dice que mataron a Torry y hay otro muerto. Ahora está todo tranquilo.

—Ya lo llamo, que espere.

—Hay un señor Max que volvió recién. Quiere hablarle.

—No puedo atenderlo —colgó el tubo pensativo—. Vení —dijo a la mujer—. Vení, no te voy a tocar. No sabés nada de Barcala, qué vamos a hacer. No vas a inventar, ¿eh? Vení.

Ella volvió a moverse y se levantó vacilando un poco, arrancando luego, golpeándose las ropas, acariciándose las muñecas, más confusos que asustados sus gestos.

—Además ya lo tengo a Barcala —dijo Morasán.

Ella se fue acercando mientras él se sentaba nuevamente y aplastaba el cigarrillo con el taco contra el suelo y detenía la cara abstraído, moviendo las anchas cejas.

—Vení —dijo—. Mataron a Torry.

La miró parada junto a él y repitió aquella risa larga, tranquila, sin alegría, que parecía producirse contra su voluntad, sin dejar de mirarla mientras esperaba que terminara la risa.

—Era un buen muchacho —dijo después—. Estaba conmigo esta noche allá, vos lo viste. Era un buen muchacho, lo mejor que conozco y lo mataron. Fijate, no te hablo de Barcala, estás aquí por Torry, no me importa si sabés dónde está Barcala o no sabés. Estás aquí por Torry. Claro que vos no lo mataste, pero es por eso que estás aquí. No te olvidés de eso, ¿eh? Podés sentarte. ¿Querés fumar? ¿No? Bueno, decime sólo una cosa. Vos viviste con Barcala.

—Iba —dijo ella—. Fue dos o tres noches.

—Sí, pero esas noches vos viviste con él. Fue a la pensión y se quedó allí.

Volvió a mirarla —había apartado los ojos de ella desde el momento en que comenzara a preguntarle si había vivido con Barcala— pensando en su odio por toda aquella inmunda vida de prostitutas y macrós, su odio de siempre, desde la adolescencia, por el oscuro misterio que presentía y se le

escapaba, oculto en el fondo de aquellas existencias, de todo el conjunto de esa gente en pensiones, hoteles, cabarets, su odio por las formas que era lo único que podía conocer, mostrando y envolviendo el misterio que lo enfurecía, las citas en los restaurantes nocturnos en la madrugada, las miradas de amor de las mujeres, las palabras groseras y concretas con que ellas expresaban su amor por los hombres y el silencio con que los defendían en los interrogatorios en la comisaría, la resolución servil de morir antes que perjudicar ni siquiera el sueño de sus hombres.

—Se quedaba, ¿eh? Y no se quedaba como tu hermano.

Ella levantó una mirada de incompreensión empezando a desconfiar, se acomodó las ropas sobre el pecho, levantando las puntas del abrigo para cubrirse el cuello y después encogió los hombros.

—Claro —dijo Morasán—. ¿Te sacó dinero?

—¿Dinero? No, nada. Iba a dormir nada más.

—No, nada más no —insistió él—. Nada más no, no me vengas con cuentos.

—Y sí —dijo ella moviendo otra vez los hombros.

—Eso. Mirá, ahora te voy a preguntar una cosa y pensá bien antes de contestar. No te comprometés en nada. Yo sé por qué te lo pregunto. —Ella asintió con la cabeza—. Pensá bien y decime si Barcala estaba como los demás hombres. Decime si no tenía alguna manía de esas...

Ella estuvo un rato sin responder, mirándolo, queriendo adivinar qué había en aquella pregunta inesperada, vacilando temerosa antes de pisar el piso seguro de aquel repentino plano de la conversación.

—¿Manía? —dijo lentamente—. No; era como todos. ¿Por qué?

—Pregunto yo y no vos. Entonces, ¿no?

La mujer negó nuevamente moviendo la cabeza, temerosa de haberlo disgustado, otra vez tendida en la desesperación de adivinar.

—Bueno, está bien. Pensá un poco, decí si no te acordás nada raro de él.

Entonces ella se recostó en el escritorio y se puso a pensar en todo lo visto y sabido de las costumbres de hombres y mujeres, todas las palabras y las recordadas o imaginadas escenas de hombres junto con mujeres, en dormitorios, calles, salas de cine, palcos de salas de baile, automóviles, paseos, fiestas, playas, todo lugar y toda manera en que los hombres se

juntaban con las mujeres y la manera de haber estado ella con Barcala aquellas pocas noches, y sólo atinaba a verlo dormir a su lado, el rostro oscuro de barba y cansancio vuelto contra la pared, alejado en el sueño.

—Y no —dijo tristemente—, no me acuerdo de nada raro, ninguna cosa.

Mientras ella pensaba, él se había levantado y, de pie un poco atrás del hombro de la mujer, viendo el rostro donde había crecido la hinchazón, se entretuvo en contener su odio, las estremecedoras ganas de volver a golpear hasta deshacerla ahora, entregarla a los hombres de Ramón para que la golpearan y verlo.

—Bueno —dijo después.

Apretó con un dedo el timbre en el costado del escritorio y esperó en silencio, hasta que la forma del hombre apareció atrás de los vidrios de la puerta y entonces dijo:

—No te olvides que mataron a Torry, metete eso bien en la cabeza. —El hombre avanzaba con cara de sueño, gordo, el saco lleno de arrugas alrededor de los riñones—. Llévatela, que la tengan abajo y decile a Ramón que suba.

Con las manos en los bolsillos estuvo paseándose mientras se llevaban a la mujer, dócilmente marchando delante del hombre gordo, acompasando sus pasos al taconeo pausado detrás suyo por el corredor y en la escalera por donde bajaron en silencio (ella tanteaba de vez en cuando la pared con los dedos) en la luz amarilla que daba una lámpara alta rodeada de un tejido de alambre, sintiendo cómo aumentaba el frío a cada escalón que iban bajando, y hasta que Ramón entró sonriendo y se detuvo en silencio casi junto a la puerta, restregándose las manos.

—¿Nada nuevo? —preguntó Morasán.

—Nada. Aquí ando con Tersut, o mejor ya no ando.

—Dedicado a Tersut. Mataron a Torry.

—Supe abajo. ¿Y la mujer?

—¿Qué hay con la mujer?

—Nada. Me interesa por su estado de salud y sus planes de vida futura.

Morasán se acercó y le puso una mano en el hombro midiendo la sonrisa de Ramón que no había variado.

—Profesor de música —dijo—. Vamos abajo a ver a Tersut.

Bajaron lentamente la escalera, luego de atravesar en silencio el corredor de paredes aún sin revocar, donde el ladrillo nuevo se extendía intenso, de arriba a abajo, mostrando su dura esponja agujereada por la luz escasa, donde el olor a humedad, frío y oscuro, los hizo estremecer, donde los pasos resonaban lerdos y excesivos, volviendo las cabezas de los guardias. La luz se hacía más pobre en la escalera que bajaron con prudencia, arrimados a la pared, buscando asegurarse en los escalones resbalosos, de áspera superficie humedecida, descendiendo hacia el rumor de la gente en el patio y su olor a miseria, agrio, y el ruido de los zapatones de los guardianes, sus frases amenazantes que iban soltando al paso, sin fuerza, repetidas, flanqueando con su andar erguido e invariable —el fúsil en el hombro, la mano ensartada en la correa—, el montón de hombres y mujeres en el suelo, la espesura y el hervor de su sueño, el hambre y la ansiedad.

—Sin novedad —dijo el hombre cuadrándose al hacer la venia.

Recorrieron el enorme patio que había sido destinado a gimnasio, de donde habían retirado los aparatos, y la mugre en poco tiempo había corroído las marcas de cal en el piso de la cancha de *basketball*, donde sólo quedaba la piletta, vacía, manando agua una pared, con un sombrero y un papel sucio caídos junto al sumidero, mirando las caras en el suelo o sostenidas por las paredes.

—¿Está aquí la gente del First? —preguntó Morasán.

—Toda. ¿Quiere hablarles? —dijo Ramón.

—No, después, después.

Buscaba encontrar algún cuerpo o cara especialmente individualizable en el conjunto restante que rodeaba la piletta y confundiendo enseguida, perdiendo cada rápido rasgo que sus ojos lograban sorprender —un par de ojos tenazmente fijos, una camisa de seda manchada y abierta sobre el pecho, el pañuelo a cuadros rojos y marrones que escondía la cara de una mujer—, perdiéndolos enseguida en el conjunto de hombres y mujeres hacinados, segregados su suciedad, su rencoroso terror.

Perdiendo al alejarse y alcanzar la puerta que llevaba a las oficinas de Ramón el recuerdo del hombre de cuerpo débil y corto, solitario en el único rincón donde era posible estarlo, de su cara color de tierra, de barba escasa,

la bufanda oscura bajo las levantadas solapas del saco, que había olvidado ya el sentido del momento en que lo hicieron bajar, empujándolo, la peligrosa escalera y había avanzado indeciso, balanceándose como un caballo asustado, sin saber por qué una dirección podía ser mejor que otra, hasta llegar a aquel rincón de donde no se había movido en tantas horas, donde había estado contando, y arañando la pared para marcarlos, los cambios de luz en la remota claraboya disimulada por lonas, llevando la cuenta de los días y las noches, la extensión del tiempo que debía correr entre su vida, interrumpida cuando le pusieron la mano sobre el hombro en una esquina de la ciudad, y la paciente muerte que lo esperaba, a la que no era posible hurtarle el cuerpo.

Porque su miedo era, nada más, todo un miedo a la destrucción física. Él, su alma, sus creencias y los recuerdos que mantenía vivientes, además, por medio de las marcas en la pared, eran una cosa aparte, dividida de su cuerpo, lejano y para siempre separado de su carne aquel misterio del cerebro que le permitía aún comprender lo que estaba sucediendo o había sucedido fuera del intrepable pozo donde estaba hundido y quieto.

Solamente la lúcida, provocada conciencia de su cuerpo, del calor de la sangre que regaba su cuerpo, de los largos intestinos enrollados bajo la piel y el vello del vientre, el supuesto color rosa pálido de los livianos pulmones, las manos, la cantidad incontable de movimientos que las manos podían hacer hasta el cansancio, hasta doler, hasta amenazar quebrarse ante sus ojos, el gusto de su lengua, el olor de su boca sin limpiar, la conciencia de la carne colgante para la que no había ahora otro destino que contener el miedo y a la que sentía ridícula y solitaria.

X

Ramón abrió la puerta e insinuó una reverencia, dejando pasar a Morasán adelante, dejándolo entrar y saludar a los hombres en mangas de camisa que rodeaban la luz, mirarlos y marchar finalmente hasta detenerse junto a la silla donde Tersut estaba sentado, las manos unidas en la falda, balanceando el cuerpo en silencio, mientras la cara, la gorda cabeza sin pelo donde caían las mejillas como orejas de perro, repetía un prolongado gesto de la boca hacia un costado, como una repentina sonrisa, recogida enseguida, contenida un instante contra la arruga que bajaba de la nariz. Después entró, cerró la puerta y repitió su marcha de un lado a otro, estirando las piernas a cada paso, las manos en el chaleco, sonriendo indiferente al grupo que rodeaba al hombre en la silla.

Morasán observó un rato la cara de Tersut, buscando sin ver huellas de golpes hasta que siguió buscando en los ojos, tomando delicadamente la frente de Tersut con dos dedos y haciendo girar la cabeza hasta enfrentarla iluminada de lleno. La cabeza tenía los ojos azules, pequeños, con las escleróticas amarillas, y su mirada se revolvía inquieta, casi jubilosa, se hacía maliciosa, inteligente, expectante, como si acompañara la confesión de un risueño secreto para caer repentinamente en segundos de inexpresión y disolverse sin fuerzas en la luz, encogiéndose y parpadeando un momento hasta abandonarse a la intensidad de la lámpara, inmóviles.

—Háblele de la ropa —dijo uno de los hombres desde la sombra, desde las risas que chapotearon en el silencio, alejándose con fatiga.

—Nada fuera del ropero —dijo Ramón acercándose, alzando una mano. Morasán soltó la cabeza que resbaló apenas, un poco torcida sobre el balanceo del cuerpo—. Escuche un momento y después me dice. —Se inclinó hasta la oreja de Tersut, y alzó la voz, empastándola, queriendo

darle, a pesar del tono de discusión, un sonido caricioso e insinuante—: Cuente cómo se movió el ropero, Tersut.

—Sí, el ropero —dijo Tersut, cortándose la cara con el gesto afilado de la boca, guiñando los ojos—. El ropero. Ya le dije, una noche que me voy a acostar...

Se estremeció y siguió enseguida con entusiasmo, restregándose las manos, alargando el pescuezo para hablar ferozmente a una persona invisible.

—Me voy a acostar, estoy conversando con ella en el borde de la cama, las cosas del día, y de repente oigo el crujir del ropero y cuando me doy vuelta veo que el ropero empieza a resbalar y corre por el piso y choca contra la pared. Yo digo: bueno, estoy loco, estamos locos porque ella estaba conmigo y la miro a ella y viene a abrazarme asustada. Entonces le toco la espalda y miro el ropero que está apoyado contra la pared, con las patas de atrás un poco levantadas. No importa, estoy loco, digo. Camino y voy a tocar el ropero sin miedo y en cuanto lo toco empieza a temblar, le agarro la mano a ella y nos ponemos a caminar para atrás porque el ropero se nos viene encima. ¿Se da cuenta? Con el chirrido de las patas del ropero en el piso se apaga la luz, se apagó, y quedamos contra la pared agarrados de la mano y aquella bestia que nos quiere aplastar. Yo aguanto todo lo que puedo, pero cuando el ropero no me deja respirar me pongo de espaldas contra él y apoyo las manos en las paredes un poco para que ella pueda seguir viviendo un rato todavía entre mi pecho y la pared y además para morir abrazado con ella, porque, aunque ella no quiera, el ropero va a empujar y nos va a reventar a los dos abrazados contra la pared. ¿Me entiende? Entonces no me importa porque me acuerdo muy claro de que siempre estuve deseando eso, de que siempre pensé que nada podía importarme, nada podía estar mal si al fin yo podía morir abrazado con ella. Y un poco antes de morir, el ropero deja de hacer fuerza y queremos escapar pero se corre la cómoda y nos cierra el paso. No importa porque ya las cosas no tienen fuerza y entonces aparto la cómoda con el pie y volvemos a la cama y le pregunto: «¿Se movió el ropero?», y ella dice que sí, todavía con miedo. Bueno, no me importaba. ¿Me comprende? Después le dije a la luz que se encendiera y me puse a insultar al ropero hasta que a

ella le dio sueño y me dijo: «Vení a dormir y dejate de macanas». ¿Se da cuenta? —Chasqueó la lengua y repitió varias veces la mueca, cortándose la cara con los labios—. Y es así todo.

Ramón se irguió con su sonrisa brillante, frotándose las manos.

—Ahora —dijo—, si usted quiere usar, además del agua, el aire y el fuego...

Morasán estuvo mirando al hombre en la silla sin hablar, volvió a tomar con suavidad la frente de Tersut con dos dedos e hizo girar la cabeza hasta mirarle los ojos, esperando que cesara el parpadeo sobre las pequeñas pupilas azules para hundir su mirada en los ojos muertos del hombre, perdidos en la luz.

—Bueno —dijo separándose, reflexivo, espionando la cara de los otros hombres atrás del cono de luz, con la abandonada humedad en la sonrisa.

Caminó por la habitación, yendo y viniendo, y por último se acercó a la ventana que daba sobre el patio. Esperó hasta sentir a Ramón al lado.

—Bueno —dijo—, haga lo que quiera. Tiene razón. —Estuvo un rato sobándose la cara, mirando al patio sombrío tres metros abajo, la expectante noche, siempre vacía, siempre hambrienta—. Mataron a Torry —murmuró—; mataron a Torry, hace un rato, porque sí, en el First and Last. No había motivo para matarlo, era el mejor de todos. Haga lo que quiera, y con la mujer, con Irene, haga también lo que quiera. Yo voy a estar arriba hasta la mañana, encárguese de la gente del First and Last, carta blanca.

Salió sin despedirse, volvió a cruzar el patio cargado de gentes y olores, oyó los tacos de los guardias que chocaban a su paso, comenzó a subir las escaleras que entraban geométricas en la sombra, pensando en Torry muerto, al que no volvería a ver, cuyo rostro blanco y quieto había decidido no volver a ver, y en Beatriz, en el frío de la noche y la próxima madrugada rodeando el cuerpo de Beatriz en camisón al borde de la cama, endurecida como una estatua, sin otro movimiento que el temblor de los labios en el rezo, los ojos altos apuntando a lo que mostrara la ventana, luz de luna, amanecer o la cerrada negrura nocturna, tan lejos suyo, tan lejos de sus manos y definitivamente lejos para su pensamiento. Caminó despacio por el corredor, bajando la cabeza para no mirar a Villar, parado junto a la puerta

del despacho, con las cartulinas en las manos. Tuvo que detenerse frente al otro que le cerraba el paso.

—¿Qué hay?

—Nada nuevo. Un ruso, Max, que quiere hablarle.

—Ya le dije que estoy ocupado.

—Sí —dijo el otro peinando las cartulinas—. Pero estuve hablando con él y sabe algo de Ossorio.

Morasán enderezó el cuerpo, achicando los ojos, casi sonriendo. Villar barajaba las cartulinas, con un rápido giro del meñique enjoyado. Comprendió el movimiento de las manos del otro, que había estado toda la noche esperando aquello, una noticia de Ossorio, que su instinto le había estado diciendo que Ossorio era más importante que Barcala y toda la gente arrinconada en la Casa del Partido.

—Traelo —dijo Morasán—. Hacelo entrar.

Se metió en su despacho y fue en línea recta a mirar el pedazo de cristal que no alcanzaba a cubrir la cortina en la ventana, dando gracias por haber recuperado el adormecido sentido de la noche, otra vez seguro de sí mismo y tranquilo, mirando el pedazo negro de cielo frente al cual había sufrido por Beatriz y pensando ahora que, acabado todo, en cualquier hora del día cercano podría volver a su casa, subir sin ruido las escaleras y encontrarla a ella dormida o despierta y recuperar de un manotón el tiempo perdido o hundirlo todo para siempre y quedar libre del ineludible vórtice adonde nadaban ella, la llama temblorosa de la vela, el rostro de la imagen, la inquietud de los cachorros en la canasta y el aire cargado de culpa y hastío del pasado que lo derrumbaba sin fuerzas en el sillón.

Max sonrió desde la puerta, sacó el humedecido cigarro de entre los dientes dorados y volvió a sonreír mientras avanzaba, interrumpiendo con la cabeza curioseando con disimulo en la cara de Morasán.

—Hola —dijo Morasán—. Tengo muy poco tiempo. ¿Novedades?

—Buena pesca, ¿eh? —dijo Max—. Buena pesca. —Quedó frotándose las manos, el cigarro apagado apuntando hacia el techo.

—Bueno —dijo Morasán—. Usted no viene a decirme buena pesca. ¿Qué?

—Vamos, venía también a felicitarlo —dijo Max riendo amistoso—. No, no vengo a pedirle nada. Vengo a ofrecerme si cree que puedo ser útil. Hay algunas cosas que sé de Ossorio. Además, a veces uno se detiene por piedad. Yo mismo, también. Si no se animan a llevar con él las cosas hasta el fin... Si usted me permite que ayude a interrogarlo. Eso, claro, si usted ya no hizo todo lo que había que hacer, naturalmente. —Volvió a reír y sacó el cigarro del temblor de la boca para examinarlo a la luz, ciñéndolo con una amorosa y próxima mirada, pasando luego la lengua con suavidad sobre la hoja de tabaco desenvuelta.

—Bueno —dijo Morasán; estaba apoyado con un puño en la mesa, cejijunto, mirando con disgusto las muecas del hombre que vacilaba tratando de liar el cigarro con los pulgares y los índices. «No llamó Cot», pensó, «todavía no llamó, buena señal»—. Un momento. ¿Estuvo en la Jefatura?

—En la Jefatura... Sí, estuve, vengo de allá.

—¿Qué hay?

—Nada, poca cosa, chismes.

—¿Sabe algo de Cot?

—No, el general está encerrado desde hace horas. No sé nada. Bueno, chismes.

Morasán resopló suavemente, alargando el labio, se metió las manos en los bolsillos y avanzó hasta Max.

—Bueno —dijo—. No puedo perder tiempo, ni prestarme a estar aguantando su juego. Si tiene algo que decirme dígallo enseguida. Si no, váyase.

Max sacudió la cabeza y rió sin ruido, mirando el rostro de Morasán con ojos bondadosos.

—Pero... Los nervios, claro, con todo esto.

—Hable o váyase.

—Sí, sí —dijo Max—. ¿Tiene un fosforito?

Morasán le alcanzó la caja en silencio y esperó a que el otro encendiera apartando la nariz del chorro de humo. Guardó la caja:

—Bueno... —dijo.

—Gracias —chupó dos veces, rápidamente, y volvió a sonreír complacido, sin mirar a Morasán, deteniéndose él también en aquel pedazo de ventana descubierto y su luz fría y quieta—. Sí, chismes. Dicen que Cot, dice Valdivia, que Cot ordenó que la policía fuera vigilada. Se plantearía una lucha entre Cot y usted pero como yo sé que usted...

—Bueno —dijo Morasán—. ¿Qué más?

—¡Qué hombre! —dijo Max riendo, limpiándose la ceniza de la solapa—. Dicen también que tiene en el escritorio el decreto poniendo a la policía política bajo la dirección de la policía, como una simple, nada más que una simple repartición policial, nada más que eso.

—¿También lo dijo Valdivia?

—Sí, Valdivia. Por el tono... De manera que la policía política vendría a ser nada más que una repartición, como la defensa de la propiedad y la brigada contra el expendio de alcaloides y cualquiera de éstas.

—¡Ah! —dijo Morasán—. ¿Nada más?

—No, de importancia...

—¡Ah! —repitió—. Y si es así, es raro que Cot no haya dado aviso del decreto a nosotros, a la policía política.

—Sí —dijo Max riendo—. ¿No tenía noticia usted? Entonces es cierto; yo no sabía si era cierto, nunca se está seguro. Pero si no dieron aviso es cierto. Oiga un momentito. Porque Valdivia me dijo que Gary le había dicho al general que habría que mandar aviso urgente a la policía política y estar prevenidos y ver cómo lo tomaba usted. ¿Eh? Y el general, fíjese, me contó Valdivia, le contestó que como la policía política había estado siempre bajo las órdenes de él, como cualquier repartición policial, no tenía que comunicar nada porque nada se había modificado. ¿Ve ahora?

—Veo —dijo Morasán, retrocediendo hasta el escritorio—. Está bien, el general tiene razón. ¿A usted no le parece que el general tiene razón?

—Yo... —Separó las manos del cuerpo, alzándolas un poco, torciendo la cabeza, dejando escurrir las palabras entre el humo blancuzco—. Qué le voy a decir yo... No sé nada. Lo único que quiero es serle útil...

Se detuvo escuchando la risa desgana de Morasán, el tono de aquella risa surgida atrás del escritorio pareja, interminable, cuyo sentido era imposible entender y que lo desconcertaba, incapaz de orientarse,

presintiendo al mismo tiempo que había un peligro y que era necesario descubrirlo enseguida si quería sortearlo, y comenzó a acercarse al escritorio, riendo él también, pero sin ruido, sin nada más que el brillo de oro de los dientes y la mirada inquieta, seria, revoloteando alrededor de los ojos de Morasán.

—Bueno —dijo Morasán al rato; estaba sentado, golpeando con los dedos sobre el escritorio, mirando el juego de los dedos velludos en la luz—. ¿Y qué hay de Ossorio?

—¡Oh, nada! —dijo cauteloso—. Yo me ofrecía para ayudar a interrogarlo. Pero si remotamente usted lo considera como una intromisión...

—¿Qué más?

—Yo sólo creo ser útil, quiero ser útil.

—Bueno. ¿Qué más? ¿Dónde está Ossorio?

Max recuperó su aire confiado y dio unas chupadas al cigarro mientras se apoyaba en el escritorio con una mano, y Morasán se puso afanosamente a inventariar toda la mugre que había en las ropas del hombre, los puños comidos y sucios de la camisa, la pechera y el cuello, la corbata, los brillos de grasa en el traje, la roña bajo las uñas curvas que se apretaban contra la mesa. Siempre tenía la barba con un tiempo de dos días, mañana tendría la barba con dos días de vida y al día siguiente y en cualquier momento en que volviera a encontrarlo. «Curiosidad, voy a saber si es cierto que siempre tiene dos días la barba —pensó Morasán—. Pero también puede ser que no pueda esperar».

—Bueno —dijo Max—. Si es secreto de estado que agarraron a Ossorio... Pero como yo estaba allá en el First.

—Y usted sabía que Ossorio estaba en el First... —Sonrió haciendo una mueca de complicidad.

—Yo lo vi —dijo Max—. Usted sabe que yo estaba en la mesa con él y con Irene.

Morasán continuó tamborileando con los dedos. Ossorio, Cot, pensaba. No podía precisar con justeza las causas, pero sentía que había perdido la partida y no quería tampoco pensar en eso adelante del hombre que fumaba y sonreía, sintiendo que los hechos le habían atado las manos

definitivamente, que la noche habría de arrastrarlo sin posibilidad de lucha hasta el dormitorio y mirarlo con ojos de fracaso y desesperanza desde la cara impasible de Beatriz.

—Y usted quiere ayudar a interrogarlo.

—Si se puede.

—Ahora hablamos con Ramón. Hay una cosa de importancia. ¿Usted sabe o puede saber dónde vivía Ossorio?

—No, no, buscamos, estuvimos buscando. Hasta ahora nada. Pero si tenemos a Ossorio y a Irene... Es por eso que le pido que me deje hablar con él. Tengo algo que arreglar. Lo que quiera saber lo va a saber.

—Vamos a ver qué dice Ramón —dijo Morasán apretando el timbre en el escritorio—. ¿No sabe si el general va a estar toda la noche allá?

—Supongo, no sé, pienso que en una noche como ésta...

—Pero no sabe.

—Cómo voy a saber. Tampoco sé si usted va a pasar la noche aquí —volvió a reír, mordiendo el cigarro que había vuelto a apagarse.

Un hombre gordo, en mangas de camisa, entró lentamente, con su cara aburrida, moviendo los pequeños bigotes bajo la nariz.

—¿Sigue Ramón abajo? —preguntó Morasán.

—Sí.

—Acompaña a éste hasta donde está Ramón.

Max sacudió la cabeza agradeciendo, contempló el cigarro y alargó la mano para pedir la caja de fósforos y entonces vio la cara de Morasán, vio el movimiento tembloroso del labio alzado hacia la nariz, el resto de la cara inmóvil, y miró los ojos de Morasán que lo contemplaban sin expresión, vacíos.

—¿Usted viene? —murmuró mientras dejaba caer la mano con el cigarro y adivinaba el paso hacia él que estaba dando, a sus espaldas, el hombre gordo.

Morasán no contestó, no hizo ningún signo de respuesta a su pregunta y rápidamente la cara de Max se fue alterando, pálida, enflaquecida, con una luz de sudor en la frente, y la contracción visible de la garganta iba absorbiendo, haciendo desaparecer los rasgos de la cabeza que había estado conversando y riendo bajo la luz que caía sobre el escritorio, y lo que iba

quedando sobre el espasmo de la garganta era una desconocida cara, una impersonal expresión de enfermedad y miedo, silenciosa, con su blanda carne, innecesaria, grotescamente colocada y aplastándose encima de la dureza de la calavera.

Giró antes que el hombre lo tocara y caminó adelante, veloz, encogido. Morasán levantó el teléfono y apretó el botón, la otra mano tamborileando siempre lentamente sobre el escritorio.

—Comuníqueme abajo, con Ramón. Hola, ahí va Max. Max. Enciérrelo, nada por ahora. Está bueno. Dígale a Villar que venga enseguida. Más o menos. Bueno.

Colgó el teléfono y volvió a levantarlo enseguida, esperando la voz mientras abría el cajón y sacaba en montones las fichas y las fotografías.

—Sí. ¿Hay llamada de Jefatura? Bueno, llame a Jefatura. Con Cot, si está. Consígame después, enseguida, comunicación con el Ministerio, para hablar con Torres, y otro llamado urgente a la Colina. Todo urgente, en ese orden.

Encontró enseguida la fotografía de Ossorio y reconoció sin dificultad la cara del borracho en el rincón del First and Last, un poco más vieja y cansada, apenas, como si el joven que miraba en la foto fuera el hermano menor del hombre taciturno de la pipa que había estado llenando la copa de Irene y los otros en el cafetín mientras él observaba apoyado en el mostrador y decidía que aquel hombre no era Ossorio. Que no había ningún parecido entre su cara y la del prontuario ni tampoco con la gastada fotografía del recorte de diario que volvió a sacar del bolsillo y extendió junto a la otra.

Oyó abrirse la puerta y un momento después levantó la cabeza y miró los dedos de Villar moviendo el mazo de cartulinas, lentamente, provocando con una mano dificultades al trabajo de la otra, mirando a veces hacia Morasán con aire fatigado, bajando los ojos de vez en cuando hacia la luz del solitario en el meñique, recogiendo con justeza el chispazo de la piedra.

—¿Viste a Max? —preguntó Morasán.

—Cuando bajaba; yo lo hubiera encerrado antes.

—No, yo lo estaba usando y él creía que nos usaba a nosotros. Ahora estamos en el límite. Esta noche. Cot resolvió mantener a la policía política

como sección dentro de la policía, como antes, controlada por él, claro.

Miró él también la chispa en la falange de Villar.

—Hace una semana lo dije —dijo Villar—. ¿Qué hacemos?

—¿Vos estás seguro de la gente?

—Sí. También de la que tenemos allá.

Encerró el mazo en la mano izquierda y la apartó, estirando el brazo hasta que le dolieron los músculos. Morasán lo miró y después se inclinó, haciendo resbalar los dedos sobre la mesa hasta detenerlos junto al lápiz solitario y tamborilear sobre él, haciéndolo rodar.

—Es ahora o nunca —dijo Villar.

Morasán volvió a mirarlo, extrañó la falta de la luz del solitario, alzó francamente los ojos hasta encontrar la mirada inmóvil del otro.

—¿Te podés ocupar de hacerlo? —preguntó cauteloso.

—Seguro. ¿Ahora?

—No sé. —Volvió a repiquetear con las yemas de los dedos, con lentitud, como si quisiera comprobar el juego de los tendones. «No es miedo a que me liquiden; miedo a dar un golpe en falso. Pero ellos o nosotros»—. Esta noche —repitió—. Acaso el asunto esté en quién golpea primero.

—Seguro —dijo Villar, y encogió el brazo, volvió a barajar parsimonioso las cartulinas—. Seguro —repitió cuando vio nuevamente la chispa saltando del dedo.

—Pero también puede estar en quién sabe esperar y aprovechar el error del otro. Bueno. Primero tengo que conversar amablemente con Cot. Y con el cuartel de la Colina.

Se levantó sonriendo, miró el pedazo de ventana sin luna y volvió a mirar a Villar.

—Bueno —dijo—. Enseguida de eso. Podés ir preparando —alzó la mano hasta tocar el hombro de Villar y la bajó enseguida atraído por el timbre del teléfono, levantó el aparato y escuchó mientras desperezaba el brazo libre, los ojos mirando el suave movimiento de las manos de Villar, que había abandonado el fulgor del anillo y examinaba con encubierta atención su cara en el teléfono.

—¿Seguro? —preguntó Morasán—. ¿Cuánto hace? Averigüen con qué gente. Enseguida. No, no esto. Espere, ¿quién es? Bueno, deme con él. —Escuchaba moviendo el labio sobre el bigote, la cara contraída—. ¿Quién habla? —Esperó y colgó lentamente el tubo mirando pensativo a Villar—. Listo —dijo—. Cot ocupó la Casa del Partido, no sé con qué gente. Esperá. Además alguno me da la dirección de Barcala.

—Ya tenemos mil —dijo Villar moviendo los hombros.

—Es cierto; y todas fracasaron y perdimos miles de segundos de tiempo. Pero voy a probar. Por algo. 384 de Coronel Payva. Vamos a ir, porque si lo tenemos a éste antes de empezar con Cot, va a ser mejor. Si puedo informar al Ministerio que tenemos a Barcala...

XI

Ossorio dejó el taxi una cuadra antes y comenzó a caminar por una calle normal de noche de sábado, con gentes paseando en grupos y boliches abiertos, con mujeres y borrachos. No había luz en la ventana del Club de Ajedrez ni en la de la Juventud; solamente amarilleaba sobre los carcomidos balcones de material la cortina iluminada de la peluquería y salón de belleza, de donde recordaba haber visto salir y entrar a la francesa, cuarentona, flaca, con la cabeza siempre baja y —en el recuerdo— un extremo de abrigo o chaqueta cubriéndole la boca, bajando bajo la gran araña de la escalera, dejando el rostro de perfume y el eco medido de los pasos o haciendo sonar los llavines en la penumbra, junto a su puerta, abierta y cerrada misteriosamente durante todo el día, hasta la noche y a veces también durante la noche. La puerta estaba cerrada pero Ossorio sabía que bastaba empujarla para entrar o que podía tirar de un cordel cuya punta anudada asomaba en el agujero para la correspondencia.

Entró en el boliche de la esquina y cruzó paralelamente al mostrador sin mirar las mesas poco concurridas, entrando al olor a caño de las letrinas donde se entretuvo un momento en ojear los avisos y las inscripciones con lápiz que los comentaban, de trazo inseguro, que dudaban de la salud y belleza anunciadas en los avisos en colores de los prostíbulos y, sin interés, las inscripciones en las paredes, contra los «perros», a favor de los «perros», contra el gobierno, contra Mario, contra el sexo de Paca, sobre las costumbres del Papa. Se distrajo en mirar su cara en el manchado espejo, examinando el trabajo del cansancio alcanzado por la noche hasta aquel momento en sus ojos y en el dibujo de la boca, en la profundidad de las ojeras y en el golpear de la sangre en el pecho y abajo de las orejas.

Salió del negocio por otra puerta y cruzó la calle, sacó una llave cualquiera del bolsillo y escarbó en la cerradura, esperando que se acercaran pasos en la calle, esperando a los tres hombres y la mujer que venían lentamente conversando, oyendo principalmente al hombre alto que iba en el medio y decía:

—... le dijimos que podía quedarse todo el tiempo que quisiera con el hijo y hasta le dimos médico, lo llamamos a Triay para que atendiera al chico.

Hasta que pasaron, se detuvieron un momento en la esquina y luego doblaron abajo.

Entonces empujó la pesada puerta y mantuvo la presión del hombro hasta que abrió el espacio suficiente para entrar sin ruido en el zaguán oscuro y volvió a cerrarla, apoyando apenas una madera contra la otra, y empezó a subir tomado del pasamanos, alejándose del olor de los tachos de basura. Dobló hacia la izquierda y ayudado por la luz que filtraba la puerta de la peluquería siguió andando por el corredor, pasó frente al Club de Ajedrez y se detuvo en la puerta de la Organización de la Juventud, empujando el pestillo, que giró para chocar enseguida con el cerrojo, y entonces, lentamente, se metió las manos en los bolsillos y quedó cabizbajo, mirando el reflejo tenue de luz en los vidrios de la puerta, en la madera, el punto color oro de luz en el pestillo.

«Hasta aquí era demasiado fácil —pensó—. Y ahora, allá, lo deben haber agujereado a Barcala». No sentía cansancio pero los brazos buscaban colgar como sorprendidos por la languidez de un imprevisto día de viento norte, extrañamente ajeno a lo que significaba él mismo en aquel momento, ajeno, indiferente también a su destino en la noche. Escuchó un momento en el negro silencio, luego se aflojó el nudo de la corbata y caminó sin ruido hasta alcanzar nuevamente el pie de la escalera y se sentó en el primer escalón. «Si llega alguien tengo tiempo de esconderme, si abren en lo de la francesa digo que olvidé la llave del Club de Ajedrez, o digo cualquier cosa». Sacó el paquete de cigarrillos pero no se animó a encender, volvió a guardarlos y sacó las tarjetas del viaje; podía verlas de noche, pero recorrió su forma con la yema de los dedos, varias veces, y palpó sobre la tela el rollo de dinero.

Después recordó que acababa de hacer matar a Barcala sin poder emocionarse con la idea, sin reaccionar cuando imaginaba al hombre tirado en el suelo, sangrando, muerto, sin reaccionar tampoco al recordar otros que había hecho matar y a los que había visto duros y muertos y los que no había visto y los que habían muerto a su lado y los que habían ido a chocar con la muerte impulsados por su ejemplo. Tampoco pudo obtener de sí mismo otra cosa que dulzura y apagada tristeza al pensar en Luisa la Caporala, la infinita luz del sol encima del carricoche donde colgaba ella del pescante, muerta, la tosca mano apuntando la reseca huella de barro, el pelo tieso que comunicaba el escondido paso de la sangre desde su cabeza hasta el suelo, y sujetó la imagen para ponerse a pensar furiosamente en Luisa la Caporala muerta, por estar muerta, por cumplir el deber de estirar la mano, él que estaba todavía vivo con su calor, su olor y su respiración en su sombra para sostenerla mientras fuera posible, para no dejarla perderse y morir del todo, para alzarla un tiempo aún por encima de su definitiva mudez y la descomposición en cualquier desconocido punto subterráneo. Y del deber de mantenerla viva, a ella solamente, a la imaginada escena de su muerte en soledad, pasó a pensar en sí mismo, también como un inevitable deber a cumplir, como única forma de salvarse y perdurar sobre la noche y las noches y una interminable noche posterior, tibia, campesina, terrosa y vegetal, en paz bajo los pasos y la azada, extendido bajo la noche solamente con sus tenaces grillos, y el silencio sostenido sobre todo.

Él y su vida sin tiempo de meditación, su vida en la miserable infancia y la adolescencia flaca y sin alegría, el trabajo desamorado en cualquier sitio de donde fuera posible arrancar los pesos para comer, el recuerdo de los calcetines rotos y pegajosos frente a las hermosas muchachas, la humillación de sus grandes manos torpes, los sueños tímidos y ardientes en que construía y alejaba la felicidad y el amor y la furiosa resolución de vengar y rescatar, con la felicidad colectiva, su propia dicha perdida, pisoteada, deformada en el machacar de los días; la gran esperanza a repartir como una torta, sin reservarse un pedazo, sin otra recompensa que manejar el cuchillo para cortarla y ofrecerla.

Y la engeguedora sonrisa del amor perdida, invisible bajo sonrisas de mujeres, abortos, bidets, permanganato, preservativos, menstruaciones y

dinero, camas alquiladas, portales vergonzosos, miseria del sudor en verano, la miseria de los pies y las rodillas frías en invierno, sabiendo que hay otra cosa en alguna parte que a veces la suerte da y a veces niega toda la vida, pensando en aquella beatitud ignorada al apretar senos, al mirar ojos lacrimosos, al contestar distraídamente siempre las mismas idiotas frases de pregunta, pensando sin quererlo —no con el cerebro, sino con el centro del cuerpo, con los bíceps, con el pecho, con los huesos—, pensando que tenía que existir ya que él lo imaginaba, ya que no podía encontrarlo en la grosera comedia de las hembras, acostado en la sombra de los dormitorios, con un brazo olvidado rodeando el cuello de una mujer, la mano rozando su mejilla, su pelo, su brazo, su pecho, cerrando los ojos para huir sin destino, para quedar aislado en un aire cualquiera donde acariciar en paz nada más que palabras unidas de manera inexplicable al desconocido amor.

Guardó las cartulinas y se levantó, insultando en voz baja. Volvió hacia la puerta cerrada y jugó nuevamente con el pestillo, empujó hasta que las maderas crujieron y se sintió apoyado sobre el inminente estallido de la cerradura. Se contuvo, calculando rápidamente el peligro, pensando las consecuencias del estrépito de la puerta y las de la idea que acababa de ocurrírsele, y retrocedió suspirando en el corredor, sacó la pistola y la metió en el bolsillo del saco, el dedo en el gatillo, y luego enfiló golpeando el piso hasta la puerta iluminada de la peluquería de mujeres e hizo repiquetear las uñas contra el vidrio, escuchó el silencio y volvió a llamar, oyendo ahora una silla arrastrada y pies en zapatillas que se acercaban.

—¿Quién es? —preguntó una voz agria de mujer.

—Buenas noches —dijo Ossorio—. Tengo que entrar al Club de Ajedrez a buscar unos papeles y olvidé la llave. Si me hiciera el favor de dejarme probar con la suya...

—¿Pero quién es?

—Usted no me conoce. Soy el secretario del club. Si me deja probar con su llave...

—Es Yale mi cerradura, no sirve.

—Es una lástima. Voy a tener que forzar la puerta.

La voz de mujer no contestó; Ossorio esperó un rato y luego insistió:

—No quiero molestarla, no quiero hacer ruido y alarmar a los vecinos. Pero si su llave, está segura, no sirve...

—Es Yale, no sirve —dijo la mujer.

—Bueno, buenas noches.

Tampoco contestó ahora y Ossorio la sabía agazapada junto a la puerta, con el oído pegado a las junturas, desconfiada y con miedo. Volvió a empujar la puerta del Comité de la Juventud pero imposible abrirla así, era necesario golpearla con el hombro después de correr unos pasos y era seguro que así la cerradura iba a romperse pero sonaría como un tiro en la casa vacía. Caminó otra vez y golpeó en la puerta de la peluquería.

—Oiga —dijo antes de que nadie contestara—. Tiene que prestarme alguna cosa para forzar la puerta.

—¿Pero qué puerta quiere abrir? —dijo la mujer después de un rato.

—La del Club de Ajedrez, ya le dije.

—Mire —contestó en voz alta la mujer—, si no se va enseguida llamo por teléfono a la policía.

—Por mí...

No había pensado ni un momento en la posibilidad del teléfono. «En vez de estar divagando sentado en la escalera...». Era difícil que se oyera el ruido de la puerta hundida desde otro piso, el único peligro estaba en la mujer y su teléfono.

—Bueno —dijo—. Tendré que venir mañana.

Retrocedió de espaldas, con largos pasos, y arrancó, rematando la carrera con una patada sobre el disco dorado de la cerradura de la puerta de la peluquería, sintiendo que aquella hoja de la puerta cedía como una rama seca que se quiebra para aguantar enseguida blandamente, mientras la otra hoja giraba enloquecida entrando en la luz velada del cuarto. No había nadie más que la mujer, con la boca abierta y silenciosa frente al caño de la pistola; la luz estaba colocada sobre un tocador, reproducida en los tres espejos, y la mujer tenía un largo batón celeste, la cara cubierta de una sustancia grasosa donde se diluía en manchas el polvo amarillento, el pelo envuelto en un pañuelo que lo estiraba hacia la coronilla. Empujó la puerta enganchándola con el pie, y se apoyó en ella, enfrentando siempre el terror de la mujer, escuchando hacia la escalera, recordando el ruido de la puerta

al saltar, mucho más débil de lo que había imaginado. Alguna corneta de auto en la calle, ningún sonido alarmante en el silencio de la casa.

—Bueno —dijo—. Vamos a ver ahora...

Entonces, mirando la ridícula figura de la mujer con los dulces brillos que ponía la luz en su vestimenta de seda celeste, comprendió que acababa de hacer un disparate, que estaba ahora perdida la posibilidad de abrir la otra puerta, que no se animaría nunca a hundirla de una patada, seguro de que la casa estaba despierta, atenta al ruido, que había perdido los ficheros y que la noche, el corto pedazo de noche transcurrido, había bastado para enloquecerlo, pensando con desaliento que había pateado la puerta de la peluquería empujado solamente por el miedo.

—¿Qué quiere? —dijo la mujer con voz un poco ronca, firme.

—Vaya a sentarse, en el diván.

Ella había arreglado el diván con ropa de cama y estaba haciendo su toilette frente al espejo antes de acostarse cuando él llamó en la puerta. La vio caminar, flaca y sin gracia, girar y sentarse a los pies del diván, echándose una punta de cobija sobre las piernas. «Puedo irme antes de que lleguen si llama por teléfono». Miró alrededor, el sillón blanco frente a una pared de espejos, los estantes blancos llenos de potes y frascos blancos, el casco de la lámpara de ultravioleta, el cesto con instrumentos niquelados. Miró a la mujer encogida que cruzaba las manos sobre las rodillas, incómodamente sentada en la punta del diván.

—Dígame —dijo—, ¿qué hay detrás de las cortinas?

Ella hizo girar la cabeza con un movimiento de gallina, mostrando los salientes tendones del cuello.

—El balcón —dijo; volvió a mirarlo enseguida con un odio nervioso y sin fuerza, excitado y disuelto en la fatiga.

—Levántese y abra. Llaga lo que le digo y no pasa nada. Vaya y abra.

La mujer intentó envolverse en la cobija pero arrastró toda la ropa de cama y finalmente la dejó caer y caminó rápidamente hasta el balcón, separó las cortinas de cretona enmarcadas por otras fijas cortinas blancas y abrió el balcón sobre la noche, quedando protegida de la luz de la calle y de la propia luz de su cuarto por las cortinas, por un pedazo flotante de la cortina de cretona con grandes discos verdosos con el que se tapó las

piernas. Ossorio volvió a meterse la pistola en el bolsillo y caminó por el cuarto hasta asomarse y mirar el balcón. Había un espacio de dos metros entre el balcón de la peluquería y el del Comité de la Juventud, y entre ellos la ventana del Club de Ajedrez sobresalía con lanzas y flores de hierro engastadas en el alféizar. «Quién hace acrobacia con esta bestia atrás». Retrocedió y cerró el balcón.

—Corra el pasador y vuelva a sentarse —dijo.

«Puedo intentar, si Martins me manda a alguien puede ser». Esperó a que la mujer volviera al diván y recuperara su actitud encogida y volviera a mirarlo con odio desde la repugnante cara engrasada.

—¿Dónde está el teléfono que decía? —preguntó.

—Ahí —dijo señalando con el mentón la parte de la pieza destinada a la peluquería. La voz le había temblado y al mirarla Ossorio vio que estaba llorando, anudadas las lágrimas en la cara brillante, parpadeando los ojos húmedos y rápidamente enrojecidos. El teléfono también era blanco con anillas plateadas. Marcó el número de la Casa del Partido y lo atendieron enseguida.

—¿Quién habla?

—¿Está Martins?

—¿Martins? Sí, pero está ocupado ahora. No puede atenderlo. Diga lo que quiere. ¿De parte de quién?

No era la voz del hombre bajo de bigote que atendía el teléfono cerca de la puerta de entrada.

—De parte de Estévez, es urgente.

—Un momento.

Oyó chocar el teléfono y después nada, volvió a sacar la pistola y cubrió la puerta rota.

—Dice Martins que diga qué es lo que quiere.

—Bueno —suspiró haciendo una sonrisa—. Dígale que estoy con las dos mujeres en el restaurante. Dígale si quiere que lleve a las dos ahí y si también tengo que llevar el libro.

—¡Ah!, un momento —dijo la voz y agregó después del ruido de choque y el silencio—: Sí, dice Martins que las traiga a las dos y también el libro.

—Bueno, estoy ahí enseguida.

Entonces, de una manera o de otra, sin mayor escándalo, sin que nada lo mostrara en la ciudad, habían copado la Casa del Partido y estaban liquidados Martins y la mujer del codo en la mesa, el hombre de la pistola al cinto, Fernández y el muchacho que recortaba muñecos de papel para el niño perdido y todo el resto. Se acercó a la mujer y encendió un cigarrillo, tragando ansioso el humo. La miraba, de pie, dejando colgar los brazos, inclinando hacia ella la cara con el cigarrillo. «Los ficheros están perdidos, Dios se apiade de sus almas. Qué puedo hacer aparte de disparar, qué puedo hacer por todos ellos».

—No le voy a hacer nada —dijo a la mujer que tragaba convulsivamente, en silencio, sus lágrimas—. ¿Por qué llora?

—¿Por qué me va a hacer nada?

«Nunca nadie sospechó que viviera en la pensión, puedo volver a la pensión y quemar unas cuantas cosas, siempre es algo, dos o tres que van a demorar un poco más en morir. Liquidar aquello y escapar al puerto a embarcarme».

—Quédese tranquila que no le voy a hacer nada.

—No lloro por miedo —dijo ella.

Entonces él sujetó el cigarrillo con los dientes y se inclinó aún más sobre la mujer grotesca en el diván, sonriéndole, contento, sin hacerle caso, sonriéndose a sí mismo, a él que cruzaba la ciudad hasta la pensión, quemaba en el cuarto de baño los papeles que tenía escondidos, desplegados como naipes bajo la alfombra, volvía a salir en silencio y otra vez cruzaba, en diagonal ahora, la ciudad, hasta llegar al puerto y caminar sin prisa después de los portones sobre el empedrado y llegar al barco, mostrar el pasaje y el salvoconducto y caer en cualquier lugar oscuro donde encontrar el sueño y perderse en él.

—Voy a volver mañana a buscar los papeles y le voy a hacer una visita a ver si sigue enojada. Esta noche debo haber tomado unas copas de más.

—Ahora que rompió la puerta. Lo que yo haría con ustedes.

—¿Qué ustedes?

La mujer no contestó y había dejado de mirarlo, cruzando los brazos sobre el pecho, las manos bajo las axilas, la cabeza inclinada.

—Mañana voy a venir —dijo Ossorio; y repentinamente pensó que le seguía la locura de cuando pateara la puerta y que ahora estaba perdiendo tiempo y que si tenían la Casa del Partido en su poder también tendrían los teléfonos y podrían saber de dónde había llamado. Caminó despacio hacia la puerta y desde el corredor se dio vuelta para cerrarla; viendo que la mujer continuaba inmóvil en el diván con los brazos cruzados sobre el pecho donde en ningún momento había notado el bulto de los senos. Bajó a paso normal la escalera, orientado por la luz que entraba por la puerta de la calle entornada, y no había nada más que sus propios cautelosos pasos hasta que tironeó de la maciza puerta y sintió el fresco de la calle en la cara y salió.

En la esquina del boliche había una parada de taxis pero prefirió seguir caminando y anduvo a buen paso cuatro cuerdas y encontró otro taxi sin chofer, pero en cuanto abrió la portezuela el chofer salió de una puerta ochavada en la esquina y vino a ocupar el volante. Dio la dirección, tiró el cigarrillo y se abandonó en el asiento, pensando si no sería mejor despreocuparse también de los documentos escondidos bajo la alfombra y marchar directamente hasta el puerto, porque allí todo estaba perdido. No dio la contraorden al chofer porque era tan parecido a la felicidad dejarse estar sin pensamiento y voluntad, flojo contra el cuero del asiento, sin enderezar la cabeza para decir al chofer que cambiara el rumbo y lo llevara hasta el puerto donde subiría la planchada de un barco, mostraría el documento y la cartulina, daría todo el dinero que fuera necesario dar y bajando luego por una empinada escalera de perforados escalones de hierro alcanzaría un largo y estrecho rincón a su medida incrustado en una endurecida sombra donde estirarse suspirante entrando en la inconsciencia.

XII

Al bajar dijo al del taxi que esperara, pero luego se volvió en mitad de la calle, le pagó y caminó lentamente en dirección contraria a la de la pensión hasta que el coche desapareció en la calle del costado, desierta, atravesada solamente en el fondo por un rápido tranvía de luces rojas. Entonces dio vuelta y llegó a la puerta de la pensión —nadie en la calle, ningún ruido adentro—, sacó la llave y abrió, mirando con desconfianza la luz encendida en el hall, atrás de las cortinas de la puerta cancel. Tenía siempre la pistola en el bolsillo del saco, abrió la segunda puerta y esperó sin entrar, luego entró viendo que alguien estaba sentado en el fondo, casi en la sombra, en uno de los grandes sillones de madera negra, apolillados, con respaldos de almohadillas de olor triste. Cruzó lentamente al lado del diminuto mostrador cuadrado desde donde, sentada en un taburete, lo saludaba dos veces por día la patrona, sacando la sonrisa de atrás de las hojas de las revistas y figurines, siempre concluida, pronta para ser mostrada, entre el vello del labio y la barbilla, bajo la larga y afilada nariz austera.

Alguien estaba sentado en el rincón sombrío, inmóvil, mirándolo mientras él pasaba junto al mostrador curvado. Alguien que acompañaba su paso girando la cabeza desde el ángulo de las paredes, y que de pronto, cuando él colocaba el pie en el primer escalón, reveló la intensa blancura de su cara, como si la resolución la iluminara, y dejaba escapar una palabra incomprensible que lo detuvo, el brazo izquierdo en el aire, apuntando a la desconcertante diminuta figura que había abandonado el sillón contra la pared y se acercaba rápida, con sus cortos pasos indecisos, la grave cara infantil viniendo a encajarse en la luz, junto a él, las cejas preocupadas y su aire profundo de inocencia y duelo.

—¿Usted es Santana?

Era una chiquilla de once o doce años, seria, ni linda ni fea, con un abrigo desabrochado azul oscuro y una mano hundida en el gran bolsillo, triste, orgullosa, muy flaca, resuelta, con los pies juntos, esperando hasta que él desde arriba, sin dejar un momento de mirarla, asintió moviendo la cabeza. Entonces ella sacó la mano del bolsillo con un sobre y lo levantó hacia Ossorio. «No pueden usar estos trucos, demasiado fino», pensó mientras recogía el sobre.

La chiquilina volvió a guardar la mano en el bolsillo; el mismo grave desinterés en su cara mientras esperaba. El sobre decía: «Para el Sr. E. Santana». Subió un escalón, abrió el sobre y leyó la carta: «Amigo Ossorio: Barcala me había dejado la chica en custodia. Como es peligroso tenerla una hora más conmigo, peligroso para los dos, te ruego que hagas lo que puedas por ella. Como siempre, *Luque*». Guardó la carta en el bolsillo y volvió a mirar a la chica.

—¿Usted estaba con Luque?

—Sí —dijo moviendo la cabeza—. La carta...

—¿Y sos la hija de Barcala?

Ella volvió a asentir con la cabeza y recién entonces Ossorio comprendió lo que quería decir, para él, ahora, que la chica fuera hija de Barcala. Comprendió mirando las medias dobladas con guardas griegas bajo las rodillas, los recios zapatos de muchacho, las ropas pobres, la cabeza que se inclinaba hacia un costado, las mejillas blancas, apenas marcadas en el rostro, la posición de indiferente espera de todo el cuerpo de la muchachita. «A esta hora debe estar hecho un colador. Yo avisé a Morasán por teléfono». Se dio cuenta de que estaba sudando, en la frente, que dos gotas de sudor acababan de desprendérsele de abajo de los brazos, rodando por los costados.

—Estoy cansado —murmuró.

Hizo un esfuerzo, se pasó el pañuelo por la frente y volvió a mirarla sintiendo ahora que tenía sed, la boca reseca y cálida. No tenía remordimientos al repetirse, mirando desde arriba el diminuto gorro de lana, la punta de la corta nariz, el brillo excesivo de los ojos tranquilos y misteriosos: «Es la hija de Barcala». Tenía que buscar rápidamente la manera de dejar de verla, de impedir que siguiera mirándolo con serenidad,

obligándolo a recordar la noche, el temblor de la cabeza del hombre en el altillo, «cada uno diariamente su acto de justicia y odio, cada uno todos los días, todos nosotros, ellos y nosotros, yo y tú, cada uno su egoísmo, cada uno su explotación cotidiana». Trató de sonreírle —ella había dado un corto paso hacia atrás— viendo el principio de alarma en la cara de la niña, volvió a mirar la carta con un gesto torpe, después, de perfil a ella, sin mirarla, deseando con todas sus fuerzas que sucediera cualquier cosa capaz de hacerla desaparecer, dijo:

—Bueno. Si querés venir.

Empezó a subir la escalera sin atender a si ella lo seguía o no, acompañando innecesariamente el movimiento de las piernas con el balanceo del cuerpo, y recién a mitad de la escalera oyó los leves pasos abajo lentos, invariables, y durante la segunda mitad de la escalera acarició con su lástima a la pobre chiquilina flaca que lo seguía como hubiera seguido a cualquiera que le hubieran indicado, sola en la ciudad, huyendo también, como todos, a la muerte. Abrió la puerta del cuarto y esperó a que los pasos lo alcanzaran, sin volverse tampoco ahora, alargando la mano para encender la luz, buscando que no se rozara con su brazo al entrar, y luego avanzó a grandes pasos, miró de reojo su aire desvalido.

—Siéntese, sentate donde quieras —dijo.

La chiquilina no se movió enseguida, miró alrededor —las manos profundamente metidas en los bolsillos cuadrados, la barbilla levantada—, miró los muebles y las paredes, siempre con la preocupación marcándole el entrecejo, y finalmente se sentó en una silla cerca de la mesa, colocada en dirección a la puerta del cuarto de baño, juntando las rodillas y encogiendo los hombros. Él anduvo un momento sin decidirse, restregándose las manos de un inexistente frío, odiándola, deseando sacarla de allí como si fuera una espina metida en su cuerpo. Se volvió enfrentándola:

—¿Usted tiene documentos?

—¿Cómo, documentos?

—Documentos. De la policía, por ejemplo, cualquier cosa de esas, carnets...

—No, aquí no tengo. Tenía pero no tengo.

—Está bien. ¿Y cómo sé que sos hija de Barcala?

—¿Cómo sabe? —Entreabrió la boca, desconcertada, acentuando el pliegue de las cejas—. En la carta de Alberto...

—¡Ah!, sí, Luque. No deja de ser...

Ella no se parecía en nada al padre, ningún recuerdo de la nariz de Barcala, curva, aguzada, en esta naricilla de cachorro, ningún rastro de las flojas miradas, en estos ojos atentos que vigilaban sin inquietud sus gestos. Se quitó el saco y la corbata, recogiendo las mangas de la camisa, lento y caviloso, de pie ante la chiquilla.

—¿Desde cuándo estabas con Luque?

—Primero estuve en casa de unos amigos. Después estuve con Alberto, con Luque, hace una semana.

—Una semana.

Era raro que Barcala hubiese dejado la niña a Luque, borracho, siempre con mujeres, emborrachándose, enredado con mujeres y peleando con ellas, capaz de cualquier bajeza. «Cosa rara, también esta de encontrarme con la chiquilina, y que me la manden menos de una hora después de haber llamado a Morasán por teléfono. Hice lo que tenía que hacer, pero mi tarea, esa de matar a Barcala, se ejecutó en un plano, era perfectamente lógica y justa en un plano inexistente para ella. Qué tiene que ver ella con el mundo de los adultos. Nunca podría comprenderlo, además, porque era su padre. Ahora corresponde que yo me case con ella, en el perfecto folletín, si ella tuviera unos años más, y éste fuera nuestro secreto. Magnífico. Entretanto, aquí en mi cuarto, fuera de broma, tengo los ojos de la chiquilina mirándome, deseando saber qué voy a hacer con ella (no le toqué la mejilla, no le dije nada amable) y endurecida en su orgullo para no preguntarlo; aquí hay aire de familia con el padre».

—Un momento —le dijo, y miró la cara inmóvil de la criatura antes de darle la espalda y pasar al cuarto de baño, sabiendo que ella seguía el desplazamiento de su espalda hasta que la puerta se cerró. Entonces ella, lentamente, como si quedara todavía alguien en el cuarto para quien había que disimular, fue descansando los músculos y poco a poco su cuerpo perdió la rigidez sobre la silla y hasta cerró los ojos cayendo enseguida en el cansancio poblado de zumbidos, escuchando el lejano ruido de agua en el

lavatorio, el ruido de las manos agitando el agua, el resoplido del hombre que se limpiaba la nariz en el lavatorio.

Indagó en su cuerpo para saber si estaba enferma de hambre o si seguía enferma de asco por el vino que le hiciera tomar Alberto para reconciliarse, luego de haber golpeado a la mujer del lunar delante de ella.

Cuando ella despertó en la ancha cama y se arrastró hasta tocar la pared y ver allí cómo Alberto se había puesto furioso y se metía los dedos en el cuello y golpeaba a la mujer y la mujer caía desde la mesa hasta el suelo, hasta ser la forma chata y sonora en el suelo, sobre el charco de agua y las manchas amarillas de las flores, el florero de cristal. La mujer tenía un lunar junto a la boca y Alberto la había echado afuera, tirándole el saco, la cartera y el sombrero, sin decirle ahora una palabra después de haberle gritado todo lo que había querido.

Cerró la puerta, sacudiendo la cabeza despeinada, volviendo a meter las puntas de los dedos entre el cuello de la camisa y la piel, mientras hacía una mueca mostrando los dientes. Entonces ella, siempre recostada con las nalgas a la pared, había entornado los ojos como si durmiera y pudo ver cómo Alberto se acercaba a espiarla haciéndole oler su aliento con vino y después la acariciaba dándole golpecitos en el hombro, y había vuelto a sentarse en la mesa para tomar otro vaso de vino de una botella que tuvo que abrir, demorando mucho, con una servilleta, para no hacer ruido porque creía que ella estaba dormida. Y después de estar un rato con la frente en las manos (mientras ella pensaba: desde que estoy aquí en todas partes a donde voy la gente se emborracha y nadie está contento, nadie quiere a nadie), se levantó y fue derecho hasta la cama y la sacudió despacio hasta que ella no pudo hacerle creer que estaba durmiendo y tuvo que levantar la cabeza asustada. Cuando vio claramente la cara de Alberto, los ojos, se puso a temblar, se sentía ya enferma y hubiera llorado a gritos. Pero Alberto la acarició y estuvo diciendo cosas que ni él mismo entendía y luego, casi llorando, le llenó un vaso (no el que había usado la mujer, sino otro que fue a buscar afuera) y le pidió que tomara para acompañarlo y con miedo y lástima ella tomó ese vaso y otros más y estuvo escuchándolo y le acarició el pelo cuando él le hablaba, con palabras entreveradas, de sí mismo y de la vida y la pureza. Así, hasta que Alberto quedó dormido sin desvestirse y el

miedo a todo el mundo, el miedo a saber, la tuvo despierta hasta la mañana oyéndolo roncar.

XIII

—¿Querés tomar alguna cosa? —preguntó Ossorio, Santana para la chica.

Ella dijo que no; entonces el hombre movió la mesa y un poco la cama, y levantó la alfombra sosteniéndola doblada con el pie y estuvo mirando papeles de colores que estaban rodeados de polvo abajo de la alfombra.

Ella pensaba «estoy aquí, estoy aquí», sin lograr entenderlo del todo, mirando la frescura del mármol en el cuarto de baño donde entró el hombre luego de haber recogido los papeles y estirado la alfombra que pisoteó varias veces, dejando los papeles sobre la mesa mientras ponía la mesa y la silla en el mismo lugar en que habían estado.

«Estoy aquí, sentada, estoy aquí, en la casa de Santana», pensaba mientras veía la luz del fósforo y de la fogata que el hombre había hecho, luciendo con alegría en las paredes del cuarto de baño, metida la llama rojiza en el brillo de las baldosas como la quieta quemazón en un ópalo, y el humo blanco y el olor a incendio entraban con rapidez su toque de alarma en la habitación. Hasta que el hombre cerró sin ruido la puerta —sobre el ruido del agua que caía del tanque.

El hombre salió del cuarto de baño y volvió a ponerse el saco y quedó un momento quieto y pálido, inmóvil la cabeza en dirección al techo, y enseguida fue rápidamente hasta un costado de la ventana, levantó cuidadoso una punta de la cortina y estuvo removiéndola la cara, estirando el cuello para mirar para afuera, vino cruzando en puntas de pie a su lado y se volvió para acariciarle la cabeza y la mejilla —tenía las manos muy calientes por haber hecho la fogata— y le dijo:

—No estés llorando —y recién entonces ella se dio cuenta que tenía la cara mojada pero no había hecho ruido mientras lloraba.

El hombre estaba ahora a sus espaldas y cuando ella se dio vuelta limpiándose la nariz con la manga lo vio escuchar apoyado en la puerta, lo vio encogerse y luego venir estirándose hasta ella y tocarla nuevamente y no sacar la mano caliente de su cabeza mientras hablaba:

—No tengas miedo. Sacate los zapatos y el gorrito, y metete en la cama.

Le iba dando la ropa al hombre y éste la desparramaba en el dormitorio, y cuando estuvo acostada el hombre arrugó las cobijas y le preguntó cómo se llamaba.

—Victoria Barcala —dijo ella.

—Estate quieta y no tengas miedo —dijo el hombre, y se sentó con un libro poniéndose una pipa apagada en la boca y estiró las piernas hasta poner los zapatos arriba de la mesa.

Entonces empezaron a conversar abajo y a golpear despacio las puertas como si alguno viniera acercándose, atravesando muchos cuartos con puertas que iba cerrando y abriendo, y otros subían la escalera, se detenían y otra vez subían hablando en voz baja. Golpearon allí en la puerta de la pieza, primero una vez y casi enseguida tres veces, con fuerza, y ella aprovechó —mientras oía el ruido que hacía el hombre con la silla para levantarse e ir a ver quién estaba llamando— para cubrirse la cabeza con la sábana que tenía un olor limpio y suave sacando luego la cabeza del calor para oír las voces que ya estaban adentro del cuarto y ver cómo el hombre, Santana, caminaba retrocediendo de espaldas y dos hombres con impermeable y sombrero entraban al cuarto y atrás de todos, apenas un paso hacia adentro de la habitación, estaba mirándola la mujer que se sentaba en el taburete atrás del mostrador, mirándola con la misma fría curiosidad de antes en el hall, con una sonrisa de contenida desconfianza, con un malévolo triunfo en los ojos ardientes.

—¿Tiene documentos? —preguntó también uno de los hombres, el más viejo, mientras el otro caminaba por el cuarto con lentitud. Santana metió la mano en el bolsillo del saco y pasó una libreta al hombre viejo, que la estuvo mirando sin decir nada (el otro andaba paseándose cerca de las paredes y se detuvo después a mirar por la ventana), luego el hombre viejo miró la cara de Santana y preguntó:

—¿Cuánto hace que tiene el sello?

—¿En el documento? —dijo Santana—. Más o menos un mes, mes y medio. Pero he ido todos los lunes, ando por todas partes y si todavía lo tengo...

—Está enterado —dijo el hombre.

—En estos tiempos no hay más remedio.

Santana sonreía con dulzura, chupando la pipa sin fuego, luego se metió la pipa en el bolsillo y guardó también el documento que le devolvía el otro.

—¿Quién es la chica? —preguntó el hombre viejo, mientras el otro regresaba desde la ventana, se apoyaba en la perilla de los pies de la cama y la miraba sin hacer un gesto. Ella separó los ojos del hombre y por encima del doblez de la sábana miró a la mujer parada cerca de la puerta que devolvía su mirada con otra de asco (tenía las mejillas rojas y el labio le temblaba descubriendo la humedad de los dientes) y cruzó los brazos atrás del cuerpo retrocediendo hasta apoyarse en el ropero, atenta a Santana y al hombre viejo.

—Es mi hija —dijo Santana, y se volvió a mirarla mientras metía la mano en el bolsillo en que acababa de guardar la pipa y quedaba sin la alegría y la juventud que había tenido en la cara al salir de lavarse en el cuarto de baño—. Está con un poco de fiebre, siempre tiene alguna cosa.

Nadie se daba cuenta de la tristeza con que Santana la estaba mirando, pero ella no quería que estuviera triste y le sonrió un poco y tosió y dejó de mirar a todos, subiendo un poco las cobijas.

—¿Tiene documentos? —preguntó la voz del hombre más viejo.

—No —dijo Santana.

—No puede estar sin documentos.

—Como es una criatura.

—No importa, tiene que tener documentos. Usted está muy enterado de otras cosas y no sabe esto. No puede haber nadie sin documentos. Pronto van a tener que usar documentos hasta los perros.

—No me va a extrañar —dijo Santana.

—Hay muchas cosas que va a ser mejor que no le extrañen —dijo la voz del hombre joven, y ella sintió cómo sacudía la cama al separarse, sintió lo que había de amenaza en la voz y esperó alguna cosa que parecía que la voz iba a decir enseguida.

—Mañana tiene que tener documentos la chiquilina —dijo el hombre viejo.

—Bueno —dijo Ossorio—. Si mañana está mejor...

—Aunque no esté mejor —dijo el joven con la misma voz que parecía temblar de rabia.

—Entonces aunque no esté mejor —dijo Ossorio, y ella lo oyó caminar y enseguida el leve empujón en la mesa donde acababa de apoyarse.

—¿Quién más hay? —dijo la voz del hombre viejo.

—Una mujer al lado —dijo la voz de la mujer, indecisa, como si mintiera, como si no pensara en aquello—. Una señora extranjera. Tiene los documentos, aquí no hay nadie sin documentos. Pero ahora no está, siempre vuelve muy tarde, pero si quieren entrar puedo abrirles.

En la cama, con las orejas rodeadas de calor oyó los pasos y antes del portazo una voz que no supo si era del joven o del viejo que decía:

—Buenas.

No oyó que Santana contestara; levantó la cabeza sacudiéndola y lo vio volver a sentarse junto a la mesa con el libro en las manos mientras los pasos salían al corredor y empezaba a dar vueltas un cuchicheo, uno de los hombres tosía y sonaban llaves —en el silencio ella estaba mirando el perfil de Santana frente al libro—, volvían a andar los pasos en la pieza vecina y se oía furiosa otra voz de mujer hablando en una lengua que ella no conocía, la voz tranquila de la patrona, el pesado andar de los hombres y ruido de cajones y puertas que se abrían, un prolongado ruido de mueble arrastrado. Santana dejó el libro y fue a pasar llave a la puerta y después, con largos pasos silenciosos, volvió al cuarto de baño y salió enseguida del chirrido de la banderola, cerró y volvió a sentarse con el libro y desde la silla le sonrió, esperó a que ella le sonriera y se puso a mirar el libro.

Sonaron en el corredor pasos de hombre y mujer y un interminable rezongo que iba bajando la escalera, zumbando como un insecto que da vueltas y se aleja en verano, de noche, chocando y silenciándose contra las paredes, para despegarse enseguida y zumbar otro poco dibujando una *s* invisible en la oscuridad, mientras continuaban paseándose en la habitación de al lado, golpeaban los cajones y la voz de la patrona repetía el mismo sonido incomprensible. Ella veía que Santana no estaba leyendo aunque

sostuviese el libro en el aire frente a la cara. Otra vez pasaron por el corredor un hombre y una mujer y la voz de la patrona diciendo:

—Yo no sabía que estaba, no la vi llegar, no sabía que estaba, debe haber entrado cuando estaba comiendo, ¿cómo podía saber que estaba en el cuarto y por qué no le iba a decir?

Fueron bajando la escalera pero el hombre frente al libro no se movió, y como ella estaba segura de que no leía, preguntó si tenía que levantarse, pero el hombre, Santana, no le contestó nada. Entonces oyeron unas frases allá abajo, contra el vacío de la calle desierta y el ruido grave de la puerta de la calle al cerrarse y el de un automóvil que saltaba y luego arrancaba tocando la bocina en la bocacalle. Ella volvió a preguntar si podía levantarse y entonces lentamente el hombre vino hasta la cama trayendo un dedo metido entre las páginas del libro y la miró sin sonreírle, la boca torcida por la pipa, y se apartó con un paso de costado para que la sombra de su propio cuerpo no cayera sobre la cabeza de ella en la almohada.

Cuando la luz volvió a iluminarla, haciéndole entornar un poco los ojos, el hombre inclinó su cabeza para mirarla sin hablar, sin hacer un movimiento con la cara; ella aguantó la mirada del hombre un rato hasta que empezó a fastidiarse y tener miedo y pensó en Alberto y la mujer. Pero mientras el hombre seguía mirándola —como aislado en el silencio de la casa y de la calle, atento y solitario— ella pudo recordarse un momento trepada en el limonero, pudo ver el muro del vecino cubierto de musgo y manchas, ver su pollera clara enganchada por una rama; y bajo la atención extraña del hombre de pie junto a la cama se vio luego cruzando la ciudad en el imperial de un ómnibus, sentada junto a una señora vieja que le hablaba señalando con el dedo enguantado las cosas que iban pasando por la calle y preguntándole si no sentía frío, y acariciándose a escondidas las cintas del sombrero verde que llevaba puesto. Enseguida que el ómnibus pasó al lado de una plaza enorme, dobló en la esquina y entró inclinándose en la calle ancha donde estaba la vidriera con el fuego de cocina, el hombre dejó el libro sobre la cama y extendió una mano para acariciarle la cabeza.

—Para qué te vas a levantar —dijo Santana sentándose en la cama—. Es mejor que duermas. Ahora yo voy a salir un rato pero vuelvo enseguida, no va a entrar nadie aquí.

—Por qué —empezó a decir ella.

—Vengo enseguida —dijo el hombre.

Ya no tenía miedo y aunque no se viera en el ómnibus ni en el limonero no tenía ganas de llorar; tampoco iba a dormir porque había dormido toda la tarde, pero sin esfuerzo volvía a verse —ahora sentada en una confitería tomando chocolate que se llamaba Doñadora— y cerró los ojos sin decir nada al hombre, esperando no darse cuenta si él se iba.

Ossorio miraba la cara de la niña, movía los ojos sobre las luces del pelo en la almohada, medía la distancia entre los ojos, la socavada separación de la nariz y la boca, la inmóvil impensada expresión de orgullo, pureza y cálido desdén de la cara de la niña, la amortiguada luz del ensueño y la insobornable justicia que descendía por las mejillas desde la raya de sombra de las pestañas. «Algún día tendrá un hombre, mentiras, hijos, cansancio. Esa boca».

La miraba como si quisiera verse a sí mismo, su infancia, lo que había sido, lo que estaba aplastado y cegado en él, la pérdida pureza inicial, lo que había abandonado sin realizar. La miraba como amándose a sí mismo, con admiración supersticiosa por la corta pureza del rostro humano, con lástima por la inevitable suciedad que debía atravesar e incorporarse.

«Yo que le maté al padre en acción de guerra; sólo eso. Yo que estoy en este otro lado en que se puede palpar la vida, en que es posible (tan distinto al vapor de impotencia en que ella está aún encerrada y protegida) mover y combinar piezas con las manos, hacer cosas, influir en la gente y por ejemplo matar. Pero el que puede tocar la vida, puede recién cuando ha perdido la coraza de niebla que no lo deja palpar, y sólo dentro de esa coraza se puede comprender el sentido de las cosas, se está mezclando el aliento con el aliento de la revelación de las cosas y de los seres; ¿qué puedo saber yo de la escena de cuando entraron los hombres y la patrona se paró en la puerta, qué puedo saber aparte del aprendido significado concreto del peligro, qué puedo saber de los fantasmas de terror, los signos y el aura que segregaba el momento para ella que tiene aún la clave, aunque no le sirva para obtener y dar a la gente? ¿Qué puedo saber del subterráneo de terror cavado instantáneamente por ella, sin tarea y sin tiempo y sin propósito, en el terror que yo veía y escuchaba y pensaba hace un rato

dentro de la habitación? Todo eso que inevitablemente va a perder, no un día, no si le digo de repente que le maté al padre, sino que lo va a perder día a día, por el solo hecho de vivir, por sólo esto que yo digo vivir y que ella no podría nombrar, que ella diría con sólo abrir los ojos, o sonreír, o con sólo esto de estar aquí dormida, abajo de mi cara que no contiene ni da ya nada más que palabras, por nada más que porque el tiempo pasa y hay en ella células trabajando y será extraída, arrancada sin necesidad de violencia, por la simple inevitable realización de algo que se efectúa impensadamente, sin adjetivos, a esta candorosa animalidad inteligente donde está encajada y alimenta sus raíces y apaga de rabia al pasar al lado de uno, imposible y ajena y sin embargo de uno, fue nuestra como un hijo que en la distancia y en el tiempo acostumbraron a desconocernos. Pavada para una infancia difunta, deformada, sucia, tibia; pavada para la muerte de un ímpetu, de una serenidad, para la muerte de vivir, nada más que por vivir, porque la detención es imposible y la idea de detención más repugnante aún que el exterminio de la pureza; pavada para la muerte de la niebla en tu pupila, el fantasma que cae con el fin de la noche, el alba de la inexcusable, la tranquila sabiduría, los ojos que vieron, que comparan y recuerdan, los ojos que miran la mirada que están dando».

Ella despertó apenas sonaron los dedos en la puerta y avanzó hacia Ossorio los labios separados, la ahuecada negrura de la boca con los extremos humedecidos.

—Quieta —dijo él—. No es nada, quieta.

Se levantó con trabajo de la cama y fue a abrir metiendo sus pasos en el silencio donde golpeteaba un desconocido reloj. «Toda esta noche de puertas y escaleras, abriré puertas. El infierno, prolongación sin fin, indefinida, infinita, del último, los últimos momentos del tipo en la tierra». La patrona entró sin mirarlo hasta el centro de la habitación, hasta pararse sobre la alfombra chocolate y mirar desde allí —estaba como sobre una altura— a la niña en la cama que ya no pudo separar los ojos de la incomprensible sonrisa, de lo que no podía comprenderse en aquella sonrisa y estaba abajo y era más fuerte que el odio y el desdén, la atención que iba amoldando rápidamente cuanto recogía —con el júbilo de haber acertado— a una antigua sospecha.

—No pasó nada —dijo la mujer cruzando las manos en la espalda—. Ésta de al lado se había metido en el cuarto sin que yo me diera cuenta. Con este trabajo no hay más remedio que meter en casa a gentes que uno ni saludaría. Estaba encerrada, vestida hasta con sombrero y sin luz en el cuarto. Parece que la conocían. Vaya una a convencer a éstos de que no conozco a la mujer y que no sabía que estaba. —Puso los brillantes ojos sobre la ropa de la niña en el sillón. «Piensa que está desnuda, le está chorreando de los ojos que piensa: “Está desnuda”», pensó Ossorio—. Se la llevaron.

—Bueno, es molesto —dijo Ossorio con lentitud—. Pero usted no tiene por qué preocuparse, usted puede probar...

Se interrumpió para mirar el brillo de la contenida excitación en la cara redonda de la mujer, en el movimiento de los párpados que caían con violencia para levantarse de inmediato con contenida y gozosa energía, descubriendo los globulosos ojos hacia los de la niña en la cama, hacia el montón de ropa en el sillón, hacia los bordes de los pantalones hasta las rodilleras para volver a dirigirse al rostro resentido de la niña, las ropas en desorden y la desnuda pared.

—¿Qué tiene que ver usted con lo que hagan los pensionistas? —dijo Ossorio—. Mientras paguen la cuenta. —«Porque yo le pagué por adelantado», pensó.

—Claro —dijo la mujer—. Si tienen los documentos... La francesa tenía los documentos y si llegaba tarde de noche...

Se volvió hacia él e hizo una tranquila sonrisa, una calma blancura por encima de sus pensamientos, casi amorosa.

—Sí —dijo Ossorio.

—Claro —repitió ella, recogiendo la sonrisa, cruzando los brazos sobre el pecho, bajo los salientes pechos—. Nunca me he metido en nada. Pero esto no —empujó el mentón y los ojos hacia la cama—. No me gustan las porquerías.

—No entiendo —dijo Ossorio.

—Usted me entiende. No es su hija.

—¿Quién le dijo?

—Vamos —dijo la patrona moviendo los hombros—. No es su hija. No me gustan las porquerías. —Miraba la cama con el brillo untuoso de los ojos, separó un brazo del tendón del cuello; hizo una rápida risa—: Y siempre; pero en este tiempo más. Las cosas que yo sé no las sabe nadie.

—Usted está loca —dijo Ossorio.

Ella levantó una mano forzando los labios en un gesto de repugnancia:

—No es su hija —dijo, sacudiendo la cabeza—. No es su hija. Además usted... —bruscamente lo miró con ojos fríos y su cara se endureció— arrégleselas como pueda. Váyase enseguida. Usted no se llama Santana. Usted me entiende. Van a volver por los papeles de la francesa y revisar. Váyase antes y no pasa nada.

Volvió a mirar con ardor la cabeza de la niña en la cama y se apartó, caminando hasta quedar al lado de Ossorio, hombro con hombro, sin mirarlo, la cabeza inclinada; él veía el grueso nudo de pelo descansar cubriendo la nuca.

—Van a encontrar cualquier sitio donde meterse, yo no quiero complicaciones; váyanse enseguida.

Entre la helada furia percibía el calor con que la mujer envolvía el plural, envolviendo con deleite en la palabra a él y la niña.

—Bueno —dijo.

La mujer salió y cerró la puerta a sus espaldas. Ossorio, sin moverse, sin doblar la cabeza para hurgar en la expresión de la chica en la cama, chupando el aire a través del caño de la pipa, escuchó el tranquilo ruido de los pasos en la escalera, el clic de la llave de la luz, el blando choque de una puerta cerrada allá abajo.

No quería mirarla, terminó de vestirse, se puso la corbata sin mirarla y frente al espejo, sin volverse, le dijo:

—Tenemos que irnos, tenés que vestirme.

Ya tenía la corbata hecha pero no quería estar esperando que ella se vistiera sin hacer nada, no quería pensar, y volvió al cuarto de baño para traer el peine —ya no había olor a quemazón— y peinarse frente al espejo, mientras pensaba, no en la muchachita cuyos movimientos hacían vibrar el colchón de la cama, sino en lo que tendría que llevarse, y en lo que necesariamente habría de abandonar, ya que sacudió la cabeza frente al

espejo para rechazar la idea de salir con una valija. «Si llego al barco qué más da que llegue desnudo, y si no llego qué más da». Se despeinó echándose todo el pelo sobre los ojos y volvió a peinarse con cuidado, nervioso porque ella todavía se estaba moviendo para vestirse sin prisa, como si no supiera, como si todo no le estuviera diciendo que si los hombres volvían a revisar y la patrona decía sonriendo: «No se llama Santana; tampoco ella es la hija», la noche se iba a interrumpir de inmediato para él y el fin de la noche no iba a gustarle a ella, podía estar segura. Se detuvo escuchando la calle, mirando su atención en el espejo mientras seguía con el oído el ruido del automóvil que acababa de doblar, detenerse, hacer roncar larga y apagada la bocina como una respiración asmática, allá abajo, con los dientes del peine clavados en la raya que había estado dibujando. Hasta que el motor del coche volvió a bufar y se fue alejando; entonces dejó caer con calculado movimiento circular la mano que sostenía el peine y quedó mirando su cara, buscando verla tal como se había inclinado un momento antes sobre la niña, que dormía o estaba simplemente quieta, con los ojos cerrados y el rostro en paz. Observando su cara como la de otra persona, viendo sin desánimo y sin entusiasmo los rasgos aún no gastados, apenas opacos por la fatiga, las arrugas a los lados de la boca que recién estaban insinuándose, los ojos siempre rectos y sin expresión en el espejo, la cara de un hombre cualquiera, no feliz, no particularmente desgraciado, un hombre; sintiendo alguna distraída lástima por el hombre en el espejo, por un vago sueño que imaginaba el hombre había mantenido, por los intocables recuerdos que el hombre gustara contemplar alguna vez, y le sonrió moviendo amistoso la cabeza y terminó rápidamente de peinarse porque la chica estaba ya vestida —vio la punta horadada del sombrero de lana sobre el libro abierto en la mesa— y porque midió con espanto el tiempo que se había deslizado bajo sus zapatos y sobre la cara en la luz invariable del espejo. Abrió el ropero grande para ver lo que se dejaba pero lo cerró enseguida y no trató de saber qué había en el ropero chico, ni en la cómoda ni en el cuarto de baño.

—Esperame en la puerta, que voy a apagar —dijo.

Y esperó que la niña llegara a la puerta y levantara la mano hacia el pestillo para apagar la luz, sujetó nuevamente la pistola en el saco y avanzó

con los ojos cerrados hasta llegar a donde estaba ella sosteniendo la puerta abierta, le puso la mano en el hombro y como la patrona había apagado todas las luces bajó la escalera despacio, guiando a la niña con la mano apoyada siempre levemente en la tela espesa y abrigada que le cubría el hombro.

XIV

Sentado en el volante, Morasán tiró hacia afuera el cigarrillo apenas chupado, encendió la radio del automóvil y miró, inclinándose, la luz sonrosada en el dial, giró la perilla buscando la onda del Ministerio y escuchó ronquidos, toses y lamentos, moviéndose como burbujas en la superficie de un atroz silencio de mutilación. Insistió, escuchando por abajo de los lamentos y entre ellos, queriendo meter su facultad de oír como una cucharilla que levantara confusos ruidos para saber algo que estuviera diciéndose más abajo, para él, útil para él y todo aquello que lo arrastraba.

—Ta cortada desde hoy —dijo el hombre a su lado, acomodado en la sombra del automóvil, la cara a medias asomada por la ventanilla, sobre el pasto y el agua sucia, invisibles, en la cuneta, en la frescura móvil de la noche.

Morasán encontró más adelante las últimas palabras del locutor:

—... nuestra audición de bailables.

Y suavizó la radio sobre el foxtrot que se iniciaba, incorporándose con un soplido, volviendo a acomodarse en el asiento, abrigando con el cucurucho de los dedos verticales el revólver abandonado junto a su pierna izquierda.

—Demora —dijo el hombre—. Si no les da como el loco que esperaba que saliera el sol mientras iba sin orden del juez.

Esperó que Morasán dijera algo y enseguida se puso a reír despacio, haciendo ruidos con la lengua.

Era abajo de una luz velada que apenas mostraba la confusa trabazón de las formas, también confusas, en movimiento, que avanzaba la música, encerrada, segura de sus pasos y su tiempo, tan sin preocupaciones, tan ignorante de la lluvia y el estrépito de las calles, defendida de la intemperie

—el codicioso viento que puede trastornar todo— y la multitud, las cargas individuales de rencor y venganza que pueden ser impulsadas en cualquier momento y desde cualquier emboscado punto de una trabajada rosa de los vientos, por cualquiera y contra todo y, a veces también, sin propósito, por error o aburrimiento o porque ya no dan las fuerzas para seguir aguantando el maloliente odio en las espaldas. Él, Morasán, podía verse, estar dentro de su propio cuerpo cuando su propio cuerpo estaba envuelto en una camiseta amarillenta, metido en una cama en una pieza de la pensión de Rita, y tomaba lentamente de un gran vaso, sintiendo cómo se le iban endureciendo los ojos, oyendo lejana la tranquila música que nadie iba a turbar, ni las risas de las muchachas ni las voces de los hombres ni el fatigoso arrastrar de zapatos, bailando; la comfortable música que voces, risas y el arrastrar de los zapatos contribuían a cuidar, a rodearla de una mullida, espesa capa de algodón, protegiendo su calor y su intimidad de las indiscreciones del mundo.

De pronto oyó las detonaciones, cinco, una, seis y siete, un racimo, el silencio, ya no negro, iluminado por una larga nube blanca de bordes quebrados, rojizos. Ahora sólo la voz del hombre a su lado:

—Bueno, empezó el baile. ¿Se fijó que adentro hay ametralladora? Para mí que no está solo.

Oía el silbato con su tono de pequeña desesperación y se aferraba a pensar «No puede ser una emboscada, no podían calcular si íbamos a venir con un batallón», mientras dejaba de escuchar la música y se tendía para sentir la noche monstruosa que empezaba a partir de su hombro, más allá de la sombra retinta y húmeda de la cuneta, aquella noche de incalculable lejanía donde estaban sonando los tiros, el silbato en crisis de miedo, donde una poderosa voz repetía una nota grave contra las largas astillas de una puerta hendida, la oscuridad fría, liberadora, rugiente al atravesar las verticales fisuras escapaba para venir a tocar como un dedo su mejilla, mientras estallaba nuevamente la dureza de las explosiones, a ras de tierra, junto a los cortos tallos ignorados, como un reguero, una invasión, una fuga de ratatat con cuerpos serpenteantes encima del barro, bajo la hojarasca, bajo el cielo y la fruta de los árboles, encima del antiguo perfume de las lluvias.

El hombre estiró la mano y apagó la radio.

Ahora sonaba otra vez el silbato dentro de una noche de perfecta oscuridad, desapareció en el compacto silencio —mientras él jadeaba en la tregua, la cabeza afuera, tratando de que el otro no se enterara. Desde una altura invisible empezó a bajar un camión trepidando, con una lentitud que no podía casarse con la alarma, con los ecos de la alarma desflecados en la sombra.

—Bueno, se acabó —dijo el hombre.

Morasán recogió el revólver del asiento y lo guardó en el bolsillo mientras saltaba afuera; velozmente el otro había dado la vuelta al automóvil y estaba a su lado, subiéndose las solapas del abrigo. Cerró con un portazo y empezaron a caminar, trepando, resbalando a veces en la tierra humedecida, el hombre adelante, inclinado, iluminando el suelo con el vaivén de la linterna de pilas, muy débil, dirigiendo la luz a sus propios pantalones y zapatos para que Morasán pudiera seguirlo, entrar y avanzar en la picada que iba abriendo en la intrincada sombra, en los perfumes de las plantas, en el aire que saltaba sobre sus cabezas, de árbol a árbol, en los ruidos crepitantes de la noche, mientras el silencio temeroso se agravaba en el punto lejano hacia donde se dirigían, invisible, perdido, inalcanzable aún.

—Ojo que aquí hay alambrado —dijo el otro delante—. Después todo sigue vereda, a la derecha.

Lo vio agacharse, aplastando la redonda luz contra el suelo barroso, juntar los zapatonos enfangados; manoteó el alambre y pasó, torció siguiendo la luz y oyó enseguida golpear los zapatos sobre un piso duro, vio la pared de ladrillos con una reja, y en mitad de la cuadra la luz caída en la vereda y el pelotón de hombres ante la puerta. Avanzaba con las manos en los bolsillos, con una mezclada memoria de estar regresando de alguna prolongada ausencia, de años de destierro en la noche, la cabeza derecha, haciendo golpear los tacos todo cuanto fuera posible sobre la vereda. Encogió un hombro inclinando la cabeza para responder a los saludos y vio que Villar, con el sombrero metido hasta los ojos, las manos vacías restregándose a compás frente al estómago, daba un paso hacia él —estaba tocado de arriba a abajo por la luz que salía de la puerta derrumbada, pequeño primero en la luz, mucho más pequeño enseguida en la sombra que

pesaba encima de las cabezas con gorra y visera que lo estaban rodeando— y cabeceaba hacia adentro sin hablar.

—Bueno —dijo Morasán deteniéndose, continuando el balanceo de la marcha mediante una blanda oscilación a derecha e izquierda—. ¿Y qué tal?

—Nos hirió a uno. Hay dos muertos —dijo Villar.

—¿Era?

—Sí, seguro —volvió a cabecear hacia adentro—. Ahí está.

Entonces él estiró el labio sobre el bigote y sonrió apenas, sintiendo la juventud de su viejo odio, el irritante amor que la envolvía.

—Enseguida —dijo.

Dobló a la derecha y fue avanzando dentro de la intensa luz blanca del farol que colgaba encima de la balanza del mostrador, dentro del repugnante olor de la verdura y la suciedad y las explosiones, buscando en el suelo, queriendo no ser guiado, ir rectamente hasta tener bajo los ojos el cuerpo de Barcala, muerto, muerto boca arriba con la inolvidable cara intacta, muerto con la cara deshecha, muerto boca abajo contra las maderas del piso, muerto, los brazos en cruz, perniabierto, entregado y débil como una mujer.

—Está arriba —dijeron.

Pasó rozando con el hombro la ristra de cebollas en la pared y subió lentamente la escalera sin sacar las manos del bolsillo, sin descomponer la rigidez del cuerpo a medida que ascendía, flexionando las rodillas para pasar la baja puerta sin inclinar la frente, y vio los dos hombres que revisaban bajo el colchón y el ropero, vio el cuerpo de Barcala —estaba boca arriba, los brazos separados, con pantalones y camisa, la cabeza colocada en la sombra de abajo de la mesa, las piernas encogidas manteniendo altas las rodillas sucias de polvo— y dio los dos lentos pasos que necesitaba para quedar de pie junto al muerto y mirarle el pecho a medias desnudo, indagar sin apresuramiento en la oscuridad gris dónde había quedado reposando la cara, hasta distinguir las cuencas sombrías del otro, la nariz curva, los labios duros y brillosos como la madera, la larga frente que descendía sin violencia hasta la zona negra de sombra donde ya nada podía verse; entonces sacó las manos de los bolsillos y orinó casi sin esfuerzo a lo largo del cuerpo caído.

XV

Ossorio apagó el fósforo y sintió cómo la chica se apartaba un poco en la oscuridad del corredor, haciendo un sigiloso ruido de membrana fonográfica con la garganta, como antes o después del llanto; luego golpeó apenas la puerta y se acercó a ella escuchando. Pensaba en una interminable noche por la que andaba él con el trote desacompasado de la niña a su lado abriendo puertas, subiendo y bajando escaleras, llamando por teléfono, adhiriéndose, aplastándose en la sombra de los portales, entrando en la desamparada penumbra de los taxímetros, cansado y sucio, oliendo al moverse el olor a miedo de su sudor, sin esperanza de reposo, sin creer totalmente en que la noche tendría un fin, tratando de adivinar, imaginando sin lógica, repentinamente, cómo era el final de la noche, ya preparado desde siempre para él, inevitable, como el paisaje que aguarda en la boca de salida de un túnel.

Sintió la redondez del timbre bajo la palma de la mano, junto al marco frío de la puerta, y clavó el dedo. «Puede ser que cuando abran la puerta, cuando salga la luz del corredor, ella haya desaparecido y, aunque no me despierte totalmente del sueño, me habré despertado de este pedazo de sueño: ella con su silencio, los pesados párpados, mirándome». Tragó ruidosamente la saliva que estaba llenándole la boca mientras oía un ruido de vidrios y pasos que se acercaban adentro —un cuadrilátero de luz rodeaba la puerta— bruscamente interrumpidos.

—La divina impaciencia —dijo la voz de Farla escondida atrás de la puerta que acababa de abrirse. De cara a la luz, los brazos cruzados sobre el pecho, la niña no había desaparecido. La miró y entraron, lentos, deslumbrados, en la habitación vacía donde estaba puesta una mesa con botellas y platos con dulces, donde había un samovar brillante y rojizo, latas

de conservas y una cigarrera de madera, abierta y llena. Respiraban el perfume de cama y sueño.

Ossorio se quitó el sombrero mientras miraba el pelo color zanahoria de Farla, peinado, oscurecido en las partes más humedecidas, sobre las orejas y en lo alto de la cabeza, cubriendo como un redondo casco metálico el rostro grueso y enfurecido, donde los recortados bigotes mostraban la desnudez de la boca disgustada. Farla se acercó ajustándose los lentes de montura de oro, haciéndolos brillar alternativamente contra uno y otro; sonrió con un suspiro, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón a rayas que rodeaba tirante la pequeña barriga.

—Nada menos que Ossorio —dijo con una socavada voz de discurso—. Después de mil años, la más inoportuna de las visitas en horas inoportunas. No es cordial pero insisto en el término inoportunidad. ¿Y la señorita?

Ossorio sacudió la mano en el aire sin contestar y fue a sentarse en el diván, tirando el sombrero sobre una silla, mientras Farla acariciaba la alfombra con la suela del zapato y miraba con una sonriente mueca a la niña que retrocedió hasta tocar la mesa.

—No, nada —dijo Ossorio—. Nada de eso, nada de todo eso. No tenemos donde meternos a pasar la noche. Si pensás que vas a hablar en tono de estarse oyendo hablar en el café, si te ponés a hablar así quedo muerto aquí mismo. No puedo aguantar nada de esa clase de cosas. No tenemos ya donde meternos.

—Bueno —dijo Farla—. Vamos a ver qué tono te produce larga vida. Podés imaginar tonos y subtonos para escuchar cómo te digo que no pueden quedarse aquí. Espero gente. ¿Cómo van las cosas?

—Imaginate. Cuando tengo que venir.

—Sí, símbolo de la amistad —dijo riendo, y cruzó sobre la alfombra para reír francamente moviendo la cabeza y golpeando el muslo de Ossorio—. Pero no pueden quedarse. ¿Quién es la señorita?

—La hija de un amigo, no interesa.

—¿Cómo no interesa? Podía ser... sí: las hijas de los amigos de mis amigos son mis hijas también. —Entonces cruzó para tocarle a ella la cara con dos dedos, levantarle la cabeza empujando del mentón hasta que los ojos no tuvieron más remedio que coincidir con el brillo de los lentes—. Es

bonita. —Volvió al centro de la habitación y quedó sobre la alfombra, alzando y bajando el cuerpo, mientras los zapatos chillaban con pequeña alegría—. Formalmente, no pueden quedarse. Un trago de vino, un cigarrillo y buenas noches. Puedo darles una taza de té. Espero gente, cuando llamaste creí que había llegado.

—Historias. Nos metemos en cualquier parte, por lo menos puede haber un sitio para que duerma ella, yo me voy.

—Lamentablemente, no. Imposible —redondeó la boca, sacudiendo con lentitud la cabeza—. Espero a una persona y no tenemos más que ese diván para ella y su caballero. Suprimo detalles. No, no puede ser. Podrías haber avisado, aunque tampoco, aunque hubieras avisado no podría dar marcha atrás.

Ossorio se pasó las manos abiertas por los ojos y se levantó trabajosamente. «El cerdo hijo de perra tiene que refregarse con la otra mala bestia después de comer los dulces y dos deditos de vino, querida, para entibiar tu corazón. Sé que no voy a aguantar tenerlos toda la noche quietos con la pistola».

—Dos palabras —dijo—. Tiene que haber cualquier rincón donde hablar dos palabras.

—No, no hay. La señorita puede taparse los oídos. No hay más que el cuarto de baño.

—Vamos al cuarto de baño.

—Vamos al cuarto de baño —dijo Farla riendo, haciendo pasar bajo la lámpara los rojos del pelo, tocando nuevamente la cara de la niña con dos dedos—: Comé alguna cosita.

Ossorio entró antes en el cuarto de baño y miró el agua apenas enturbiada de la bañera, con su calor y su olor fuerte de colonia que daba ganas de suspirar, los estrechos límites de espuma que oscilaban como el agua de un lago tocada por el viento, como si sus pasos o su rostro inclinado sobre ella sirvieran para moverla apenas, moviéndose transparente y tan misteriosa si se pensaba con atención —bajo la luz que Farla encendió con un golpe hueco y seco, entornando la puerta—, tan incomprensible y enigmática como una enorme y profunda masa de agua encerrada y batiendo suavemente las paredes de mármol, verdosa como la de los

océanos. Suspiró mirando el tenue vapor que subía aún, oliendo la colonia derramada en abundancia.

—Parece raro —dijo Farla arreglándose el pañuelo del pecho frente al espejo, sobre el lavatorio— que me bañe y conserve el agua sin hacerla correr por el caño. Pero tiene su secreto. Todos tenemos y respetamos esta clase de ritos. Tratar de saber, de enterarse, me parece una despreciable falta de cortesía. Francamente, pensé que venías para estar solo con la señorita.

—Sí, porquerías... —dijo Ossorio; miró alrededor, bajó la tapa del watercloset y se sentó.

—No, no es una porquería. Es una porquería tener relaciones con una señorita tan joven, pero cuando lo pienso yo no es una porquería. Qué vamos a decir, todo está bien y no es asunto nuestro. Acaso el techo del cuarto de baño no deje ver la pupila que está mirando. Es asunto suyo, amén.

—Amén —dijo Ossorio estirando fatigado las piernas, poniéndose las manos en la cintura—. Pero tengo que quedarme, tengo que dejar aquí a la chica y si sucede que esto estropea tu noche de amor...

Farla avanzó un paso, riendo en silencio, tocándose la montura de los lentes con un dedo, alargó el dedo hacia abajo para señalarlo, moviéndolo como la aguja de un manómetro para seguir señalando la cabeza de Ossorio, que se balanceaba resbalando sobre la frescura de las baldosas.

—Soy tan inteligente —dijo; se limitaba ahora a sonreír melancólico—. ¡Ah!, cuando considero el tiempo que he perdido, lo que podría haber hecho. Pero en las actuales circunstancias me inclino a creer que es un poco tarde para pensar en eso. Y tal vez, siempre, querido Ossorio, tarde para pensar en cualquier cosa, abrumadoramente temprano para el pobre cerebro del hombre que no es más que un rudimento hinchado por el optimismo, para pensar en cualquier cosa. Cuando estaba mirándome al espejo y tú me mirabas el estado de limpieza en que había dejado el agua, pensé que estabas planeando ponerme un revólver en el pecho y decirme que te quedabas de cualquier modo. ¿Acerté?

Ossorio detuvo la cabeza frente al índice extendido.

—Es una teoría. En cualquier forma, te voy a presentar excusas.

—Eso es, claro, lo que yo decía. Ay, Ossorito, tú también, el tiempo que has perdido. Pero yo sigo diciendo que no, y voy a decir no frente al revólver o al Gran Berta que quieras emplazar. No.

—¿Cuándo es la cita?

—Esta noche.

—¿Qué horas?

—Falta, todavía. Unos quince minutos.

—¿Y hasta cuándo?

—Infinito. No, nada por ese lado. Dentro de quince minutos no estarán aquí ni tú ni la señorita.

—Entiendo —dijo Ossorio, y volvió a balancear la cabeza entornando los ojos—. Hay otro aspecto. Sucede que me siguen, que en cuanto me agarren estoy liquidado, que saben que ando con una chica, con esa chiquilla. Por lo tanto, pensalo, tengo que cortármela, separarla como un dedo mordido por una cascabel. Acomodala en cualquier rincón y que se duerma.

—No, para mí sería lo mismo. Pasaría a ser mi dedo mordido por una cascabel.

Ossorio desprendió el puño de la camisa, y desnudó el antebrazo; torciendo el cuerpo pudo meter la mano en el agua que comenzaba a enfriarse y moverla con violencia, haciendo una pequeña tormenta, olas que saltaban salpicando contra las paredes curvadas de la bañera. Se enjugó el brazo y la mano con el pañuelo y volvió a recostarse, moviendo la cabeza de derecha a izquierda, sobre una y otra pared, clavándola con fuerza en la juntura de las paredes, mirando con los ojos entornados la cara de Farla, que sonreía distraída.

—Sé quién eres —dijo Farla volviendo a elevar el cuerpo, separando los tacos del piso—. Es presumible que imagino en qué clase de cosas andás metido, quién te persigue y qué cosa te espera si te agarran. También, en cambio, es posible que sepas quién soy, que sepas cuántas veces podría haberte hecho cualquier servicio, no importan los riesgos. No te hice la menor pregunta, no comento el hecho de que me pueda suceder lo mismo por haberte tenido aquí. Nada de miedo. Pero ni tú ni la señorita pueden quedarse. Ni mi madre ni el espíritu santo. Lo demás no existe.

—¿Aparte de qué? —dijo Ossorio con voz calmada. «Entretanto estamos aquí».

—Pero si me agarran...

—Aparte de la mujer que va a venir esta noche.

—Nadie lo va a sentir como yo, alguna vez, si salgo de esto, si puedo sentir cualquier cosa aparte de esto. Pero no es posible.

—Se agradece —dijo Ossorio.

—Pero bueno, estamos perdiendo tiempo. La dejás en cualquier esquina, entrás en un café y buenas noches por la otra puerta, la ponés en un taxi y le das cualquier dirección al chófer. —Volvió a mirarse en el espejo para arreglarse la corbata y agregó aplastando el aliento sobre el cristal—: Aunque lo clásico se llama: «Esperame que voy a comprar cigarrillos».

—No —dijo Ossorio mirándolo, haciendo resonar la voz entre la blancura de las dos paredes que se unían bajo la nuca—. No puedo hacer eso.

—Absolutamente estúpido. Lo comprendo, me honro en comprenderlo. También lo que yo hago es absolutamente estúpido.

—Me conforta mucho —dijo Ossorio levantándose—. No sé por qué, pero no puedo meterte una bala en el estómago.

—La chica no se quedaría.

—Sí, no se quedaría. Pero hay otra cosa además de eso; no tiene importancia.

Farla encogió los hombros y volvió a sonreír, y mientras se abotonaba el saco la sonrisa iba perdiéndose como agua en la calle que seca un sol de verano.

—Pensaba cuando entramos que el que quiere conocer el corazón de las mujeres debe arreglárselas para escuchar lo que se dicen en el cuarto de baño, al final de las visitas, cuando la dueña de casa pregunta a la otra si se quiere arreglar antes de salir. Una cosa que en el fondo de mi corazón nunca podré perdonarles, esa coparticipación en las revelaciones y en las pequeñas necesidades. Pero aquí estoy, querido Ossorio. No que te mueras tú, que se venga abajo el mundo, que yo conozca detalladamente la muerte de cada uno. No me importa. Dentro de la atmósfera hay sólo esto: acostarme con esa mujer, esta noche. Después de todo, después de las frases sobre la

fraternidad humana no hay nada más que la manía personal de cada uno. A veces la manía coincide con los deseos de los demás y entonces aparece el hombre superior.

Ossorio alzó los hombros y pasó entre Farla y la bañera, oyendo a su espalda, un poco antes de que se apagara la luz del cuarto de baño y después que la luz estaba apagada —la luz había desaparecido con su clic en mitad de la frase:

—A mis años, cuando debería ser un poco menos yo cada día...

—Metete las excusas...

Fue hasta la mesa y miró alrededor, se volvió para mirar a Farla que entraba con la cabeza caída.

—¿Dónde? —dijo.

Farla alzó las manos luego de mirar en la habitación, la cruzó y abrió la puerta, asomándose al corredor. «Y está gordo, debe tener una hermosa, gelatinosa, movediza barriga blanca y la va a tocar antes con la barriga, y debe tener unas grandes nalgas de mujer y más adelante, cuando sean uno del otro, ella le dará palmaditas allí, y también algo de mujer tendrá él cuando está acostado, boca arriba, con la papada cubriéndole el cuello. Sólo en él, no voy a pensar en otra cosa, no voy a pensar en una niña Victoria Barcala de padres desconocidos porque nunca existió». Farla volvió cerrando sin ruido la puerta, avanzando rectamente hasta la mesa donde sirvió dos copas alzando demasiado la botella.

—Querido Ossorio —dijo Farla dándole una copa—. Dios te ha cortado con anestesia local el dedo de la víbora. La cascabel es serpiente. A veces sucede, a veces Dios se equivoca de dedo como en el cuento del dentista.

—Es que no tiene adonde ir. ¿Nos oía desde acá?

—No, no creo. No oía lo que decíamos. ¿Otra, la última copa?

—No.

—Pero oía que estábamos discutiendo. —Volvió a reírse sin hacer ruido, apoyado con una pierna en la mesa—. Estoy viejo, yo debería limitarme a pedirle al que mira con su pupila desde el techo, que me recibiera, o que me dejara aquí pero lejos de las ciudades, perdido en cualquier cosa vegetal —bebió de un trago, sacando la copa de su sonrisa, devolviéndola cuidadosa a

la mesa—. ¿Qué hay afuera, Ossorio? Bombas de dos mil kilos, tu muerte, mi muerte. —Miró el reloj pulsera—. Faltan pocos minutos. ¿La der de der?

—No —dijo Ossorio recogiendo el sombrero—. ¿Por qué te parece que se habrá ido?

—Uno ama todos sus dedos, el dedo sano, el dedo diestro, el dedo emponzoñado...

—Andá al diablo.

—A veces yo también lo pienso. Por mi parte tomaré la última del prólogo —se sirvió otra copa y la estuvo mirando con una sonrisa idiota—. Oía que estábamos discutiendo y que el motivo era ella. —Se tomó media copa, la dejó sobre la mesa y caminó hasta quedar frente a Ossorio, palmearle el hombro, yendo a sentarse en el diván, ancho, de cuero, con un grueso brazo curvado donde apoyó el codo—. Cuando estábamos en el cuarto de baño los dos nos dedicamos, subterráneamente, abajo de la conversación, a ganar tiempo.

Ossorio se volvió para mirarle la lenta sonrisa, mirarlo con el codo recostado en el diván, la mano pecosa colgante, las piernas separadas, los reflejos de luz sobre los ojos.

—Tú querías llegar al hecho consumado —dijo Farla, cabeceando hacia la alfombra—. Ustedes estaban metidos aquí y el tiempo pasaba. Yo soy más inteligente y especulaba con otra cosa. Yo había notado el aire de desprecio y el odio cerril de la señorita y esperaba, sin seguridad, claro, que se fuera. Complejo orgullo-pudor-desesperación. Yo gané, la señorita no está.

Ossorio caminó hasta la mesa y bebió la media copa que había dejado Farla.

—Bueno, lastimoso pensar que no nos veremos más —dijo desde allí.

—¿Quiénes? —preguntó Farla levantándose y viniendo hasta bajo la luz.

—Usted y yo. Habría para hablar en otro mundo.

—Sí, un mundo perdido, antiguo. Sucede. Es hora, querido.

—Sí, me voy. Algún lugar habrá para esconderme; así va a ser más fácil.

—Un momento. —Sacó una libreta del bolsillo y buscó en las páginas—. Apuntá. Una dirección.

—Me acuerdo.

—Uh, debés saberla de memoria. Mis conventillos en la calle Capac.

—Sí —dijo Ossorio poniéndose el sombrero.

—Bueno —se guardó la libreta—. Preguntás por Ganosky en la pieza seis. De parte mía. Hace tanto que no le cobro el alquiler que podés quedarte allí. Además, seguro, salgo fianza. Con decirle que vas de mi parte...

—Tengo necesidad de dormir; si no me duermo acabo loco.

—Perfecto. Es la hora. —Sonrió estirando la mano, observando la cara de Ossorio, aumentando la sonrisa mientras recogía la otra mano en la suya, la apretaba gradualmente, soltaba los músculos.

—Sí —dijo Ossorio—. ¿Por qué no podía haber ido yo allí con la chica?

—Nada. Es que recién se me ocurrió.

—Es una lástima.

—Sí, podían haber ido los dos.

—Me voy.

—Hasta siempre. Sí, en otro mundo podemos hablar mucho.

Ossorio salió al corredor mirando por última vez, mientras cerraba la puerta, la mesa con la cigarrera, las botellas y copas, el samovar que brillaba apagado rodeado de latas con peces y letras en las etiquetas, mirando después la puerta cerrada, pensando que si podía ver el brillo de la madera oscura y el timbre y la chapa de metal con el número era porque alguien había encendido la luz en el corredor.

Entró en el ascensor demorando en correr la puerta de hierro, estremeciéndose con el salto y la queja del motor al apretar el botón, recostándose en la pared de metal, desviando los ojos del espejo para no verse, para no mirar su cara que lo miraría, para no pensar en la pequeñez de la niña ni en el ancho de la ciudad recorrida por autos policiales, el terror, bajo el pesado cielo amenazante. Salió abajo, en la oscuridad ahora, y caminó sintiendo la densidad de la sombra que iba atravesando. «Y Farla estará esta noche en un tiempo que para mí terminó, en una noche de dos años antes, con la ruborosa mujercita que vino pero que dice tímidamente

que no, con la seguridad, entre copa y copa, cigarrillo y cigarrillo, frase y gesto, frase y gesto, que apoyará la frente sobre los senos encima del diván de cuero donde yo podría dormir a pierna suelta y levantarme un poquito antes de que amaneciera y separarme sin despertar a Victoria y darle un beso en la frente, dejándola, ya que nada definitivamente malo puede pasarle». Empuñó el pestillo, cerrado. Corrió los pasadores y abrió las dos hojas de la puerta de calle. «Ahora nomás tiene que llegar, o puede ser que no venga y entonces subo y le pido (media después) a Farla que me deje dormir un rato con él». Alguien, leve, venía caminando por el corredor; dejó de respirar el aire enfriado de la noche y se dio vuelta, quieto y recostado en la pared cuando la niña tocó suavemente el brazo y retiró la mano enseguida, cuando ella hundió las dos manos en los bolsillos del abrigo oscuro y desvió la cara para mirar la noche en la vereda de enfrente.

—¿Qué te pasó? —Le veía el perfil, la corta nariz, el ojo severo, aquella retorcida mitad de la boca que entraba fríamente en la mejilla.

—Ese hombre no me gusta.

—Se avisa.

Ella miró hacia abajo mientras rascaba el escalón de la puerta con un pie, mientras volvía a cruzar los brazos sobre el pecho.

—Ya sabía que usted iba a salir.

Ossorio miró los dos extremos de la cuadra y le apretó un hombro, aflojando enseguida los dedos, dejando caer con lentitud el brazo mientras volvía a mirar el perfil de la niña y pensaba rápidamente: «Victoria Barcala, Victoria Barcala».

—Entrá, escondete un poco ahí adentro —dijo.

Ella desapareció mientras los pasos se acercaban creciendo en la vereda y más oscura que la sombra venía caminando la mujer, baja, ancha de caderas, rozando la pared, poniendo luego frente a él, que le cerraba el paso, la cara pálida atrás del velo y el excesivo perfume.

—Buenas —dijo—. ¿Usted viene a ver al señor Farla, en el cuarto piso? —Ella no dijo nada, retrocediendo, afirmando con la cabeza—. Le aconsejo que se vaya. El señor Farla está preso. Si quiere evitarse complicaciones, le aconsejo que se vaya.

Había retrocedido hasta casi el cordón de la vereda, pequeña, algo gorda, mostrando a través del velo una cara redonda y castigada, donde la boca retinta se agitó tres veces.

—¿Está preso? —dijo con la cabeza alta.

Apoyado en la pared, con las manos en la cadera, Ossorio no contestó, mirándola, midiendo el corto cuerpo redondo.

—Buenas noches —dijo la mujer; caminó oblicuamente desde el cordón de la vereda hasta la pared, volvió a pegarse a la pared y siguió con su inevitable taconeo hasta doblar la esquina.

Entonces él se volvió a la sombra del corredor y dijo con voz burlona:

—Victoria Barcala —dejando de sonreír a medida que el cauteloso paso de la niña se acercaba, suspirando cuando llegó a saber, sin mirar, que el cuerpo de la chica estaba detenido a su lado en el escalón de la puerta, junto a él y su indolencia, frente a la noche de la calle, el perfil inclinado cerca de su hombro, los chatos zapatos inmóviles al lado de los suyos en el escalón de la puerta de entrada.

XVI

Morasán tomó un trago ardiente y pasó la botella de whisky a Villar, que terminaba de remangarse la camisa de seda y alzó la cabeza con el sombrero torcido sobre la oreja, mirando un segundo como si no comprendiera, las manos con las tarjetas sobre las piernas, en el profundo sillón de lona.

—No —dijo Villar—. Solo no tomo.

Morasán dejó la botella en la mesa y se sentó, aflojándose la corbata, sacando el pañuelo para frotarse la frente y las mejillas, suspirando.

—Hace calor aquí —dijo—. Mi mujer tiene siempre cerrado.

—No importa —dijo Villar—. ¿Dónde hay agua?

Morasán se levantó volviendo a suspirar y se puso el pañuelo extendido alrededor del cuello de la camisa como una toalla de peluquero y cruzó el aire cálido y luminoso de la estancia —atento al silencio de arriba, andando cubierto por el silencio del dormitorio como por un techo bajo y frágil—, empujó con la cara sudorosa la cortina áspera colgada del dintel, haciendo sonar las anillas de metal sobre su cabeza, teniendo conciencia de cada pequeño movimiento hasta entrar en la temperatura más alta de la cocina, blanca, olorosa, a tiempo que el motor de la heladera crujía y se ponía a funcionar y un vuelo de moscas huía de la pantalla de la luz, pasaba junto a su cabeza y se alejaba dulcemente hacia el apretado tejido de la ventana. Sacó un vaso del armario y lo puso bajo el caño de goma que prolongaba la canilla, abriendo apenas, esperando con paciencia que el vaso terminara de llenarse, vaciándolo luego de un golpe para volver a mediarlo de agua. Quedó un rato con el vaso en la mano, agitando con suavidad el agua. «Si pudiera llegar hasta el Ministerio, por teléfono imposible, entrar allí de

alguna manera o en último caso meterme en una embajada, si yo no hubiera hecho una trampa con el *Bouver*, si realmente pudiera embarcarme y salir».

Volvió lentamente con el vaso sostenido por los cinco dedos, sintiendo otra vez el quebradizo techo de silencio encima de su cabeza. «Una lámina de hielo, y ella despierta o dormida, es lo mismo, tampoco puedo ir a decirle y abrazarla y buscar algo los dos juntos». Echó whisky en el vaso hasta llenarlo y lo pasó en silencio a Villar, que tomó un trago, después otro, y acomodó el vaso en el suelo cerca de su zapato, volviendo a barajar las tarjetas, mirando con la esquina del ojo la piedra del anillo.

—Pero cómo no vinieron todavía aquí —dijo Morasán sentándose, refregando el mentón en el pañuelo que caía cubriéndole la corbata.

—Deben creer que todavía no volvimos de lo de Barcala. Contesté que Barcala había escapado y que salíamos a buscarlo, no le di importancia al asunto, dije que ya se arreglaría.

—Destitución y orden de detención.

—Sí. Todos nosotros.

—Ya no sirve, pero si hubiéramos dejado que Barcala... Ya lo hubiéramos arreglado. Si hubiéramos madrugado a Cot.

—Dijiste que querías poder mostrar al Ministerio... Yo quería ir enseguida. Es cierto, ya no sirve.

—¿Querés fumar? —dijo Morasán señalando la caja encima de la mesa; Villar negó con la cabeza y él tampoco quiso encender, tomó otro trago de la botella, lo mantuvo en la boca, volvió a levantarse con una destemplada sonrisa y caminó hasta la victrola, bajo el cuadro de las flores que había pintado Beatriz antes de casarse y se lo había regalado a él para una fecha determinada de la que no lograba acordarse; eligió un disco y comenzó a limpiarlo cuidadosamente con la gamuza luego de ponerlo en el platillo, hablando sin alzar la voz.

—Me parece estúpido. Tenés que tratar de escapar o ir a entregarte. Total, no te van a hacer nada. La cosa es conmigo.

—No, me liquida. No por Cot, ni se va a enterar. Max y los otros.

Morasán hizo funcionar la victrola y estuvo oyendo la música mientras terminaba de dar cuerda.

—Cot hizo bien el juego —dijo—. Ya debía estar todo preparado desde hace tiempo.

Escuchaba la música, alegre, de una sola frase, que ya empezaba a repetirse, la voz rápida de la mujer, el coro incomprensible de voces masculinas que tomaban las palabras de la mujer, casi quitándoselas de la boca, para alargarlas, hacerlas más gruesas, pasándolas de uno a otro, volviendo a recogerlas al vuelo, rápidamente, sin descanso, con infalible precisión, como en un partido de *basketball*, abriéndose de pronto para dejar a la mujer solitaria repetir su estribillo y saltando repentinamente hacia ella para arrebatarse la frase y volver a pasarla de uno a otro, de uno a otro, acelerando el ritmo hasta que el que escuchaba y creía estar viendo no podía saber ya quién tenía la frase, no podía adivinar en poder de quién estaría enseguida.

Volvió despacio hasta el sillón y ahora sí quiso encender un cigarrillo, tragó ansioso el humo y murmuró por encima de Villar, que se había puesto el saco, desprendido, por encima de los hombros:

—Es una zamba, ni sé cómo se llama. —Villar no contestó, estiró los dedos con fatiga y se recostó en el sillón entrecerrando los ojos—. Quería oír música, me gusta de vez en cuando. Yo voy a quemar a unos cuantos, si quieren llevarme. Es una estupidez que vos te quedes.

—Yo voy a ayudar —dijo el otro recogiendo el vaso del suelo.

—Bueno. No lo hagas por mí. —Volvió a sentarse—. No puedo hacer otra cosa, si hubiera forma de llegar al Ministerio... Porque el jefe está con Cot, se ve, está todo combinado hace rato. Si me dejaran elegir a los que van a venir a buscarme... ¿No querés fumar?

Villar negó con la cabeza, mirando el vaso de whisky aguado a contraluz, viendo redondearse los muebles allí dentro, dando vuelta la mano izquierda para mirar la piedra del anillo a través del líquido amarillento, y bostezó. La mujer cantaba sola en el disco, inició un trabalenguas, más rápido, y cuando ya no podía ser dicho más velozmente por voz humana, una trompeta lo prolongó con un solo tono, tembloroso, cortándolo enseguida, dejando rascar la púa en la superficie del silencio.

Morasán oyó el choque de la palanca del fonógrafo, y con la cara cortada por la oblicua cinta de humo que subía sorprendió la equívoca, la

retenida sensación que daban los dedos de Villar moviéndose con las tarjetas y se distrajo mirando y pensando en aquello, analizando los dibujos reiterados de los dedos en el aire como si estudiara un mensaje que los dedos le estaban transmitiendo, mirando los puntos y rayas de las chispas de luz en el meñique y mientras alguna oscura zona recogía el doble mensaje, mientras los extraños dibujos y los signos luminosos se iban acordando de manera lógica en alguna parte. Se sintió frío, un poco cansado apenas, sin la ardiente sensación de fracaso, sin el odio, indiferente y con algún sueño bajo el opresivo techo de silencio adonde volvió de pronto los ojos, pensando en el aire espesado de perfume de allá arriba, en la penumbra que apretaba objetos y cuerpos inmóviles —acaso algo temblara y gimiera un momento en la canasta de los perros—, en la pequeña luz ante la imagen.

—Subo un momento —dijo levantándose, abrochándose el saco, viendo inclinarse la frente de Villar, cuando sonó junto al retrato enmarcado sobre la mesa la campanilla del teléfono.

Esperó mirando la inmovilidad del otro, contando mentalmente los segundos que separaban un campanillazo del otro, observando fijamente la cara de Villar, viendo cómo sus ojos subían para mirarlo y volvían a caer enseguida, resbalando con languidez hacia los dedos que reanudaron —un poco más velozmente que antes, con visible precisión ahora, ajustándose a un incomprensible orden— los dibujos alrededor, encima y abajo de las tarjetas. Entretanto él, Morasán, había levantado sin saberlo una mano hacia Villar para detenerlo, para que no atendiera el llamado del teléfono, y vio aquella mano, suya, frente a su cara, los dedos abiertos y un poco torcidos hacia afuera, y endureció los músculos para tomar conciencia de la mano. La hizo ir hacia la mesa, recoger el vaso y traerlo hasta su boca, inclinarlo para que el líquido tocara un poco los labios y se quedara allí, sin pasar, mientras un pequeño sonido acoplado al campanilleo indicaba que habían cortado la comunicación.

—No pensarán que iba a atender —dijo dejando el vaso sobre la mesa.

—¿Quién sabe quién era? —dijo Villar.

—Fueron cinco toques, cinco —dijo sin saber por qué.

—No conté —dijo Villar, y entonces él quedó mirando el mensaje de los dedos y las luces del brillante. Volvió a tomar el vaso y tragó un poco,

golpeándose el paladar con la lengua y repitió:

—Cinco.

Villar clavó los dedos en las tarjetas en un gesto de separar los gajos de una naranja, las miró abiertas y volvió a barajarlas. No dijo nada.

—Subo un momento —dijo Morasán.

Empezó a moverse con notable lentitud, arrastrando un poco los pies, el cuerpo echado hacia atrás cuando iba subiendo la escalera tomado del pasamanos. No como si subiera ahora, en aquella noche, sino como si estuviera ahora en cualquier lugar alejado, y recordaba otra pasada noche en que iba subiendo la escalera, buscando no hacer ruido, con la esperanza cubierta por los párpados de que algo distinto estuviera metido en el dormitorio de Beatriz, de que cualquier cosa desconocida hubiera venido a instalarse allí y estuviera viviente y cálida esperándolo e ignorando también que él iba subiendo la escalera en la noche con la esperanza de encontrarla o que algo hubiera sido incomprensiblemente suprimido en aquel cuarto, que alguna cosa de desánimo y negación le hubiera sido sustraída al dormitorio; y al empujar la puerta, al entrar frente a sus ojos, frente a su pequeña sonrisa, la cosa intrusa o la cosa ausente habrían influido de alguna manera en Beatriz, y ante la visible alteración que acaso ella no supiera explicar pero que no ignoraba, él iba a poder sentarse en la butaca con un suspiro y desde allí hablaría a Beatriz y Beatriz se tocaría el peinado con los diez dedos mientras contestaba algunas palabras sencillas.

Entonces empujó la puerta y la vio sentada en la cama vestida con una bata sonrosada. Vio la delgada vela, recta, nueva, frente a la imagen en colores del hombre con barbas y un cayado, y sospechó los cachorros bullendo en la canasta, mientras caminaba en silencio sobre la gruesa alfombra e iba oliendo en la luz de la vela el perfume del incienso y el olor de la suciedad y el encierro. Mientras oía los suspiros de la gran perra dormida que se acomodaba entre sueños para dejar o impedir que los cachorros le tironearan de las tetas y escuchaba, como algo definitivamente colocado allí adentro, como algo que no podría jamás cesar, que no había empezado en ningún momento determinante, las *eses* cautelosas que Beatriz susurraba en el apurado rezo, aquella nubecilla de insectos de la que sólo podía defenderse moviendo los labios para espantarlos, y se dobló

lentamente para sentarse y quedó quieto con un suspiro, en silencio, mirándola, la cabeza un poco avanzada hacia el perfil blanco de la mujer, temblón e indeciso en la luz, chato contra el montón de noche, casi sin espesor, como recortado en un pedazo de papel. Esperó el silencio de la canasta, lo unió al silencio de abajo, al de ella, al de la calle anulada por la persiana y la cortina, y cerró con fuerza los ojos como si con esto pudiera evitar oírse:

—Beatriz.

Pero había oído claramente la palabra, la voz, los sonidos que había hecho, los pequeños sonidos escondidos en ellos, los bordes duros de algunos, la blandura informe y pastosa de otros, y se extrañaba recordando la palabra porque ya no era un nombre, no era un llamado, nada había después ni antes de la palabra, podía evocarla como una voz incomprensible, como un largo gruñido de la perra, como el crujido de un mueble. Y hasta la idea de que la palabra podía haber tenido sentido alguna vez se alejaba, bajo la vibración del sigiloso rezo de la mujer inmóvil, se disolvía en el calor descompuesto del dormitorio y la rápida vergüenza que había sentido por oír a pesar de todo la palabra, desapareció enseguida y volvió a saber que estaba mirando, en silencio, otra noche, el cuerpo sentado de la mujer, sudoroso e intranquilo, mirando la cara adelgazada, la pequeña y redonda mejilla, la nariz donde acariciaba sin ternura, fría, la llama dorada.

«Poder decirle que no pido nada más que no estar solo esta noche, la piel caliente y una sola palabra perdida que yo pueda recoger, un insulto, una palabra dicha para mí, un movimiento, algunos pocos pasos frente a mis ojos, algún círculo de su mirada que pueda incidir momentáneamente en mi cara, en mí que no quiero estar solo esta noche, que necesito en algún minuto de esta noche no estar solo, necesito comprender que ella sabe que estoy aquí, que puedo golpearla, y no la golpeo, que la estoy mirando y que no es amor, que no hay ya nada mío que quiera juntarse con ella, ni amor ni cariño ni el rencor, que nada tiene que ver ella conmigo, inclinado en la butaca para mirarla rezar, que ella está separada en este mundo donde es difícil respirar y la luz la observa impasible y el cachorro lanudo con una mancha en la cabeza trepa con los ojos cerrados gimiendo encima del

montón de lomos y hocicos, de barrigas desnudas y rojas, ella, para siempre hundida aquí. Y yo no voy a estirar el brazo para sacarla, no voy a cubrir los tonos agudos de la canasta ni las *eses* de su boca, para decir que quiero no estar solo, simplemente, esta noche, que espero una seña, un movimiento, un pequeño grito, un sosiego y un silencio de sus labios para irme, sabiendo que hubo este veloz momento en la noche dentro del cual yo no estuve solo, dentro del cual estábamos, nada más, sabiendo cada uno que el otro también estaba, una apagada señal significaba que pueda taponar en ella y en mí, que cierre por un momento la abertura de miedo por donde me estoy escurriendo, el agujero en ella por donde se disgrega en el rezo, una simple cosa de la piel o los ojos o la boca de ella para mí, de mí para ella, y recordar (aunque otra vez vuelva el miedo) el minuto, el segundo en que no estuve solo esta noche».

XVII

La calle tenía un reflejo de luz, como de luna en el grueso vidrio de una claraboya, y Ossorio trataba de que sus pasos no sonaran demasiado mientras escuchaba con inquietud los suaves y rápidos pasos de la muchachita, oyendo como si escuchara con las entrañas, con inevitable angustia, tratando de encontrar ruidos más lejos, adelante y atrás en cualquier lado, ruidos que se aproximaran, que se detuvieran para esperarlos en algún punto al que ellos tendrían que llegar.

Se detuvo cruzando enfrente de la chiquilina, odiándola al pasar, sin mirarla, y fue hasta la vidriera del negocio, con las letras de madera dorada pegadas en semicírculo, mirando la caja de hierro con una luz de veladora, los dos sillones, el mostrador con vitrina. La vidriera estaba vacía, con un brillo de sonrisa cínica alargada en la madera lustrada, como si algo del gesto del hombre que al caer la tarde había estado recogiendo alhajas para desnudar la vidriera, como si algo del alma del empleado de la joyería frente a la avenida al caer la tarde hubiera quedado, brillante, impuro, olvidado allí, un día más como todos los días.

Veía el reflejo de su cuerpo y un poco atrás, más claro, el cuerpo de la muchacha, y por primera vez desde el momento de verla se le ocurrió que ella estaba haciendo la comedia de la infantilidad, que todos sus gestos, la calma de su mirada, la exacta cinta de dentadura que mostraban casi constantemente los labios, todo obedecía a la idea concebida algún tiempo antes de lo que era una niña. «Porque esto es demasiado, ella es demasiado —pensó—. Imposible que esto dure mucho, imposible escapar si soy Ossorio, que se sabe que anda acompañado por una niña de unos doce años».

—¿Cuántos años tenés? —preguntó a la figura de la chiquilina en el vidrio.

—Trece.

—Trece —repitió. «Y ahora me paro frente a una joyería a no sé qué horas de la noche. Lo mejor para no llamar la atención. ¿Por qué no habrán corrido la cortina de hierro?».

—Estoy resfriada —dijo ella—. No tengo pañuelo.

Buscó en los bolsillos y le alcanzó un pañuelo.

—Guardalo.

«La historia del pañuelo parece una seña; cada vez mejor. Unido por un cordón umbilical a una niña de trece años. En cuanto el judío abra la puerta la hago entrar de un empujón y desaparezco». Volvió a caminar y ella lo alcanzó enseguida, con aquel andar que parecía perfectamente la marcha de una niña de trece años, colocando a la vez toda la planta del pie en el suelo, doblando escasamente las rodillas.

—Ésta es la calle —dijo en la esquina—. Por favor no salgas disparando si la cara del hombre no te gusta, si no te gusta que use corbata a rayas o la forma de los bigotes.

—No —dijo ella, moviendo la cabeza—. Aquel hombre no me gustaba y usted tampoco se quedó.

—Cómo me iba a quedar si te fuiste.

—¿Por eso no se quedó?

—Bueno, también por eso. No hables ahora. —«Y esa manera de no tutear, un poco burlona, y esa mansedumbre, tan segura de que no la voy a dejar como una vieja amante que sabe que quedan sobre la tierra y la cama dos o tres trucos infalibles»—. Es aquí —dijo tocándole el brazo. Quería tenerla en la sombra del corredor de piedra, más allá de los tachos de basura, y decirle que era aquélla la última posibilidad de salvarse, que si no podían quedarse allí ya no había lugar adonde ir y que seiscientos mil personas recorrían la ciudad, andaban por los techos con linternas y fusiles buscándolos.

La sujetó sin apretarla, una mano en cada hombro, ella fue levantando la cabeza hasta recostarla en la pared negra, avanzando la redonda barbilla, y él adivinó que la chiquilina tenía los ojos cerrados y que estaba tranquila,

esperando, tan confiada en él como en la noche y la vida, apoyada en su absurda, enloquecida seguridad como en el pedazo de muro.

—¿Estás resfriada? —preguntó Ossorio.

—Un poco.

—No es nada. Vamos a ver aquí, vamos a quedarnos aunque no te guste mucho, sólo unas horas. Después veremos.

—Sí —dijo ella, sin moverse, siempre el mentón carnoso alzado hacia él.

Entonces Ossorio esperó un momento, después la tomó de la mano y la llevó por el corredor curvo y embaldosado donde no era posible evitar que los pasos resonaran, que se aplastaran temblando, que sacudieran un zumbante eco que le dolía en los oídos como si zambullera. Golpeó en la puerta encima de la ahuecada negrura, no pudo soportar la espera, volvió a golpear con furia y otra vez mientras oía moverse adentro. Su cabeza se balanceaba frente a la luz y la mujer que sostenía la bata contra el pecho; y Victoria miraba, moviendo el labio para contener la humedad de la nariz, al gato en mitad del patio, de lomo rayado, la cóncava barriga casi tocando el piso, lamiendo con rapidez en el charco el agua empozada sobre el resumidero.

—Buenas —dijo Ossorio, sabiendo como un distante recuerdo que su cara seguía balanceándose, sin motivo, solamente para distracción suya y que estaba metiendo las manos en los bolsillos del saco y que tenía que hablar hasta sacar algún sonido de la cabeza oscura de la mujer, hosca, con su pelo gris estirado hacia atrás y, apoyado en el sonido cualquiera, entrar y quedarse, tomar a Victoria de un brazo y poner la puerta entre ellos y lo que quedaba de la noche. La mujer inclinose a medida que apretaba los labios y después abrió la boca, tenía que haber abierto la boca para producir aquel temeroso sonido insignificante.

—De parte de Farla. Tenemos que pasar aquí la noche. —Ya era imposible cerrar la puerta, ya no podía juntarse la hoja con el marco, aplastar su brazo, su pie, la inquieta cabeza—. De parte de Farla.

—Él no está ahora —dijo la mujer, con el brazo alzado como si se mantuviera colgada de la puerta.

—¿Quién?

—Él, mi marido.

—Comprendo —dijo Ossorio, y se puso a caminar, avanzó en el patio al mismo tiempo que la chiquilina y se detuvo para sacar dulcemente la puerta de la mano de la mujer y cerrarla, mientras la niña seguía hasta casi el centro del patio.

—¿Hay otra entrada? —preguntó Ossorio.

—Pero ¿qué va a hacer? Ya le dije que mi marido no está.

—Seguro, pero no puedo hablar. ¿Hay otra entrada?

—No, ésta.

—Así sea. Un lugar, cualquier cosa donde pueda dormir ella.

La mujer recogió lentamente la bata caída sobre la enagua, dio un paso y giró hacia Victoria su cara masculina, ancha, con la boca torcida e incrédula.

—¿Quiere esperar un momento? —dijo.

Ossorio la vio alejarse golpeando calmosamente las zapatillas, pateando sin fuerza al gato, para mirar alrededor —un muro bajo carcomido contra el departamento vecino, tinas y latas con plantas, cañas de la India que movían su susurro de papel rasgado, una pileta con ropa húmeda— y retrocedió aún más para alcanzar con el pie el escalón de hierro de la escalera del altillo y alzar el cuerpo, empujando con la mano abierta a Victoria hasta hacerla aplastar la planta de malvones, y esperó con la mano en la pistola.

—¿Por qué mueve la cabeza? —preguntó la niña en voz baja.

(Sabía que iba a preguntarlo, era imposible decirle nada, imposible soportar nada si no dejaba pronto de pensar en por qué movía la cabeza, en la liberación de balancear la cabeza para olvidar todo a excepción de la espera en el patio).

—Muevo la cabeza —dijo.

Un hombre en camiseta salió al patio y avanzó descalzo, buscando con los pequeños ojos brillantes entre las plantas, en la puerta.

—Hola —dijo Ossorio.

Desde el olor áspero del malvón ella lo veía sonreír mientras movía la cabeza, mirando desde arriba al hombre que se había detenido pisando en el charco de agua, las manos vacías apretando la cintura del pantalón encima del estómago.

—¿Qué hay? —preguntó en alta voz.

—No grite —dijo Ossorio. Ahora no sonreía y la cabeza comenzó a acortar sus movimientos, cada vez más lentos y espaciados, hasta quedar dura e inclinada hacia la cara barbuda y grasienta del hombre sobre el charco; dejó de mirarlo y apartó la cara, tratando de sostener la respiración para huir del olor de los malvones—. No grite —dijo suavemente Ossorio—. Vengo de parte de Farla, a pasar aquí la noche.

—Así no es manera de entrar. No sé si viene de parte de Farla. —Los dedos de los pies se contraían tocando el agua en las baldosas.

—No puedo hablar, vengo de parte de Farla. Oiga, no tengo ganas ni tiempo de estar hablando. Un lugar cualquiera para que la chiquilina pase la noche.

La mujer estaba asomada a la puerta de la habitación, y sin sostenerse la bata sobre el pecho, el pelo cayendo a los lados de la cara, las manos abiertas sobre las caderas, sin ocuparse de ellos, mirando solamente, fijamente la camiseta del hombre, que hizo girar la cabeza hasta descubrir a Victoria y seguir mirándola en silencio mientras los pies en el agua chapoteaban con un pequeño ruido que no volvió a oírse.

—No aplaste las plantas —dijo la mujer.

—Un sitio cualquiera para que pueda dormir —repitió Ossorio.

El hombre dejó de mirarle y alzó los hombros, mientras apartaba del charco y enjugaba los pies, uno a uno, en el borde de los pantalones.

—Me está aplastando la planta —dijo la mujer con voz tranquila.

Victoria dio un paso y respiró con fuerza, más débil el olor a malvón, mirando al gato que caracoleaba contra el tobillo de la mujer.

—¿Dónde va a dormir aquí? —preguntó el hombre.

—Pero vamos a ver quién es —dijo la mujer—. Si lo manda Farla.

—Usted anda escapando —dijo el hombre, y sacudió el tórax como si estuviera furioso—. Farla no tiene que mandarme compromisos.

—Que te diga quién es —dijo la mujer, y bostezó. Ossorio bajó el escalón y caminó hasta quedar junto al hombre, sintiendo el olor a tienda de la camiseta, el olor agrio a sueño de la cabeza.

—No, así no. Me tengo que quedar, nos vamos a quedar. —Sacó la mano con la pistola y notó que la cabeza volvía a moverse a derecha e

izquierda—. Ella en cualquier parte, ustedes conmigo.

—No amenace —dijo el hombre; no había sobresalto en su voz, los pequeños ojos enrojecidos miraban la cara de Ossorio.

—Si está disparando no va a ser... —dijo la mujer, y se le oyó apoyarse en la puerta.

—¿Tiene documentos? —dijo el hombre.

—Usted pregunta. —Mientras sonreía sintió que le era imposible detener el balanceo de la cabeza—. Vengo del Norte, disparo de los «perros». Diga.

Victoria avanzó mirando el suelo y quedó en mitad del patio, un zapato de cada lado del charco, el hombre torció un poco el cuerpo para no darle la espalda.

—Los del Norte tienen documentos del Ejecutivo —dijo la mujer, y el hombre movió la cabeza, mirando a Ossorio, como si él acabara de hablar, esperando. Ossorio metió la mano en el bolsillo del pecho («sacar el carnet del Ejecutivo y nada más que el carnet»), sintió contra la camisa que había acertado y pasó el documento al hombre, que lo abrió con una sola mano, sacudiendo la muñeca, la otra mano presa contra el estómago, y miró largamente sin hacer un gesto, dejó caer el brazo, lo levantó hacia atrás y esperó que la mujer se separara de la puerta, avanzara con el chasquido de las zapatillas y le tomara el carnet. A través de ellos, torciendo un poco la cabeza, Ossorio miró a la chiquilina inmóvil que se tocaba la nariz con su gran pañuelo blanco, volvió a mirar y vio que no lloraba, que sólo se secaba con lentitud la punta ancha de la nariz.

—Sí —dijo la mujer pasando el carnet al hombre que volvió a mirarlo y lo devolvió a Ossorio—. Sí —volvió a decir, y su voz parecía haberse acercado a Ossorio, pero su cuerpo no se había movido—. Está bien, pero no podemos tenerlos aquí. —Lanzó una mirada a la mano con la pistola—. No por nosotros, pero estamos marcados y en cualquier momento van a venir.

El hombre dio unos pasos hacia atrás, las dos manos apretando el pantalón, y ella vino a situarse junto a Ossorio, miró nuevamente el caño de la pistola.

—Pero pueden ir a un lugar donde van a estar seguros. —Negó con la cabeza—. Aquí mismo, aquí al lado, cruzando la azotea. —Dio una cabezada hacia atrás—. Él los va a acompañar.

El hombre había entrado en la pieza doblando los pies para no tocar el piso con los talones y mientras Ossorio guardaba la pistola el hombre silbó adentro y la mujer se volvió, pasó junto a Victoria como si la muchachita no estuviera casi en medio del patio y entró con su blando ruido de estopa en la habitación.

Entonces Ossorio pensó que ya no tenía necesidad de seguir moviendo la cabeza, que había pasado un lastimoso límite después del cual no encontraría ninguna clase de placer en seguir balanceando la cabeza hacia los lados, y miró a la chiquilina quieta sobre el charco del suelo y tuvo que resoplar lentamente, recordando de golpe cuánto la había estado queriendo desde que entraron al patio, desde que ella recostó la cabeza en la pared del corredor, un paso adentro de la fila de tachos de basura, y cómo había sufrido desde entonces por ella y había balanceado la cabeza —no solamente por eso— también para mantener algún contacto con ella en el patio, a través de la conversación, el hombre y la mujer, el olor y la forma de las plantas, a través del largo folletín en que ella era la hija de Barcala, y su rostro cerrado, su silencio, su implacable desdén.

—Quién sabe si se puede —dijo la voz del hombre saliendo del murmullo que hacía la mujer, y después—: A esta hora.

Ossorio caminó hasta ponerse al lado de Victoria, pisoteando el charco, y le pasó un brazo por la espalda, apretando con fuerza el hombro, aumentando con calculada y nerviosa fuerza la presión de la mano, hasta que el cuerpo de la muchacha cedió y vino a apoyarse contra su costado y él pudo tocar con el mentón la parte descubierta del pelo, cerca de la frente, y cerró los ojos sobre un fabuloso fracaso, cuya raíz de dolor estaba en haberlo descubierto allí, ahora, contra la noche rígida, contra el pelo achatado que envolvía la dureza del cráneo donde reposaba su mandíbula un momento, el momento preciso para saberlo y apartarse luego.

Se movió un reflejo en el vidrio de la puerta y vio salir nuevamente a la pareja, detenerse a la mujer con la cabeza próxima a la luz helada del vidrio, mientras el hombre avanzaba, colgado, con un saco sin abrochar,

haciendo que chicotearan los cordones de los botines a cada paso. Como había hecho la mujer, pasó al lado de la niña sin mirarla, parecía que hubiera pasado con igual indiferencia, con la misma recta ceguera a través de su cuerpo, y se acercó a Ossorio, cerrada siempre la cara con sueño pero mirándolo ahora desembozadamente, mostrando que lo veía y lo pensaba.

—Por la escalera —dijo moviendo la cabeza—. Es un momento, no haga ruido.

—Vamos —dijo mirando a la niña, viéndola levantar la cabeza, dar casi un pequeño salto para no perder el equilibrio al ponerse a caminar, porque había querido mover los pies sin tocar el agua oyendo el rápido sonido de las suelas en las baldosas (la mujer miraba desde la puerta, la peinada cabeza tocada por el principio de la madrugada, por una encogida luz de pesadilla irrecordable, el cuerpo descansando contra la pared o la hoja invisible de la puerta, los desnudos brazos puestos doblados atrás de la cintura, en un silencio de insolente derrota) y comenzó a subir tocando con la mano el hierro frío, mirando las piernas de la chiquilina que trepaban frente a su cara, oyendo los grandes botines del hombre chocar contra los escalones.

Ella se detuvo junto a la puerta y entonces el hombre murmuró «Permiso», tocó el pantalón de Ossorio para que se apartara y subió de costado, rozando la pared, abrió la puerta empujando con el puño y encendió un fósforo mientras entraba en el altillo —papeles viejos, humedad y orines, un baúl, dos sillas sin asiento, una escalera, rollos de alambre y cuerda en las paredes—, esperó a que estuvieran los tres adentro, apagó el fósforo y chasqueó la lengua haciendo golpear los dedos contra el aire. Ossorio alargó la mano hasta tocar el hombro de la niña y puso la otra en el bolsillo de la pistola.

—Usted pregunta por doña Rosa —dijo con un tono de alivio la voz del hombre en la oscuridad—. No llame, en cuanto abra la puerta va a saber, por la calle no le van a abrir.

Se calló bruscamente y no hizo ningún movimiento, como si estuviera rodeándose con el recuerdo de sus palabras, como si esperara que los huecos abiertos por su voz desdeñosa en la sombra de olor frío y entristecido acabaran de cerrarse. Ossorio apretó el hombro; sentía la dureza

del hueso, la corta blandura de la carne y su tibieza. El hombre encendió otro fósforo frente al pecho y alzó la mano, miró alrededor, dio un paso hasta la escalera y apagó el fósforo.

—Primero me asomo yo porque andaba gente en la azotea hace unas horas. Si hay algo no se muevan, no vayan a hablar.

Se le notaba la costumbre contrariada de hablar en voz alta mientras lo oían forcejear y arrastrar cosas, golpear la puerta-ventana con el borde de la escalera.

—Vamos a ver —dijo, y empezó a subir.

Soltó lentamente el hombro y dejó que resbalara un poco la mano hasta rodear el brazo y se mantuvo así, gozando de su poder físico para traerla con sólo encoger el brazo, gozando por no hacerlo y por sentirse sin deudas hacia ella, sin ninguna clase de remordimiento, sin nada que reparar o agradecer. Sintió que ella movía el brazo para sacar del bolsillo el pañuelo que surgió repentinamente blanco en la luz que acababa de abrirse con un crujido allá arriba, cubierta enseguida por la cabeza del hombre, su espalda, mientras los gruesos botines ascendían un escalón más, y la oyó sonarse con lentitud la nariz, agudizando en la lejana luminosidad del cielo su actitud infantil, la debilidad del cuerpo, jugando para él un juego que podría llamarse «la nena está resfriada, un poco enferma» o «la nena está tranquila pensando solamente en su resfrío». La cabeza pasó contra el cielo y bajó doblada:

—No hay nada, vayan subiendo.

Lo vieron trepar y desaparecer. Ossorio movió la mano para hacerla subir y subió atrás de ella, mientras recordaba el patio allá abajo con la extraña luz que había encajada en el vidrio de la puerta y la figura de la mujer, mirándolos alejarse, rencorosa o ausente, como si ella ya no pudiera moverse más de la posición de descanso de su cuerpo en la puerta, como si fuera inevitable que estuviera aún allí, abajo, tesa y sosegada, como si nada de lo que estaba sucediendo con ellos ni lo que iba a suceder, ni lo que movía, desvelaba, arrastraba y detenía a los hombres en la inmensa noche, en el inmenso mundo, tuviera ninguna relación con ella, libre de todo como un difunto intacto y vertical.

Salieron a la azotea y se fueron estirando —ella lo tomó del brazo y estornudó ahogadamente dentro del pañuelo—, el hombre quedó apoyado en el techo curvo de la puerta-ventana, alargando un poco la mano, apuntando en diagonal sobre la azotea. El cielo tenía pedazos retintos y otros con un movedizo vapor encima de la luz de la luna que no se podía distinguir; un aire plateado se movía, un poco frío, y ella hizo sonar los dientes, arrastrándolos.

—Es allí —dijo el hombre, lentamente, con una voz leve en la que no parecía intervenir la garganta, como si las palabras se formaran entre la lengua y los labios abiertos—. Rodean el tragaluz... Abran sin llamar.

Ossorio entró en el agujero, sin mirar a la chiquilina. Ella esperaba, un paso adelante, todavía en la zona de sombra que caía de la casa de al lado, los zapatos juntos en el borde de sombra, rozando el remoto resplandor de luna ensanchado en la azotea, en las azoteas más bajas, en los caparazones de las claraboyas, al borde de la noche como de un mar, más acá de la blancura de cal de las paredes, de las escasas ventanas con luz, de las retintas ventanas, del enorme, frío aire de sueño donde se alzaban esqueletos de casas, gritos de perros.

La tomó del brazo y salieron a la difusa luz, entraron en ella sin sentir que aumentara el frío, viendo instantáneamente las largas y oscuras sombras agitarse en el suelo a medida que caminaban, torcían para rodear el tragaluz, y él pensaba en que alguna vez recordaría aquel minuto de veloz y tácita marcha en la azotea y recién entonces distinguiría con seguridad las palabras que debía haber dicho, sin dejar de caminar, sin soltar el brazo de la niña, antes de llegar a la puerta de la azotea y mover el escondido picaporte. Abrió la puerta hasta que vieron la escalera en caracol y ella obedeció a su mano y entró y entonces oyeron el estrépito de los disparos; él sintió el golpe en la pierna mientras un chorro de luz barría la azotea y la puerta que cerró de un tirón. Quedó apoyado, en la sombra total, contra la pared; buscando no tocar el suelo con el pie derecho, tanteó hasta tomarla por los hombros y preguntar:

—¿Qué?

—Nada —dijo ella levantando las palmas de las manos para tocarle la cara—. ¿Balazos?

Creyó sentir voces lejos y acercando la cara a la puerta escuchó el silencio. «No fue del lado del hombre, no tiraron de ahí. Ésta sí es la trampa definitiva».

—Bueno, pasó —dijo sonriendo aunque ella no podía verle la sonrisa; la sentía temblar apretada contra él mientras imaginaba la sangre corriendo por la pierna, iba acomodando el pie en el suelo buscando el dolor con los ojos cerrados. No dolía, tenía calor creciéndole en la pantorrilla y la pierna entumecida, con largos tirones, con finos cordeles de arriba a abajo que se estiraban y encogían, se estiraban cada vez con más violencia. Abajo de ellos se encendió una luz, alargó la cabeza y olió el aliento de la muchachita, sintió que la nariz húmeda le aplastaba una mejilla.

—¿Hay alguien arriba? —dijo una voz de mujer a la altura de sus pies.

—Hay amigos —dijo—. Amigos —volvió a repetir, sin seguridad de haber hablado. Sentía llorar a la chiquilina, sentía las manos tironeándole las solapas. Oyeron pasos y voces en susurro, después otra voz dijo:

—Bajen.

—Amigos —dijo Ossorio—. Sí, ya bajamos.

Apartó a la niña y comenzó a bajar, tratando de no apoyarse en la pierna herida, tratando también de no renguear, la punta del saco levantada por la pistola, hasta ver a la mujer de pelo gris y rubio, pintada, vestida de negro, de pie en la espaciosa cocina, con las manos sobre el regazo, esperando con su tranquila cara aplacada a que él terminara de bajar, a que estuviera de cuerpo entero en la luz y distinguiera al muchacho sin cuello, moreno, que fumaba apoyado en la alacena.

—Estoy disparando con mi hija. Me mandaron por la azotea a preguntar por doña Rosa.

La mujer movió la cabeza, el muchacho sacudió la ceniza del cigarrillo, se lo puso en la boca y metió las manos en los bolsillos de su saco de lana tejida.

—No tenemos donde meternos, quiero ver si ella... —dijo Ossorio.

—¿Fueron tiros? —preguntó la mujer, y él creyó que había sonreído.

—Sí, tiros, pero no eran para nosotros. Se acabaron.

—¿Por qué no baja su hija? —preguntó la mujer.

Él oyó los pasos en la escalera y vio cómo pasaba a su lado apartándose para no tocarlo, la cara sin llanto, un poco roja apenas, y vio cómo la mujer movía las cejas, se volvía a mirar al muchacho en silencio y después daba un paso para sacar a la chica de al lado suyo y traerla junto a la mesa, bajo la luz, levantándole la cara tomada con las dos manos y mirarla en silencio, sonriendo, besándola después y volviendo a mirarla.

—Si ella pudiera quedarse hasta la mañana —dijo Ossorio.

—Vengan —dijo la mujer; se puso a caminar y parecía no mover las piernas bajo la pollera larga. Victoria siguió a la mujer y cuando pasó al lado del muchacho que se apoyaba en la alacena, éste tiró el cigarrillo y caminó atrás de la chiquilina; entonces Ossorio apoyó las espaldas en la pared y se separó con un movimiento de las caderas, sintiendo mientras caminaba que el calor de la pierna y los tirones se iban pareciendo al dolor, poco a poco, y que el dolor había bajado con la sangre y toda la planta del pie le dolía como si fuera el pie el herido. Alcanzó el hombro del muchacho con la mano.

—¿Puedo lavarme?

El otro asintió con una lenta cabezada, mirándolo con unos grandes ojos de mujer; entraron en una habitación con sillones y divanes, biblioteca, algún cuadro, una estufa y al llegar a la mitad de la habitación el muchacho dobló a la izquierda dejando que la figura alta de la mujer siguiera unos pasos y después se diera vuelta para inclinarse y sonreír a la niña —la cara de la mujer parecía ahora mucho más joven— y Ossorio la siguió sin hablar, rengueando un poco mientras cruzaban un patio frío, un corto corredor, hasta que el muchacho abrió una puerta, introdujo el brazo y encendió la luz. Se sentó en el borde de la bañera y levantó el pantalón; miró torciendo la cabeza la pierna agujereada, las dos heridas en la pantorrilla, poca sangre bajando hasta el calcetín. Sentado, el dolor subía hasta la cadera, empezaba a volverse hacia el vientre. Mojó una toalla en el lavatorio para limpiarse, pero la sangre volvía a aparecer enseguida, rosada, oscureciéndose un poco después. Encogió los hombros, tiró la toalla atrás de la bañera y saltó sobre un pie para acercarse al lavabo, abrir la canilla y tomar un poco de agua en la mano, mojarse las sienes y otra vez la boca. Cuando iba a apagar la luz vio el botiquín con espejo, lo abrió y revisó entre

frascos, jeringas, paquetes de algodón, frascos y cajas de remedios. Tragó tres aspirinas tomando agua en la mano y mientras estaba inclinado pensó: «Aunque uno golpee el muro». Pero por más que le dio vueltas a la frase no pudo saber por qué la había pensado, no sabía qué significado podía tener aquello, y sólo sospechaba que era imposible conseguir nada por más que se golpeará en el muro, pero no podía saberse qué muro era aquél ni qué cosa se buscaba conseguir más allá del muro, lo que estaba del otro lado y quería poseerse o la puerta para escapar, tal vez esto, hacer una brecha en el muro. Volvió a cruzar el frío del patio y entró al salón donde la mujer y Victoria estaban sentadas y la mujer le pedía que tomara un vaso de leche —él tuvo que apretar la garganta en cuanto vio la leche y hubiera comprendido estar golpeando el muro a cambio de un vaso grande de aquella leche—, y el muchacho fumaba apoyado contra la biblioteca.

—¿No tiene hambre? —dijo la mujer.

Él contestó y un rato después se tomó el vaso de leche porque Victoria no quería tomarlo; estaba sentado y habló con la mujer, hablaba de cosas que nada tenían que ver con la noche y ella sonreía.

—Nosotros nos vamos a quedar aquí —dijo la mujer—. Al lado hay un dormitorio y pueden descansar un rato.

—Sí —dijo Ossorio levantándose. «Tengo el calcetín empapado, cuando se llene el zapato la sangre va a desbordar». Pensaba cuánto demoraría en llenarse de sangre un botín como el del hombre que los había guiado en la azotea.

—Descansen un rato —dijo la mujer. Actuaba como si recibiera en su casa viejos amigos en tiempos normales, con sus movimientos precisos, un poco altivos, su fino aire antiguo, su sonrisa fácil, su mansa locura.

Desde la puerta del dormitorio Ossorio vio al muchacho apoyado en la biblioteca fumando sin mirarlo, los ojos entornados hacia el cuadro sobre la estufa, y después de buscar las palabras repitió que iban a descansar un rato y pidió —se interrumpió con una mueca, sintiendo el dolor removerse en la dureza del calcetín—, pidió que lo llamaran dentro de una hora, nada más que una hora, y cerró la puerta. En cuanto los pasos de la mujer se alejaron, volvió a abrir el pestillo y dejó la puerta entornada. La mujer le había explicado cómo encender la luz pero él caminó dando el brazo a Victoria,

guiados por la línea de luz que entraba hasta la forma de la cama, la empujó con violencia para acostarla y se tumbó en el otro extremo de la gran cama, suspirando, sintiendo que iba a dormirse, que un momento después estaría dormido e independiente de su propio destino, y haciendo un esfuerzo se sentó para manotear el cubrepiés y tapar a Victoria, que miraba impasible el techo. Se tapó hasta la cintura y cerró los ojos mientras alargaba en círculo el brazo para que su mano quedara con los dedos abiertos sobre el brazo de la chiquilina y le dijo que se durmiera, o deseó decírselo con una voz convincente, irresistible, una voz que lograra dormirla con la misma sencilla rapidez con que se apaga una luz, y suspiró creyendo que se dormía; pero al terminar el suspiro se sintió sin sueño, con el dolor punzando en una mitad del cuerpo, y era Victoria la que respiraba con un grueso silbido, soplándole el calor en la punta de los dedos.

XVIII

Morasán oyó que alguien hacía chocar el cerrojo de la puerta, movieron una silla abajo y lentos pasos recorrieron una corta zona sonora, sin voces; alguien llenaba un vaso con el prolongado latigazo del chorro. Ella seguía moviendo los labios, una mano olvidada ahora en el hombro rosa de la bata acercando hacia él los dedos largos de uñas manchadas. Nada más allá abajo. Fue hasta la puerta y la abrió de un tirón, el revólver en la cadera. Oyó el ruido de un fósforo que encendían, el rasqueteo en la tira de lija, la vibración de la llama al desplegarse, pusieron de golpe un vaso en la mesa. Beatriz estaba inmóvil en la cama, de espaldas a él, las cintas del cinturón de la bata abiertas en V encima de la colcha; la perra gruñó antes del suspiro.

Caminó despreocupado de sus pasos hasta llegar a la escalera y ver abajo los cuatro hombres con Villar, los oscuros y claros sombreros colocados sin violencia en las cabezas, dos sentados junto a la mesa, bebiendo, dos de pie, cerca de la puerta de entrada, un vaso en la mano cada uno, sin hablar, como si miraran caer la tarde desde una esquina de barrio, con su aire de espera aburrida, el odio enfriado pronto para ser puesto en juego en el fondo de cada uno; el viejo aire familiar de sus hombres, de él mismo en tantos años, en aquella noche —el aire de implacable esperanza—, de cuando esperaba en el auto que terminara el tiroteo en casa de Barcala, cuando esperaba que Irene volviera a moverse en el suelo de la oficina, cuando el tiempo se arrastra con lentitud tocando dentro de uno. «Claro. Tuve que saberlo. Villar estuvo siempre con Cot».

No lo habían mirado, nadie movió la cabeza hacia arriba; esperaban, simplemente, sabían que un poco antes o un poco después tendrían que encontrarse, él entre ellos, sin lugar para la sorpresa. Villar tenía el saco

abrochado y un cigarrillo en la boca colgando encendido, y barajaba las cartulinas con su aceitada paciencia, entre las rodillas, sin mirar a nadie, sin interés por las caras ni las manos ni el bostezo del hombre gordo de corbata roja que bebía sentado frente a él.

Morasán retrocedió hasta entrar en el dormitorio —ya no estaba la mano en el hombro de Beatriz, el cuerpo se había doblado hacia adelante y la cara se apoyaba en los puños— y cerró la puerta con llave; no pensaba escapar, sabía que era necesario encontrarse con los hombres aquella noche, antes de la madrugada próxima. Desde la butaca la veía inmóvil, animada solamente por la agitación de los labios rozando los nudillos, la fija luz bajo la ceja, los alargados agujeros de la nariz, el lóbulo de la oreja, encendido, curvo, obscuro entre el pelo flojo, el ancho cuello, la frente inclinada. «Porque yo sabía que iba a necesitar no estar solo esta noche, levantar los brazos para aceptar mi necesidad. Después de tanto tiempo algo despierto y sin piedad dentro de mí esperó y supo, esperó hasta saber cuál era el momento en que yo no podría vivir ni una hora más en soledad y ya no será dormido, nunca, hasta el amanecer donde yo no estaré. Cada vez más imposible la miro, franqueada la ausencia, también más allá del recuerdo su adelgazado perfil de papel, su bisbiseo sin sentido, su abierto chorro de agua, su exhausto aire entre hojas. Inservible. Tampoco alcanza ella, todo su cuerpo, para no estar solo esta noche; pero cerraría los ojos para sentir la dispersa amistad a través del pequeño calor personal de su pecho; sentiría a las gentes que llenan la noche si pudiera morderle sin esfuerzo los dientes, sin ruego».

Oyó estallar la escalera y se levantó, caminando hasta los pies de la cama, hasta que chocaron y se doblaron sus rodillas; odió el viejo perfume en la cabeza despeinada, cerró los ojos —«la puerta tiene echada la llave»—, y volvió a abrirlos mirando desde arriba alargarse la nariz de ella hasta tocar con dulzura el hinchado temblor de los labios.

—Beatriz.

Más cerca sonó un escalón, oyó chisporrotear la vela mientras la luz deformaba la cara bajo el espeso peinado, sintió el curso de su sangre en el hombro y acercando con ordenada furia el agujero del revólver a la cabeza inclinada de la mujer —miraba sin comprender la blancura de la nuca sin pozo— hizo salir el tiro, esperó en el áspero olor el regreso del silencio y la

miró resbalar con pereza hacia un costado —golpeaban rabiosos la puerta, dejaron de golpear enseguida, un apretado círculo de terror pobló la canasta de los perros— y la miró después lanzarse hacia adelante, arrojarse de cabeza como en un impulso de juvenil alegría, en el cual participaba audaz todo el cuerpo rosado, contra la alfombra estirada entre la cama y la canasta, donde la perra dejó de ladrar y se puso a lamer las caras dormidas de los cachorros.

XIX

Ossorio oyó la conversación de la mujer y el muchacho filtrarse por la abertura de la puerta, un diálogo en que las frases se repetían retornando empujadas por un malicioso orden, cayendo como una despaciosa lluvia de verano encima de su sueño, y los acompañaba moviendo los labios para repetir que nunca iba a olvidar aquella incomprensible conversación, la charla y algún sollozo de las dos personas en el cuarto vecino, las dos, cinco, diez mil voces que se repartían ellos en el transcurso sin fin del tiempo, equitativamente, como si repitieran una lección, como si ensayaran una obra de teatro escrita para miles y miles de personajes, uno para decir cada corta frase, otro para repetirla, otro para repetirla con una casi insensible variante, y así sin descanso hasta el final no sentido, una tragedia en que cada personaje moría una vez dicha su corta frase.

Hasta que frente a una repentina luz amarillenta, que parecía estar movida y cubierta por metros de agua, pudo escuchar entre la música —se detuvo, sintiendo que los pies resbalaban en la tierra humedecida— y enseguida oyó la voz de la mujer que conversaba con el muchacho en el cuarto vecino, cantando: «Venga la danza y el vino, nosotros y la canción. Mañana estará podrido, mi duro niño de hoy». Ésa era la voz de la mujer, un poco ronca, resfriada, usando ahora un solo tono de tristeza y estupidez, cediendo el turno a la pianola, volviendo al rato: «Los dientes blancos brillaban, cuello, cadera y pezón. Todo lo tuvo y lo daba, su sudor ya se enfrió». Observaba la puerta de madera, de una sola pieza, sin juntas ni adornos, un poco brillante por la niebla y la luz suspendida, donde no podía golpear con los nudillos porque en alguna cercana parte de la sombra, Morasán iba a despertarse y levantar la cabeza para mirarlo, alzarse en cuatro patas para seguirlo, arrastrando el vientre a lo largo del muelle hasta

descubrir dónde estaba escondido Barcala. Adentro la voz acurrucada, defendida de la noche de niebla: «Dijo moviendo el riñón: “Siempre, nunca jamás, mía”. Lleno de arrugas, cayó, muerta su baba aterida».

Empezó a temblar de frío junto a la puerta y sentía correrle la humedad en la cara, fría y caliente, espesa, cegándolo, hasta que se resolvió a empujar la puerta, la vio abrirse sin ruido y pudo avanzar en el calor donde la mujer ya no cantaba, donde no sonaba la música de la pianola, entre muebles débiles de patas trabajadas, dos cuadros grises, blancos y negros en las paredes, la mesa de ónix junto a la estufa sosteniendo un gramófono de modelo antiguo, cuya bocina se inclinaba con forma y color de campánula. Se volvió para mirar a la mujer contra la puerta cerrada, las manos pesadas de anillos entre los encajes de las bocamangas, que lo observaba sin hablar, con la desleída sonrisa que había usado para inclinarse sobre la cara de Victoria en la cocina. Él dijo algo y enseguida la mujer se puso a pensar en otra cosa y cruzó a su lado haciendo oscilar el pequeño miriñaque, el aire tibio y fragante, y fue a sentarse junto a una mesa, contra la pared, llena de los paquetes de algodón con que trabajaba Luisa la Caporala en el casino del cuartel, ocultando en parte con su brazo doblado una pila cónica de flores marchitas.

Todavía estaba Victoria junto a él sobre la cama, le tocó el brazo porque afuera iba a amanecer, negando, moviendo un poco la cabeza en la almohada para decir que aquello era distinto a lo que había pensado, excusándose por haber soñado una escena de burdel, claro que una extraña especie de burdel, y no sabía con justeza qué hacía el muchacho ahí, si estaba sentado pedaleando en la pianola y la mujer que cantaba se había recostado en una de esas grandes camas de matrimonio y era de mediana edad, gruesa, vestida con una bata abierta en el pecho. Y toda la escena podía ser resumida en la cara de la mujer aunque hubiera que pensar frases como «la huella del vicio»; los rasgos de la cara no deformados por el vicio sino formados por él, segregados por los deseos sucios, el dinero, la envidia, el fracaso y las posiciones complicadas del cuerpo. De esta manera, toda la escena resumida en la cara de la mujer y contra esta cara una luz roja, hay un farol rojo arriba de una mesa de pino y la distancia entre el farol y la cara de la mujer es la justa para que la luz no sea demasiado roja

como una sangrienta exageración ni de un sonrosado de ropa de ajuar para una beba. Porque Victoria estaba muerta arriba de la cama y la mujer decía: «No es su hija, no se llama Santana». Aprovechó el momento de paz para mirarse en el espejo, los ojos y las grandes orejas deformes, el sabor amargo que se le había secado en la boca, el dolor que iba de la cadera hacia el vientre, sorprendiendo con terror el incontenible movimiento de la cabeza que le mostraba, al compás del dolor que corría de la cadera al vientre, las sienes blancas en el espejo.

Las palabras se removían atrás de los dientes haciendo contraerse, cada vez menos, la boca sin saliva, forrada con su costra de sangre seca, a pesar de que tenía el pecho mojado de sudor cuando la mujer le movía el hombro sobre la cama y él abría los ojos en la penumbra para mirarle la cara confusa y hacerle la pregunta que estaba obligado a hacer.

—Pasó una hora —dijo la mujer en voz baja.

El brazo de Victoria estaba bajo su mano, volvió a rodearlo.

—¿Qué hora? —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Es de mañana?

—No —dijo ella despacio—. Deben ser las cinco, todavía falta. —Miró la cara de la muchachita dormida.

—Sí —dijo Ossorio—. Gracias.

La mujer dio la vuelta a la cama y se inclinó para mirar a Victoria. «El *Bouver* sale a las seis», pensaba Ossorio mirando la sonrisa recta en la cara sobre Victoria.

—Estamos allí —cuchicheó la mujer enderezándose. Salió sin ruido, abrió y entornó la puerta; entonces él empezó a moverse, volvió a sudar para poder encajar su movimiento en un espacio donde no chocara con el dolor del muslo ni con el sueño de Victoria; aplastó el dolor contra el suelo y tuvo que sentarse nuevamente con un ronquido, temblándole la mandíbula. Quedó recostado en la pared, la pierna herida horizontal en la cama, la otra doblada, el pie apoyado en el suelo. Falta una hora; desde allí podía llegar al puerto en diez minutos. Torció el cuello y esperó hasta poder sacar de la sombra la cara dormida de la niña, blanca, el ancho entrecejo, ganando una pequeña zona de piel a la noche en cada segundo, viendo por fin toda la cabeza y una mano alargada junto a la pierna. Oía cuchichear a la mujer y el muchacho, el remolino de *eses* y *erres* atrás de la franja vertical

de luz. Sin dejar de mirar la redondeada forma de la almohada estiró un brazo hasta tocar el bulto del dinero en el bolsillo del pantalón, y volvió a descansar las espaldas en la pared. «Tengo una hora; tengo que llegar al puerto».

—No —dijo la voz del muchacho—. Sé que por un tiempo va a ser como si estuviera todavía allí.

Ella largó una frase, redondeada y blanda en cada pausa. Ossorio apartó los ojos de la chiquilina y alzó las manos, cerrando y abriendo los dedos. «Tengo que llegar al puerto. No se puede entender del todo esto; los años aprendiendo a alargar las manos, dinero, vasos, mujeres, las manos de los amigos; todo era posible para las manos, uno creía. Pero cuando se quiere atrapar algo más, una ciudad entera entre las manos, ya no sirven. De arriba abajo, desde el principio hasta el fin. Tengo que llegar antes de las seis al *Bouver*. Desde el principio, cuando empiezan los hombres que limpian las oficinas, las gentes con casas y calles, la ciudad en las cuatro estaciones del año. La ciudad de noche con las luces, un poco después que las vecinas estuvieron charlando, el vaso de vino, el primer olor a comida. Puede ser que hubiera bastado con asomarse solitario y mirar el cielo, sin comprender, pero tampoco comprendo lo que tocaba con las manos».

—Iba caminando al lado mío —dijo la voz melancólica del muchacho—. Me sonrió, me tocó un poco el brazo. Con zapatos de hombre, los tobillos de esqueleto, las arrugas de unas medias desinfladas. Tan estropeadas, trotando a mi lado y el perfume rabioso. Y aquel golpe de las nalgas, si tenía nalgas, al caminar, a cada paso, porque tenía necesidad de ser tentadora.

Ossorio dejó caer las manos suavemente y cerró los ojos. «Voy a dormir en el *Bouver* cuando llegue al puerto antes de las seis. Se puede matar con las manos, se puede tocar una mujer, tocar niños, o perros, botones de hueso, papel blanco, un manojo de zanahorias, la lluvia».

XX

Morasán no se explicó la maniobra de apagarle la luz; quedó cerca de la cama, nuevamente con sólo la llama de la vela, la boca abierta tragando el aire que ardía suavemente en la nariz, mirando de reojo el cuerpo tumbado sobre la alfombra, recto, nada más que una pierna encogida, las manos estiradas por encima de la cabeza, dos uñas casi tocando la paja trenzada de la canasta. Apagar la luz para qué y bajar la escalera, no golpear más en la puerta. Sobre el desconcierto, moviéndose primero en su profundidad y ascendiendo luego rectamente hasta aflorar y seguir creciendo en el aire invisible, oyó las sirenas de alarma, unidas a veces en un solo aullido, a veces separadas, flexibles, enroscándose las más débiles en las más próximas como una serpiente en el tronco de un árbol. Había olvidado la posibilidad de *raid* y aquello ahora le resultaba inesperado, podía presentir una salvación cualquiera por medio del suceso imprevisto, arrastrada por él, clavada en la noche y en este momento de su vida. Junto a la puerta oyó las primeras explosiones, el temblor de los vidrios, la dureza del aire acorralado contra su cara, otras explosiones cubriendo el permanente sollozo de las sirenas, la tiniebla, el terror rodeando el cuerpo de Beatriz muerta, la desatada furia.

Temblaba —abrió la puerta sobre la total oscuridad—; sentía el sudor de su cuerpo, la excitación que lo privaba del aire, descubriendo que había nacido para esto, que toda su vida se reducía ahora a la preparación de aquel instante, que cada momento anterior, de paz o de inquietud, de alegría, de desánimo, de hastío, cobraba sentido, se aclaraba deslizándose en una poderosa luz, corría a encajar en un inevitable lugar, a encontrar recién su destino allí. «Bueno —pensó, cuando la casa entera se deshacía para reventarlo—, Cot se resolvió a golpear».

XXI

El hombre gordo de bigotes estuvo mirando a lo lejos, después de la parte de rieles que podía divisar bajo la luz empobrecida de la estación, buscando el ojo blanco de la locomotora que tenía que llegar, más allá del brazo con farol rojo y verde. Volvió lentamente hasta el banco en la oscuridad donde esperaba la mujer; encendió un cigarrillo y le tomó las manos. No hablaron durante un rato, buscando nuevas palabras para repetir lo mismo; ella miraba la brasa inmóvil del cigarrillo frente a los bigotes del hombre.

—Está cerca —dijo ella con voz joven—. ¿Vamos a estar un rato juntos en el vagón?

Se sacó el cigarrillo de la boca y tosió.

—Claro —dijo—. Es cuestión de que liquide ese asunto en una semana.

—Aunque sean diez días —dijo ella tocando el abrigo del hombre con su cabeza—. Diez días, pero no muchos más.

—En cuanto llegues necesito una carta. No me parece que resulte un criadero sin incubadora.

Ella sonrió, sintiendo que se ruborizaba; después volvió bruscamente hacia él la sonrisa y le acarició con la punta enguantada del dedo el agujero de la oreja.

—Naturalmente que todo va a ser muy lindo —dijo.

Él se puso el cigarrillo en la boca y le golpeó el calor de las manos enguantadas, dos o tres veces; ella se quitó rápidamente un guante y entonces él siguió golpeando la piel de la mano, arrastrando un poco los dedos antes de retirarlos dejando de pensar en ella porque aunque sentía que la quería mucho, aunque había llegado a aceptar el viaje y todo aquello, no tenía nada que decirle en aquel momento. Escuchaba hacia la

oscuridad extendida a la derecha de la estación, esperando oír el ruido del tren trepidando en los lejanos desvíos; dejó de golpear la mano y se levantó.

Ella miraba desde el banco, el cuerpo ancho del hombre, su andar cauteloso, el perfil volcado hacia la lejanía, recordando con adormecida facilidad que aquella mañana había encontrado un caracol en la pared de su cuarto, encima de la cama.

—Ahora sospecho que sí —dijo el hombre, y a ella le pareció que tenía la voz amarilla desatándosele de la boca en la noche.

XXII

Ossorio oyó las sirenas y sintió a Victoria incorporarse en la cama, saltar desde la almohada con su gesto de pequeño asombro dormido y perderse enseguida en la oscuridad, mientras en el cuarto de al lado movían una silla, la mujer hablaba en voz alta y alguien acababa de chocar contra una puerta. Alargó el brazo hasta redondear la mano abierta sobre la cabeza de Victoria, recorriendo el contorno de la cara con un dedo, la mejilla, el rincón de la boca, la barbilla carnosa y partida. Entonces empezaron a reventar las explosiones, con un doble ruido, como si se iniciaran en los techos de las casas y terminaran, emitieran una sorda réplica en los sótanos, bajo los cimientos, adentro de la tierra. El muchacho apareció en la puerta moviendo en el piso y el borde de la cama la mancha redonda de una linterna y entonces él afirmó la pierna sana en el suelo y giró el cuerpo hasta quedar de pie, cojo, apretando con la punta de los dedos el dolor en el vientre, sintiendo que el dolor en la pierna era demasiado fuerte para poder tocarlo. Empezó a caminar, viajó lentamente a lo largo de la cama, torció a la derecha y enfiló hacia las rodillas iluminadas del muchacho, viendo pasar a su lado la larga falda oscura de la mujer en dirección a la cama, dejando atrás la voz de la mujer que hablaba con Victoria; y cuando llegó a la puerta tocó el pecho del muchacho y preguntó con el mismo tono distraído con que le había pedido un sitio para lavarse al llegar:

—¿Dónde está la puerta?

En silencio, él hizo girar la luz, el círculo blanco que se dilataba y encogía dentro del cuarto; luego pasó el reflejo por su propia cara y la nariz de Ossorio.

—Sí —dijo. Cruzó diagonalmente la habitación de los cuadros y la estufa, arrastrando la luz por el suelo. Salió con su imperturbable marcha (el

cuerpo un poco doblado con una insinuación de joroba cuando ponía la luz hacia atrás, por encima del hombro, buscando iluminar los pasos de Ossorio) al patio, cuyo aire era más frío, y se inclinó para sacar el pasador y el cerrojo de la puerta y luego, sin abrirla, se hizo a un costado, derramó la luz en la cara de Ossorio, volvió a dejarla caer al suelo embaldosado y preguntó:

—¿Y ella?

—Sí —dijo Ossorio—, es mejor que se quede aquí, por ahora. — Pensaba en que estaba oyendo explosiones furiosas, desgarradas, y otras que sonaban rotundas desaparecían enseguida—. Con todo esto, es mejor.

El otro no contestaba, esperando a que él siguiera hablando o que saliera; levantó lentamente la luz hasta tocar con el disco blanco la manija de la puerta. Adentro empezó a acercarse la voz de la mujer con una tableteante sensación de alarma y él oyó un grito y un sollozo —ambos débiles y aterrorizados— de la chiquilina, que estaba corriendo en alguna dirección imprecisa, que parecía poder correr sin fin, sin chocar con muebles ni muros dentro de la casa, encontrando siempre un espacio para su asustada carrera, como una rata sorprendida, suprimidos por momentos sus voces y sus pasos cuando reventaba un ruido afuera y las paredes lo extendían escalofriadas.

—Como quiera —dijo el muchacho—. Hay un escalón.

Volvió a decir «Hay un escalón» mientras él se echaba afuera, sentía en la cara el viento fresco y una lluvia de polvo, sin poder ver ninguna forma en la noche, nada más que una fija luz roja en el cielo, los brazos de los reflectores, fragmentos de nubes iluminados. Hacía entrar el dolor de su cuerpo adentro del impetuoso coro de explosiones, gritos, derrumbes y rápidos motores que corrían entre campanas y bocinas, siempre calle abajo, desde todos los puntos de la ciudad, calle abajo hacia el remolino empozado en el bajo de la costa.

XXIII

Era muy joven, con el pelo cortado al rape, rubio, y se abrochaba la chaqueta del uniforme frente al espejo, molesto por la nerviosidad de sus dedos, un poco antes de que se apagaran las luces y empezara la voz desangrada de las sirenas; sin pensar, cuando obligaba a los botones dorados a resbalar dentro de los ojales de duros bordes, que la repentina oscuridad iba a borrar el camino de regreso en cuanto saliera a la calle. Se pasó el peine húmedo, mecánicamente, por la cabeza, y con el peine en la mano se volvió para mirar a la mujer dormida, recobrando el movimiento de la angustia en el vientre. Enderezó el cuerpo, recogió el quepis de encima de la mesa y caminó hasta el espejo para encajárselo en el ángulo deseado. «¡Ah, idiota, pobre idiota de mí!». Tuvo que mirarse aún un momento, la cabeza y el cuerpo hasta más abajo de la cintura en el espejo, desde la puerta; alargó una mirada codiciosa, falsa, de también falsa burla y experiencia, al relieve de la cadera y el hombro de la mujer dormida, y salió al corredor. Encendió un cigarrillo mientras bajaba la escalera y escuchaba reconfortándose cómo sus botas iban dejando pequeñas, durables huellas sonoras en los escalones y el patio del hotel, cada vez más pequeñas, desgraciadamente, más breves y lejanas a medida que se acercaba a la puerta, sin poder ninguno cuando empezó a taconear en la calle, las manos a los lados, una escondiendo el cigarrillo del que sacaba subrepticamente, arrimado a las zonas oscuras de la calle, redondas nubecitas de humo que soplaban enseguida y miraba perderse encima de su cabeza. La mujer saltó de la cama y corrió al teléfono, descalza, moviendo los dedos de los pies contra la pata de la mesa y mirándose la pintura de las uñas mientras esperaba que atendieran la comunicación, friolenta, consultando las rápidas anotaciones que había estado haciendo sobre la

cara de la mujer fotografiada en la caja de fósforos, chillando cuando se apagaron las luces y el timbre del teléfono dejó de llamar contra su oreja y no había más ruido que el lamento de las sirenas; como si el mundo acabara de sorprenderla y se lanzara implacable contra ella.

XXIV

En la esquina Ossorio separó del escándalo el ruido de los motores en el cielo, creciendo y alejándose, siempre en círculo; chocó contra un andamio y cayó de costado, lastimándose las manos contra las astillas de los tablones al tironear para levantarse, sintiendo ahora que el ruido del cielo venía a caerle justamente encima, como un recio sol de mediodía. El ruido iba y se acercaba, se agachaba, giraba en rápidas vueltas y él, apoyado en los tablones, sujeto por el dolor como por ligaduras a un poste, rodeado de gritos, sólo podía pensar en las diez cuadras, bajando a la derecha, por las que era necesario andar, correr, arrastrarse hasta llegar al puerto; las diez cuadras en pendiente donde una mujer gritaba, sin palabras, solamente gritaba, sin alzar el tono, hasta que necesitaba detenerse para respirar y volvía a gritar, arrancando la voz desde un invisible lugar próximo al suelo. La gente disparaba y se detenía jadeante para palpar la noche y lograr descubrir, delante de las narices sangrientas y los labios cortados, metros y metros sin obstáculos, espacios para carreras de niños, perseguida y separada por las altas cúpulas de las explosiones, sus profundos embudos de ruidos tenebrosos. La mujer volvía a gritar; y cuando terminaba el grito la cabeza rubia de pelo cortado al rape recordó que el perfume del escote de la madre en la cama salía de los olores medicinales para encontrarlo cuando él entraba y dejó de pensar enseguida. La cabeza estaba en el cordón de la vereda, mientras el brazo no del todo desprendido atravesaba la chaqueta azul del uniforme, desde el cuello hasta la bragueta donde había un guante. Ossorio tropezó y se vino abajo, descendiendo en el olor a carne quemada de la noche, apretando los dientes para volver a la superficie, para correr solamente diez cuadras hasta el barco blanco, violentamente iluminado contra el muelle. Volvió a levantarse, apoyado en las rodillas, pensando

cuando estuvo de pie que el mundo quedaba incendiado a sus espaldas, que no tenía que recorrer del mundo sombrío y rojo más que diez cuadras en pendiente hasta el puerto, olvidado el dolor de la pierna dentro del resplandor del incendio.

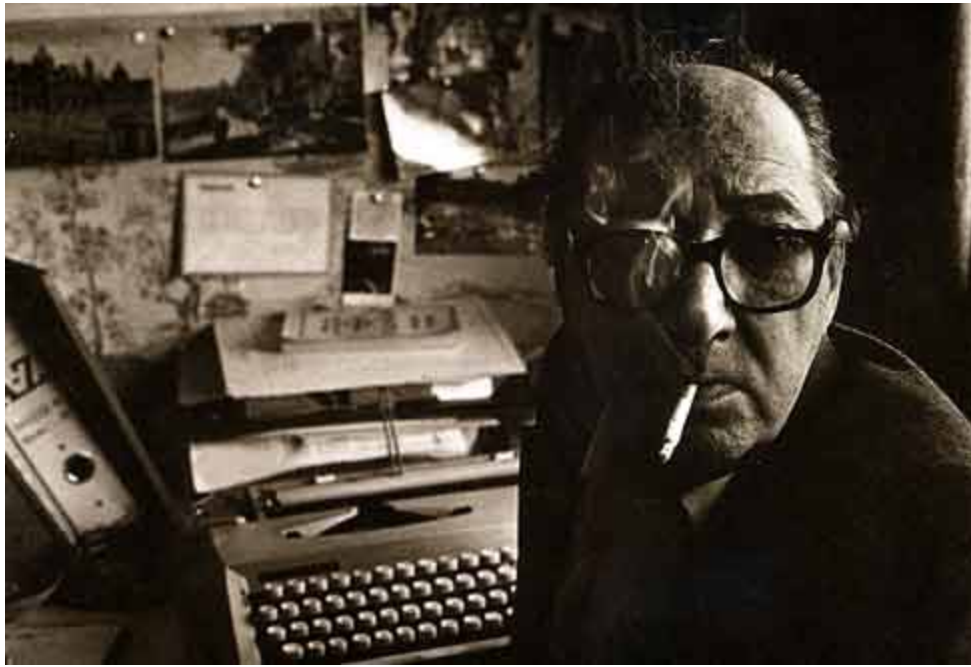
Vio debajo de la suya la cara de Victoria y no dijo nada, no se preguntó nada, reconociendo con repetida lentitud la forma del peinado, la redondez de los pómulos, el llanto a boca abierta que hacía ella colgada de su brazo; y apoyando la cabeza en la pared comprendió que no tenía otro camino que aceptar, mirando algo que caía desde el cielo, cruzaba rápido dos franjas móviles de luz y desaparecía; espantado por sentirse en paz oyendo las bombas y el llanto casi animal de la chiquilina. Sentado en el suelo pudo verla contra el andamio, quieta, acostada en la llamarada rojiza del fuego distante; sólo pensaba en tocarla mientras se acercaba apoyado en una rodilla y las manos, la pierna herida arrastrándose atrás, trabada a cada momento por la puntera del zapato. Tocó la sangre, la piel desnuda, los pedazos de ropa rodeando la pierna y el pecho, dobló los brazos hasta poder tocarle la cara sin nariz, lamiendo largamente con los labios los pozos de los ojos, el inconfundible gusto que cubría la cara, reconociendo con la lengua la redondez resbalosa del frontal, tratando resueltamente de saber si la piel de la cara estaba escondida por la sangre, si la cara no tenía piel, tratando de aquietar el brillo acuoso que se renovaba incesante en el agujero de un ojo.

Volvió a besarla y se levantó, inclinó nuevamente el cuerpo para alzarla, atrayendo hacia su pecho la cabeza colgante que dio una dura luz de diente solitario y nuevo, sin oír ya las explosiones ni las sirenas; la calle sin otro ruido que el lamento irregular de la gente perdida bajo la muerte. La sentía desnuda en la mano que sostenía el peso del cuerpo; la apretó y comenzó a correr, no bajando por las diez cuadras que llevaban al puerto, sino trabajosamente calle arriba, hacia la ciudad, precedido por algo que no lo dejaba chocar con cuerpos ni con voces, aunque cerraba los ojos al resplandor de las fogatas; sabiendo que estaba en el grandilocuente final de un tiempo, que todo estaba terminado y que cuando todo fuera suprimido, la vida, el miedo y la muerte, otro inocente principio iba a surgir, como una sonrisa de la niña sin cara que llevaba apretada contra el cuerpo. Y sólo podía anunciar la buena nueva haciendo retumbar con todas sus fuerzas una

sola, invariable mala palabra, sin dejar de correr, recibiendo desde la sombra la respuesta de gritos y lamentos, corriendo siempre, sofocado, cansándose la voz con que repetía la sucia palabra hasta que sintió que lo golpeaban a traición y caía, dejaba de estar en ninguna parte.

Regresó apoyado aún en la nada, clavado a ella por el dolor desbordado en los riñones, y en un tiempo sin medida fue separando la boca del suelo viscoso, pudo moverse hasta quedar cara al cielo y suspiró. Luego movió el brazo, y su mano, en un dilatado viaje en el que acumulaba recuerdos cada frágil hueso, cada blando pedazo de carne, fue trepando con torpe tenacidad, milímetro a milímetro, hasta aflojarse sobre el cuerpo de la muchachita; y luego de descansar, lentamente, se fue extendiendo en la blandura desnuda como un labio, y un dedo quedó cruzando el misterio.

Volvían a sonar, entrecortadas ahora, las sirenas, y en alguna parte avanzaban luces; un camión tumbado abrió un solo ojo de luz amarilla y colocó su chorro con cuidado en el hombre inmóvil en el suelo que sentía regresar, desde su mano apoyada, la primitiva pureza y la fe, adentrándose en los inacabables días que tenía prometidos. Y sonrió en el charco amarillo que hacía el faro, agitando un poco la lengua, tratando de unir retazos de oraciones olvidadas desde la infancia, sintiendo imprecisamente que alguna cosa fofa resbalaba y caía, enfriándose, muerta su mano endurecida en el misterio.



JUAN CARLOS ONETTI nació en Montevideo, Uruguay, en 1909. Vivió en esa ciudad y en Buenos Aires alternadamente, y pasó sus últimos años en Madrid. Onetti es autor de numerosos cuentos y novelas, y su búsqueda estética, entre la belleza formal y la desazón existencial, lo convierte en uno de los grandes narradores del siglo xx en lengua española.

Sus obras más importantes son *Tiempo de abrazar* (1940), *Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943), *La vida breve* (1950), *Los adioses* (1953), *Para una tumba sin nombre* (1959), *El astillero* (1961), *Juntacadáveres* (1964), *Dejemos hablar al viento* (1979), *Cuando entonces* (1987) y *Cuando ya no importe* (1993).

En 1980 recibió el Premio Cervantes de Literatura. Murió en Madrid, en 1994.